

CARLOS MARÍA OCANTOS

LEON SALDÍVAR



MADRID

IMPRENTA DE FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1888

LEON SALDÍVAR

ES PROPIEDAD

I.

Cabizbajo, las manos á la espalda, el sombrero sobre los ojos, con un gesto de contrariedad que alteraba la simpática expresion de su fisonomía, iba Leon Saldívar camino de su casa aquella noche.

Eran apenas las nueve y ya las calles del sud se hallaban sumidas en un silencio apacible, que contrastaba con el ruido alegre y bullanguero de los cascabeles que el carnaval sacudia allá en el *corso*, entre los gritos de las máscaras, los alaridos de los *monos* y *pierrrots* y el *tam-tam* de los falsos negros. Todo este rumor de voces, de músicas y carcajadas, que llegaba en un éco débil y lejano, hacía mal á Leon, que huía

precisamente de aquel infierno, perseguido por una negra y desoladora idea.

Ella no había vuelto del campo: su casa estaba cerrada y los balcones desiertos y oscuros. ¿Pensaba, acaso, pasar sepultada el carnaval en el Tigre, sin mostrarse en el Progreso, sin lucir en el corso su fino perfil de camafeo antiguo, sin que él la viera y la admirára?

Acababa de pasar dos horas en la esquina de aquella casa, empujado, estrujado, maltratado por la muchedumbre que se apiñaba en las aceras, no mirando sino sus balcones, creyendo apercibir su silueta á cada instante.

Y ahora, en tanto que seguía lentamente su camino, pensaba, no ya en la causa probable de su ausencia, sino en la manera cómo había caído él, el filósofo descreído y volteriano, en las redes de aquella pasión, que juzgaba ridículamente romántica.

Habíala conocido una noche en Colon, durante la última temporada; una noche que se le ocurrió cerrar sus libros de derecho, é ir á oír la música de Wagner, que un

médico amigo suyo le habia recetado como un anti-neurálgico poderoso. Sentado en su butaca, miraba distraido á derecha é izquierda, cuando su anteojo se detuvo en un palco bajo, sobre cuya baranda recostaba su brazo una mujer bellísima; era muy jóven, una niña casi, vestia de blanco y un ramo de violetas naturales esmaltaba la espesa crencha de sus cabellos castaños. Apenas terminado el acto, lanzóse León al pasillo y deteniendo al primer conocido que encontró, preguntóle ávidamente:

—¿Quién es, quién es la del palco bajo, con traje blanco y violetas en el cabello?

—¿No la conoces? exclamó el otro, es la de Guerra.

No, no la conocia, y sin embargo aquel nombre no sonaba á su oido por la vez primera; pero no era extraño, embutido como estaba en sus estudios y alejado de la calle Florida, de Palermo, y del gran mundo.

Y dióse entonces á frecuentar todos los sitios públicos, á espiar su pasaje, á seguir sus pasos.

Así entró el amor en el corazon de aquel

muchacho huraño, que tenía delicadezas de sensitiva en medio de su exterior serio y reservado, insensiblemente, sin sacudimientos.

Leon no se apercibió de la novedad sino muy tarde, cuando no habia ya remedio para el mal. Y fué preciso, sin embargo, que la madre notara el caso, observando el abandono de los compañeros y los libros.

Era él hijo único. Su padre, un estanciero del Oeste que labró su fortuna á fuerza de inteligencia y de brazo, habia muerto quince años ántes, firme en su puesto, como corresponde á un soldado del trabajo. Este golpe dejó en Leon una huella profunda, que el tiempo ni la edad modificaron. Las deficiencias de su carácter eran debidas más á esta falta irreparable, que á ninguna otra causa. Nunca olvidó á aquel hombre de cabellos blancos: tenía un culto por ese desaparecido de la vida, y en los primeros tiempos, siendo aún niño, veíale en sueños, en actitud placentera ó de reserva, segun se hubiera él conducido en el dia.

La madre, que poseia el alma de una

matrona romana, dedicóse por completo á su educacion, miéntras entregaba á un hombre inteligente y probo la administracion de sus bienes. Corrieron los años; de los bancos de la escuela pasó Leon á los cláustros universitarios, dejó de ser niño y se hizo hombre, asumiendo la responsabilidad de sus deberes como hijo de viuda, que envejece mucho ántes que los otros. Acometióle un deseo vehemente de distinguirse, de sobresalir, realizando así las ambiciones de su padre, que no habia querido llevarle al campo por no esterilizar sus aptitudes.

¡Qué discusiones entónces en los viejos cláustros ó bajo la arcada de los corredores, las manos en los bolsillos, gracias al frio de Julio, miéntras se esperaba la llegada del catedrático retardatario! Todos los problemas de filosofía eran discutidos y resueltos, todos los temas de controversia manoseados con la gravedad y suficiencia de maestros que han encanecido sobre los libros.

Las voces se enardecian, se agriaban las palabras, las interpelaciones cruzábanse de

un lado al otro, y luego, sin transición, los ánimos se volvían serenos, para recomenzar la borrasca por un dicho mal sonante ó un argumento sin equilibrio.

En las conferencias de la clase, como en las discusiones de los corredores, era siempre Leon el primero. Y este muchacho de anchas espaldas, en quien se armonizaban la fuerza y la gracia, que se burlaba de los viejos dogmas y discutía con vigorosa dialéctica los sagrados misterios, tenía veleidades románticas por el amor ideal, que es planta exótica en nuestro siglo. Eran, sin duda, los resabios de sus pasadas lecturas, la impresión, vibrante aún, de las estrofas lamartinianas, que sus estudios posteriores no habían podido borrar.

Su empeñoso debate con las Pandectas y los Códigos asombraba á sus compañeros, que le sabían rico y libre. Pero no era París para él la meta de sus aspiraciones, ni le traían desasosegado y sin sueño los placeres que brinda, como á un colegial inexperto que mira el mundo tras un lente engañoso. Amaba los goces tranquilos del

hogar, el retiro placentero del campo, el estudio, la poesía, la música, todo lo que eleva el alma y la hace capaz de concebir grandes cosas. Era un corazón sencillito, con sus visos de indiferente y sus ribetes de romántico, un amalgama curioso de bondad y de fiereza, de cándida credulidad y de obcecada duda: ¡decía no creer en Dios y creía casi en el amor!

¡Qué castillos, pues, no llegó á formar, cuando sintióse deslumbrado por la súbita y brillante aparición en su camino de aquella encantadora Lucía Guerra!

Fué toda una revolución en su vida tranquila de estudiante. Comenzó entonces la dura tarea de cortejar hermosas, que en unos es un móvil, en otros una distracción y en muchos un oficio; ese diario espionaje, condimentado con posturas sentimentales, miradas de través, suspiros de pesadumbre, saludos de inteligencia y sonrisas de esperanza, duelo galante de dos almas que las conveniencias alejan y la simpatía aproxima y estrecha; trotó calles y plazas, quedó de facción en las esquinas y pasó

bajo sus balcones, mirando estúpidamente á las estrellas.

Ahora, la idea de su ausencia le torturaba más que nunca. No comprendía el por qué de aquella estada en el Tigre durante los días de Carnestolendas. ¿Sería acaso la causa, ó tendría algo que ver en ello, aquel baron de Cantillac, de quien se decía estaba enamorado de Lucía, y á quien la familia no ponía mala cara, francés llegado hacia poco, único rival digno de temerse? ¡Imposible! Sin duda la señora de Guerra, cuya dureza de carácter y extravagancia de maneras eran proverbiales, había obligado á permanecer en la quinta. Porque todos sabían que en la casa, era la señora quien llevaba las riendas. D. Javier era un pobre hombre, pusilánime de nacimiento y millonario por herencia, sin ideas, sin voluntad, que pasaba en su estancia seis meses del año, entregado por completo á las faenas rurales, entusiasta de aquella vida, no habiendo conocido jamás otra. Su hijo, sin seso y sin oficio, que no seguía otra carrera que la del café y del amor á precio mó-

dico, decía que el *viejo* no le daba un centavo y que el trabajo se ha hecho para el pobre y no para las gentes bien nacidas; de aquí las disensiones violentas, la desercion cuotidiana del hogar y el frecuentar sin disfraz de malos sitios y compañías vergonzosas. Y era en este medio mezquino, entre la indiferencia del padre, la brusquedad de la madre y el aturdimiento del hermano, que Lucía vivía, como una flor de invernáculo abandonada al cierzo y la lluvia.

Seguia Leon la calle Defensa abajo. Ya no se escuchaba el rumor de las músicas; algunos dominós pasaban rápidos, haciendo resonar las losas de la vereda, envueltos en una onda de benjuí que se anunciaba de lejos, al par que el *crac* de sus enaguas almidonadas. Se oyó la corneta peculiar del tranvía, mas en vez del democrático vehículo, vióse un carro revestido de telas chillonas y guirnaldas de sauce, que marchaba al trote de sus caballos empenachados hácia la plaza: iban en él seis hombres y dos mujeres: un diablo, un mono, un ángel,

un tamborilero, un conde, un negro y dos princesas. Llevaba el ángel una larga trompeta que hacia sonar desaforadamente en las orejas del triste conde, ya aturrido con el redoble del tambor, mientras las dos princesas, olvidadas de su rango, bailaban con el mono y con el diablo y aullaba el negro como un lobo rabioso. Las campanas de Santo Domingo, entre tanto, como viejas soñolientas que, entre bostezo y bostezo, salmodian una oracion, echáronse á tocar ánimas, y esta nota de duelo, en medio de la orgía á que estaba entregada la ciudad, impresionó á Leon, como si una voz amiga se hubiera asociado á sus negras reflexiones. Sigilosamente, un balcon se abrió y una mujer asomóse á la baranda, espiondo el pasaje del imprudente viandante; resonó de pronto una carcajada, recibiendo el joven un baño inesperado. Furioso, levantó los puños, pero un nuevo saludo de agua que habian olvidado de perfumar, obligólo á apresurar el paso, malhumorado.

En la esquina, dos borrachos reñian; en-

lazados por el más apretado abrazo, se revolcaban en el suelo como dos epilépticos. Uno de ellos llevaba una nariz postiza que le daba el aire mas cómico y hacia reir al tabernero vecino y á su mujer, que miraban la escena desde el umbral de su puerta.—Aguarda, aguarda, gritó de pronto la mujer, ahí voy yo á refrescarles la sangre! Y armada de un jarro de hojalata, que llenó de agua servida hasta el borde, corrió ligeramente y vaciólo de golpe sobre los dos ébrios. Estos se levantaron gruñendo y arremetieron contrá el tabernero, que escudaba á su mujer asustada. Y en medio del tumulto, de las voces y de los vidrios rotos, se oyó el silbido del vigilante, que acudia; todos cuatro metiéronse adentro entónces, como enemigos que se unen en el peligro comun, y echaron el cerrojo á la puerta.

Mas allá, vió Leon venir una mujer corriendo, perseguida por dos pilluelos que la rociaban groseramente con sus pomos; al encontrarse en la acera, el jóven se interpuso entre ellos levantando su baston: los

dos tunos, atemorizados, escaparon, y Leon quedó frente á una niña que traía empapada su bata de muselina y parecía sofocada por la carrera y el miedo.

Y una doble exclamacion estalló al punto.

— ¡Cruzita!

— ¡Leon!

Y se miraron, él entre risueño y enojado, ella entre gozosa y sorprendida.

¿Cómo se encontraba allí, á aquellas horas, sola y tan léjos de su casa? *Misia* María se habia sentido enferma, y ella tuvo que ir á la botica, porque el mulatillo José se caía de sueño, y no servia para nada y con ser noche de carnaval se habia dado asueto á los otros criados: hé aquí la razon. Al salir de la botica, con el frasquito de árnica en la mano, los dos hijos del zapatero, que la atisbaban, se acercaron á ella para mojarla; fué tan rudo el ataque, que perdió la cabeza, y aturdida, echó á correr sin saber adonde.

Leon se sobresaltó con esto: su madre estaba enferma ¿qué tenía? ¿era cosa de cuidado? No, simplemente un golpe reci-

bido á la altura de la rodilla al descolgar la jaula de su canario. No importaba, era preciso correr y llegar pronto, pues José estaria dormido y la señora sin amparo.

Cruzita dió el brazo á Leon, y marcharon aprisa. Era ella monísima, como una figurita de Sajonia, y tenía un aire gracioso de mujer que vale la pena, no muy alta ni muy delgada, veinte años á lo sumo, con ojos expresivos que decian muchas cosas.

Leon pidióla le explicara las causas y los efectos del accidente, con la agitacion propia de un niño grande que adora á su madre, y ella contóle todo con los más menudos detalles: cómo la jaula del canario tenía la culpa; ó, mejor dicho, José, que se habia dormido ántes de descolgarla, segun costumbre; ó, más justo, la imprudencia de la señora: quiso subir en una silla, la silla resbaló en las baldosas del patio y dió con ella en el suelo. Pero no era nada, un arañazo apénas.

Más tranquilo, Leon disminuyó la rapidéz de su marcha; el calor de aquella noche de Febrero les sofocaba. Y miéntras

iban así, lado á lado, ocurriósele á Cruzita una idea: ¿qué dirían los vecinos al verla llegar á su brazo? Nada. ¿No sabían, que vivían bajo el mismo techo y comían en el mismo plato, por así decirlo? Hacía casi veinte años de ello. Ella se asustó. ¡Cómo pasa el tiempo! Hacía veinte años, en efecto, que vivía en aquella casa. Misia María había la recogido por caridad, una noche que la encontró envuelta en malas telas en el zaguán; tenía seis meses entonces. No llevaba sino una cruz de oro al cuello y por eso la habían puesto Cruzita. Los cuidados de la infancia, los tesoros de la educación, el afecto de la familia, todo les debía.....

Leon encontró una frase banal de galantería para obsequiarla y ella quedó sorprendida, acostumbrada, como estaba, á la indiferencia fraternal de aquel soñador, que nunca se le había ocurrido poner los ojos en ella, lo que habría reputado un crimen tratándose de la ahijada de su madre. ¿La creía él, en verdad, merecedora de tantos favores, y la sabía tan buena como decía?

Muchas gracias. Calló un instante, pero muy pronto se repuso y no detuvo ya bridadas en su charla de pájaro que despierta. Recordaba aquellos días de la escuela, cuando iban juntos, tomados de la mano, muy juiciosos, llevando en la canasta sus tajadas de pan y manteca, que á la vuelta de la esquina engullian glotonamente? ¿Y aquella vez que la preceptora de nariz de remolacha la dió con la palmeta, porque la pilló en el patio de los chicos dándole la mitad de su naranja? Y como se recorren las cuentas de un rosario, pasaba en revista los recuerdos de su niñez y las travesuras que juntos habian hecho y que sólo ella había pagado ¡mujer al fin!

Luégo el señor Saldívar habia muerto, y ya misia María no sonrió ni fué alegre, como ántes; ella se hizo grave y no fué más á la escuela y él comenzó sus estudios. Y desde esos días de la infancia no habían vuelto á encontrarse solos en la calle, mano á mano, como ahora.

Ella reia de esta aventura. Sus carcajadas resonaban en la calle desierta.

Llegaron así á la esquina de Independencia y doblaron hácia el río, deteniéndose delante de una casita baja, á la derecha. Sonó el llamador con redobles acompasados, que no tuvieron al pronto respuesta; mas al cabo de un rato la puerta se abrió, asomando el mulatillo José su cara de gato dormilon que han arrojado de la ceniza. Leon y Cruzita entraron en un zaguan estrecho y luégo en un patio tapizado de alegre mosaico y encuadrado por una hilera de vasijas de ancho vientre, embadurnadas de cardenillo, con plantas de adorno y de perfume: jazmines, diamelas, heliotropos, rosales, jacintos, enanas araucarias y palmas del Brasil de toda forma y tamaño; al centro, el brocal de mármol del aljibe, con cabezas de monstruos esculpidas y el balde de cobre que brillaba como una lámina de oro; al frente una ventana cubierta á medias por una glicina soberbia, revestida de racimos olorosos.

Sentada en un sillón de mimbre, cerca de la ventana, estaba misia María. Era una de esas mujeres que pueden ocultar su

edad, porque ni la tez ni el cabello acusaban su paso; no tenía canas y la piel aparecía fresca, un poco pálida, como una hoja de rosa descolorida. Fué con una sonrisa singular que acogió á los dos jóvenes, y que dió á besar su mano á Leon.

—¿Se ha golpeado V.?, preguntó este con tierna solicitud ¿cómo se encuentra ahora?

Sí, se había golpeado; pero se encontraba ya completamente repuesta: un susto y nada más. Miraba á su hijo, inclinado sobre ella, y á Cruzita, que, de espaldas, un poco avergonzada, parecía muy empeñada en destapar el frasquito de árnica. Leon adivinó en aquella mirada una pregunta que pedia explicaciones, y contó entónces su encuentro casual, su sobresalto y su vuelta presurosa; á pesar de las seguridades de la niña, había creído hallarla en cama. Y como ella repitiera que nada sentía, oponiéndose á admitir todo remedio, Cruzita entró en una de las habitaciones laterales, que mantenían á oscuras por temor á los mosquitos, y volvió con una obra

de aguja, sentándose á trabajar bajo el farol del patio. Leon comenzó á pasear, mientras José, apelotonado sobre el umbral, dormíase de nuevo, de cara á la pared, irrespetuosamente.

—¿Vás al baile esta noche, Leon? preguntó la señora.

—No sé todavía, contestó él. Tal vez... es probable...

Al fin y al cabo, ¿qué iba á hacer él en el baile? ¿bostezar entre las cortinas? Cuando no os lleva el interés ó un móvil cualquiera, es excusado ir al baile. Las señoritas feas os comprometen, las mamás os persiguen, los amigos que se aburren os asedian, las parejas danzan sobre vuestros piés, las piernas se entumecen, la cabeza vacila, y, corridos, escapais de la sala, la corbata deshecha, el frac arrugado, con un sombrero ajeno y un sobretodo prestado, y llegais á la calle, donde una pulmonía os dá el golpe de gracia. ¡Jamás! estaba decidido á no ir aquella noche. Y máxime cuando era noche de máscaras.

Siguió hablando así, mientras paseaba,

lanzando invectivas contra el baile, el teatro, las fiestas de todo género y las mujeres que van á ellas á hacerse admirar, coquetas que no tienen el corazón más grande que una avellana. Adivinábase su mal humor de novio burlado, que ha pasado las horas muertas en la esquina.

Detúvose delante de su madre é hizo esta observacion, hija de la idea que no le abandonaba:

—La familia de Guerra ¿sabe V.? la de D. Javier, no ha vuelto todavía del campo.

—Comprendo ahora por qué no vás al baile, dijo la señora con intencion.

El sonrió.

—Persiste V. en creerme enamorado de Lucía?

—Quizá.

Enamorado él, cuando no amaba á otra mujer que á su buena madre, á su querida viejecita celosa. Acercóse á ella, y púsose á besarla como un aturdido, en los ojos, en la boca, en las manos, sofocándola con sus caricias.—¿Quieres estar quieto? exclamaba la señora sin alientos. Pero él no la

escuchaba. Cansado al fin, se sentó en el banco en que misia María apoyaba sus piés, colocó estos sobre sus rodillas y su cabeza en el regazo de la anciana, que reía, mirándole embelesada.

Era esta su actitud de costumbre, en las noches de verano, después que llegaba, á las diez ó las once, nunca más tarde, de dar su vuelta reglamentaria por la calle Florida. Las dos mujeres le esperaban en el patio, que era su *forum* doméstico, y conversaban hasta las doce, la señora sentada siempre cerca de la ventana, bajo el alero que la protegía de la intemperie, y Cruzita cosiendo ó bordando á la luz del farol. Las visitas llegadas, las noticias recibidas, lo que escribía y no escribía el mayordomo de la estancia, las diabluras de José, que tenía la casa á mal traer, todo se discutía y comentaba. A veces, la señora, que no podía olvidar sus viejas costumbres, pedía á Cruzita cebárame, y comenzaban entónces las idas y venidas de la huérfana con la torneada calabaza y su bombilla de plata en la mano,

cuando no preferia traer el brasero en forma de trípode y el agua haciendo gorgoritos dentro del recipiente de metal. Y cuando el reloj del comedor hacia vibrar las doce campanadas de la media noche, cada cual se despedia y retiraba.

Asi vivian aquellos tres séres, estrechamente unidos, sin ostentacion y con holgura, en esa modesta casita de la calle Independencia, á la que se sentian apegados como la ostra á su concha. Allí el señor Saldívar habia muerto, Leon habia nacido y Cruzita habia llegado, enviada por manos desconocidas. Nunca se hablaba, pues, de cambio de domicilio. Encontrábanse tan bien, un poco alejados del centro bullicioso de esa aristocracia á la que pertenecian por su fortuna y su nombre, y que solo Leon frecuentaba!

Ahora, en el silencio que se habia producido, oianse los ronquidos de José como el soplar incesante de un fuelle. El calor era excesivo, y un enjambre de pequeñas mariposas de luz golpeaban el cristal del farol, revoloteando aturdidadas.

La última palabra de la anciana hacía cavilar á Leon, miéntras estaba así callado. ¿Por qué ocultar sus sentimientos, la ilusión que alimentaba y los hermosos proyectos que se complacia en formular? Tenía no sé qué vago temor de herir la susceptibilidad de su madre, de entristecerla ó asustarla... Cada vez que habia intentado hablar de tan arduo asunto, una hesitación le asaltaba y su voz quedaba prisionera en la garganta. Pero un dia ú otro tendría que hacerlo, y ¿no valia más ser franco, al fin, que andar en los vericuetos del disimulo y en los matorrales de la intriga?

El jóven levantó á medias la cabeza.

—¿Si yo dijera á V., murmuró, que es fundada su sospecha?... ¡Sí, amo á Lucía Guerra!

Y habló de ella sin rodeos. Hizo su retrato, trazado con el pincel de fuego del amante, arrebatando al sol, al cielo y á las flores el brillo, la limpidez y la hermosura, para pintar sus ojos y su talle. Era el hada soñada de los cuentos, la prometida hurí del paraíso, la encantadora sílfide, la náyade

y la ondina de los mitos. Su pié era una almendra, su mano marfil pulido, coral su boca, de modo que, en conjunto y en detalle, era la tal un monstruo, tan mal parada la dejaban su imaginación y su entusiasmo. Sí, la amaba hacía algún tiempo. ¡Cuántas veces había soñado con una mujer que le acompañara, compartiendo sus alegrías y sus penas! La vida parece más bella, el trabajo más liviano, el porvenir más seguro, cuando la sonrisa del cariño os espera en la casa, y manos que os acarician y voces queridas que os llaman. ¡Ah, si él lograba hacerse amar de Lucía Guerra! Sentía en él un poder extraño, una fuerza sobrehumana para vencer los obstáculos y arrollar las resistencias.

Al darse él una esposa, dábale á ella una hija que la prodigase sus cuidados y la regalára sus mimos. Y enumeraba los días venturosos que le esperaban. Era un lujo de detalles pintoresco, declamados con la vivacidad nerviosa del artista que dá formas á sus sueños.

Aquel era su primer amor. Y cedíale por

esto todo el arranque generoso de sus veintiseis años.

Y mientras él divagaba así, un cambio brusco se había operado en misia María, que casi no le oía, y en Cruzita, que parecía de piedra.

—¿Qué dice V. de todo esto? preguntó Leon sorprendido de tal silencio.

Nada, ¿qué podía decir ella, cuando no seguía otra opinion ni acataba más ley que la suya? Y luégo, en los asuntos de sentimiento, el consejo está demás; todo lo que él hiciera estaria bien hecho. Sonrió con esfuerzo para convencerle de sus palabras, pero se conocia que sufría sin confesarlo.

Daba el reloj las once; la señora se levantó é hizo una seña á Cruzita.

¡Cómo! ¿iba ya á recogerse, cuando no era todavía la hora? Sí, era preciso; el escozor en la rodilla la molestaba nuevamente...

Quedó Leon un tanto intrigado con esta partida repentina y la frialdad singular que había acogido su candorosa confesion. ¿Ha-

bria disgustado á su madre? Esta idea le volvía intranquilo, y, despechado, mordía con rabia su cigarro.

La casa estaba en silencio. No se veía más luz que la de su lamparilla de cristal de Bohemia que brillaba en un ángulo de su cuarto, al través del primoroso cortinaje de la glicina, pues José había cerrado la llave del farol al retirarse.

Leon entró en su cuarto, decidido á dormir. Se hubiera dicho que pertenecía á una doncella este cuarto: tal era el cuidado femenino de su arreglo. En la mesa del centro, al lado del libro de estudio abandonado, un ramo de frescas flores se veía, cogidas y allí colocadas por mano cariñosa, sin duda; junto á la ventana una pequeña biblioteca, mostrando sus libros en línea cerrada, como soldados en formación; enfrente un retrato al óleo, quizá el del señor Saldívar, representando un hombre algo grueso, muy espeso el bigote entrecano, el corbatín negro ceñido al cuello. Pero lo que allí llamaba la atención y hacía sonreír á quien conocía las ideas satánicas del mora-

dor, era la pila de bronce que en la cabecera del lecho se ostentaba, y la rama de olivo mojado en el agua bendita...

Leon hojeó el libro y lo cerró de golpe; miróse al espejo é hizo una mueca; revolvió estantes y cajones, jurando cuando no hallaba la cosa que no buscaba ó si una llave resistia á su torpe esfuerzo. Decididamente no tenía sueño. ¿Cómo matar las horas eternas del insomnio? ¿Salir á correr las calles enlodadas por la última lluvia, sin rumbo como un insensato, ó ir al baile de la Ópera á codearse con meretrices y cocineras? No, preferia quedarse en casa. Pero, allí se ahogaba. Sin saber qué hacer, apagó la lámpara y sentóse en la ventana, mirando á la luna, que bañaba el patio con una claridad melancólica.

Un rumor de pasos apagados le hizo volver la cabeza, y vió á Cruzita que regaba sus flores. No debia haberle descubierto, porque iba y venia, afanosa y preocupada en su tarea.

Leon la llamó.

Ella, sorprendida, vino á la ventana.

—¿Qué haces á estas horas? preguntóla.

—Ya lo vé V., contestó ella con desgaño.—Y V. ¿qué hace? repuso en seguida, mirándole con fijeza.

—Ya lo vé, contestó él.

Quedaron un rato callados. A Leon nunca le habia parecido tan bella aquella niña, inclinada así sobre la reja. Su traje de muselina dibujaba la curva graciosa de sus caderas y su seno, y la bata, mal abrochada, descubria su garganta deliciosa.

—¿Sabe V., Leon? dijo ella de pronto, misia María me ha dado una buena reprimenda por nuestra aventura de esta noche.

En verdad, era una tontería de su madre ¿para qué afligirla por una causa tan inocente? ¡Entre hermanos! Pero esto no debia preocuparla. ¿Qué habia dicho su madre, entre tanto, sobre sus proyectos matrimoniales? ¿Estaba disgustada ó parecia gustosa? Le habia dejado allí plantado de un modo... ¿Qué decia?

Nervioso, habíase levantado y acercado á la reja.

Cruzita se echó atrás dos pasos y se puso séria.

—No sé, dijo, nada he oído... no recuerdo.

Y como Leon, abatido, se sentára de nuevo, ella repuso bruscamente:

—¿Sabe V.? es muy probable que entre el mes próximo en el convento.

—¡Bah! hizo el jóven.

Sí, era su intencion. ¿Acaso tienen las huérfanas más asilo que el convento? El cariño que se las ofrece es como una limosna que se dá á un mendigo. Sin techo, sin pan y sin nombre, viven de prestado y son un estorbo en todas partes; se las cuida por caridad y se las quiere por lástima.

Enojóse él al oír esto. ¿A qué venia con esa retahila sin sentido? ¿Hablaba así porqué á la madre se le habia ocurrido reprenderla? ¡Y qué! no sería la primera vez. Felizmente, ella no sabía lo que hacia al venir á declamarle sus desgraciadas palabras.

Cruzita sintió que un sollozo asaltaba su garganta, y de pronto:

—¡Buenas noches! dijo, y escapó.

Y en tanto que Leon, sin comprender, quedaba en la ventana caviloso, ella, en la sombra, sentada en el umbral donde momentos ántes roncara José, lloraba silenciosamente.

II.

Era el lunes de Carnaval, y desde Lorea á Perú y de Victoria al Retiro la muchedumbre se apiñaba compacta en las aceras; los felices que ocupaban primera fila y veían pasar el abigarrado cortejo de lujosos carruajes, carros cargados de máscaras inverosímiles, los embetunados negros de las comparsas y las charangas aturdidoras, sufrían el codear y el empuje de los aburridos de atrás, que, á la vez, se veían envueltos, cuando no arrastrados, por la ola de gente que de cada bocacalle se precipitaba en el corso. En balcones y ventanas, portales y azoteas, las cabezas se confundían; en los balcones, fes-

toneados de guirnaldas y cenefas blancas y azules, las bellas de los salones y los elegantes de Palermo; en los portales, las criaditas retozonas y los dependientes desocupados. Y el vocear de las máscaras, el tocar de las músicas, el rodar de los vehículos, el rumor de las gentes; de los que ván, los que vienen, los que compran, los que venden, los que gritan, los que riñen, el sonar de las trompetas, el redoblar de los tambores, y los monos, los osos y los diablos, los negros y los payasos, que pasan, chillan y bailan, todo este movimiento y este ruido forman un espectáculo de fin del mundo; la doble hilera de carruajes sigue pausadamente su monótono desfile, en los que pueden verse caprichosos dominós, disfraces fantásticos, doncellas de empolvada peluca y niños vestidos de ángeles, de guerreros y de conspiradores; trajes de todas las épocas y de todos los gustos, colores y formas. Y mientras algún oficial de policía hace cacarolear su caballo sobre la vereda para asustar á las mamás y á las niñas, las damas de los carruajes se vén asediadas por

escuadrones de jóvenes que, como en mano, se lanzan al asalto, trepan sin temor en los estribos y acometen con denuedo al gentil enemigo, que se defiende oponiendo su pantalla de cristal, envolviendo cabeza y busto en los pliegues de encarnado manto ó contestando con certero chorro perfumado. Destilan agua las caretas, los vestidos están empapados, gotea el ala de los sombreros como tejado en día de lluvia, y hay cambio de miradas y apretones de manos furtivos durante este duelo, en que el vencedor rinde siempre sus armas al vencido.

Se oyen bromas, agudezas y salidas sónicas á granel. Pasa un pobre hombre de falda y miriñaque, sombrero de copa y paraguas en esqueleto; los chicos aullan á su alrededor, le tironean y le silban, mientras él dá cada manotada de ahogado y cada palo de ciego que no tardan en dispersar el grupo. Más allá una cuadrilla de pilluelos vestidos de mogiganga, arma el gran escándalo con música de cacerolas, y pasa una legion de diablos á caballo, con mucho rabo y mucho cuerno, un tridente en la

diestra con el que amenazan atenacear á todo el mundo, cual si estuvieran dedicados á su pícara tarea con las pobrecitas ánimas de los malos; y un burlon, ensabanado y en burro á mujeriegas, armado de afilada guadaña, asoma su caraza, que es la de la misma muerte, en cada carruaje, haciendo chillar á las niñas y llorar á los chiquillos.

Vése pasar un gran carromato en forma de nave, sin járcias, velas ni mástiles, como si á los embates de furiosa tormenta estuviera expuesta, y sentados alrededor de una mesa, en cuyo centro descuella orondo pavo asado, cual poseidos de hambre famélica, hasta media docena de tipos extravagantes, que deben representar otros tantos personajes, pues las gentes les señalan por sus nombres, en medio de burlas y risotadas...

Y el estruendo aumenta cada vez más. Las luces de los arcos están encendidas y las luminarias de los balcones y los farolillos chinescos que danzan en la cuerda floja; el viento, deseoso de tomar parte en la fiesta, sopla dentro de las bombas de mil

colores, corre por la calle abajo haciendo cabriolas, levanta faldas y arrebató sombreros. Entre las patas de los caballos y las ruedas de los coches, silencioso, se arrastra como una culebra el pequeño vendedor de pomos vacíos, recogiendo cuidadosamente los pedazos de plomo ó estaño estrujados.

Eran las once en el cuadrante del Cabildo. Leon Saldívar bajó la escalera del Progreso y salió á la acera. Fuéle imposible avanzar al principio, pues las corrientes encontradas de la muchedumbre se lo impedían; pero resistió el empuje, y á fuerza de codo y de puño ganó la acera opuesta y tomó Perú hácia Florida, no sin tropezar y verse detenido por los grupos de enmascarados y jugadores. Llegó, en volandas casi, á una esquina, y allí se detuvo, poniendo entonces tanto esfuerzo en mantener su posición como en tomarla había mostrado. Sí, allí estaba la casa, con sus seis balcones abiertos; de la calle podía verse el salón iluminado. Y recordó el plantón de la noche anterior, y el insomnio de que fué causa.

Leon entró en la lujosa tienda que ocupaba el piso bajo de la casa de Guerra y pidió un dominó y un antifaz; los dependientes jugaban con una criada vecina: eran tres y resuelta y agraciada la muchacha; concluidos sus seis pomos, que yacían estrujados en tierra, había tomado un jarro enorme, y una vez vaciado sobre sus perseguidores, defendíase á golpes. Con esto era tal el belen, que nadie se entendía. Leon batió las manos con impaciencia y al punto cesó el encarnizado juego; un mozo, hecho una sopa y una lástima, sirvióle lo que deseaba, y en un minuto vióse transformado en traidor de melodrama. Cuando él salía, empeñado en atar las cintas de su careta, la criadita aquella, que cautelosamente se había armado de un nuevo pomo, pasó con rapidez delante de él y le mojó de tan mala manera que el chorro dió en los ojos, causando tal escozor que por acudir á ellos dejó caer la careta al suelo. Y junto con las risotadas de la muchacha que huía, oyó unas voces conocidas que le llamaban. Eran cuatro dominós negros, que llevaban

como distintivo lazos blancos en el hombro izquierdo.

—¿Vas á lo de Guerra, Leon? Iremos juntos; aquí tienes un lazo igual al nuestro, para que nos sea fácil encontrarnos. Eso te pasará en dándote el aire.

Púsose lazo y careta como pudo y se dejó llevar. De la tienda al portal solo habia algunos pasos, pero fué preciso esperar largo rato, porque en la acera bregaban un vigilante y un borracho, y la gente, en apretado racimo alrededor de ambos campeonos, no permitia la salida. Cuando Leon se vió arriba, desprendió al descuido el lazo que le denunciaba, ajustó su careta y entró resueltamente.

Pocas personas habia en el salon, decorado con lujo, pero sin gusto, con ese rebuscamiento de efectos que mata todo cuadro. Un grupo de niñas, con sus alegres trajes de verano, charlaban animadamente en un ángulo, y tal como la azucena domina á las rosas que la rodean, la figura delgada de la señorita de Guerra dominaba el círculo de sus amigas. Vestia sencillamen-

te de blanco; dos rosas té prendian en el borde de su corpiño de raso. Examinada así de cerca, era una hermosa niña, demasiado alta quizá, algo delgada tambien, defecto uno y otro que roba la gracia del andar y el encanto del busto, pero hermosa sin contradiccion, por sus ojos, su boca y las líneas armoniosas de su rostro. Cuando hablaba borrábase un tanto la impresion que producía al verla, no porque fuera áspera su voz ni defectuoso su acento, sino porque no sabía enunciar dos ideas ni ligar dos párrafos. Contestaba por monosílabos, cuya inflexion variaba segun el asunto, abusando de las interrogaciones y puntos admirativos, y salpicando el diálogo de carcajadas siempre fuera de tono. Por supuesto que esta hija de millonario, criada con los mimos y regalos propios de su clase, habia recibido una educacion esmerada, no en la escuela, sino en casa, por los mejores maestros *recien llegados*, cualidad no especificada en diploma alguno, pero que priva más que las otras. La jóven, pues, leía á tropezones, escribía á saltos,

embadurnaba lienzos, golpeaba el piano, rascaba el violin y arañaba el arpa; sabía decir *güi* en francés, *yes* en inglés y *ya* en alemán, lo que me parece demasiado saber para una mujer. Pero defectos de bellas nunca fueron tales para el hombre enamorado y débil, esclavo eterno de la femenil coquetería.

Sentado en un sofá, D. Javier Guerra, con su aire de bonomía habitual, explicaba á sus tres amigos D. Pantaleon, D. Calixto y D. Ambrosio, senador el primero, hacendado el segundo y bolsista el último, el por qué de su obstinada resistencia á hacer un viaje á Europa, en una época en que todas las gentes de fortuna se creen obligadas á efectuarlo. Y con su voz ligeramente gangosa decia que no era él hombre para ir á perder su tiempo en ver monumentos ni para andar de ceca en meca; que los viajes se han hecho para los desocupados y que no hay mejor cosa que estarse en su casita, pues en faltándole su *amargo*, su *carbonada* y su *puchero*, no habia que contar con él.

El senador le miraba con lástima, el hacedado se reía bajo sus bigotes y D. Ambrosio estaba como si le hicieran cosquillas.

Y D. Pantaleon, que era un viejo verde de la peor especie, y habia estado en Paris y cenado en gabinete particular, le rebatía con calor y se burlaba de sus gustos trasnochados, dignos, decia él, de los tiempos de la pajuela. Tarea en que le ayudaba eficazmente D. Calixto, que si no habia cenado en Paris, tenía sus más y sus menos en apartados barrios, como que era un pillo redomado.

Muy sofocada, manejando con agitacion su enorme abanico pintado de blanco, de negro y de rojo, con caractéres japoneses y pajarracos monstruosos, andaba la señora de Guerra de un lado al otro, afanosa en obsequiar á sus tertulianos.

—¿Un heladito, ó sino un panal? ¿Nada? Lo siento. ¿Mucho calor, eh?... ¡Qué habíamos de venir ayer, mujer! Lucía se encaprichó y no hubo más; es más terca!... ¿Quiere V. una taza de té?

Era tan alta y desairada, de voz y mo-

dales tan hombrunos, que un sargento de caballería parecía. Su boca enorme se estiraba para simular una sonrisa, pero sólo conseguía mostrar sus dientes desiguales y mal cuidados. Se llamaba Ventura, aunque ella gustaba de oirse decir Venturita.

Mucho calor hacía, en efecto; algunas señoras miraban desde el balcon el alegre cortejo. Allí estaba la opulenta mujer de D. Ambrosio, que usaba colorete y se tenía el pelo, había danzado el minué con el Restaurador y tratado de tú á Manuelita. Y era de oirla hablar del Carnaval antiguo... Entónces era otra cosa, más alegría y más animacion. Se armaba en cada azotea un canton que era una fortaleza..... ¡y atrévete! Allí jarros, bañaderas, baldes rebosando agua y las cestadas de huevos de olor..... Que era asaltado el puesto y llegaban este y aquel bien armados ¡á ver, muchachos! y zás, se les daba un baño que no habian menester de jabon para ocho días. Y como donde las dán las toman, quedaban unos y otros como de perlas. Entónces el novio, bien disfrazado de gaucho,

muy elegante y buen mozo, pasaba bajo la ventana de su novia con el pañuelo de huevos en la mano, y tal como se arroja una flor, la atizaba un huevazo, y luego otro, y otro..... En cambio ella le ponía de harina como pescado que espera la sartén. ¡Pero ahora! ahora!!

—Ahora, dijo Venturita, que se había acercado al balcon, desgraciadamente queda mucho de aquello todavía. ¿Creerán ustedes que de la estacion acá me pusieron esta mañana empapada, pero empapada? Por supuesto que del revés que le dí á un mocoso le volví la cara. ¡Como que aquí no hay policía ni respeto á la autoridad!

Cuando los cinco dominós entraron, adelantóse ella á recibirles, diciendo:

—Amigos de Manolo ¿verdad? Entren ustedes, que las niñas se aburren.

Alborotóse el cotarro con la llegada de los enmascarados, y como palomas que huyen del gavilán, la bandada de muchachas se dispersó. Y no se oyó por un instante sino los saludos en falsete, los gritos de las

niñas y las carcajadas de los que eran descubiertos.

—Le conozco á V., Saldívar, dijo la señorita de Guerra así que le hubo dado el jóven las buenas noches con voz fingida.

—Sea enhorabuena; pero la ruego no me descubra V.

—¿Por qué?

—Porque así tendré más libertad para hablarla.

—Já, já.

Y reia ruidosamente, como si se tratára de la cosa más graciosa del mundo.

Pusiéronse á platicar en voz baja, ambos de pié, él inclinado cual si rezára delante de una imágen; ella erguida, mirando el juego de sus amigas y los cuatro dominós, sin prestar mayor interés al coloquio.

Dábala él quejas de su desvío y dilatada ausencia, y contábala una por una las penas é inquietudes que le producian. ¿Cuándo iba á resolverse á dar el sí que con tanta ánsia la pedia? Desde el dia que la habló por vez primera, traíale como zarandillo,

alimentándole de esperanzas, hartándole de promesas. Contestaba ella con desgano, diciendo que nó con la cabeza ó haciendo indiferente comentario con los hombros, y cuando él volvía á desgranar el fastidioso rosario de sus cuitas, abrió ella la boca, no para dar el sí anhelado, sino mal disimulado bostezo.

Notó Leon este signo inequívoco de aburrimiento y quedó suspenso. Pero no fué esto motivo suficiente para arredrarle y continuó la defensa de su pleito con argumentos dignos de consumado leguleyo. Ya que la relacion de sus congojas no la tocaba el corazon, haria un poquito de historia antigua. Contó á su modo cómo se habian conocido, aquel viaje al Tigre en el wagon del Norte, la visita á la quinta la tarde aquella de la lluvia imprevista, cuando la ofreció su paraguas en la estacion, *la temporada* y la cena en el baile del senador D. Pantaleon; aquella noche llevaba ella un traje blanco con tres mariposas verde esmeralda posadas en el borde de su escote ¿lo recordaba? Estaba tan bella, que vi-

niéronle á él celos de aquellos desvergonzados insectos.

Lucía se reía, alzando los hombros. ¿De veras? Francamente, tomaba muy á pecho un asunto... que no podia pasar de una broma. ¡Vamos! por galantería se dicen muchas cosas que no llevan un grano de sentimiento; ella no podia creer que, en efecto... él... en fin. Se embrollaba y no atinaba con la salida. Leon halló aquí ocasion de hacer valer sus juramentos. ¡Una broma! la más grande aspiracion de su vida. ¿No leía, acaso, en sus ojos la pasion que le consumia? ¿No traducía en su acento la sinceridad de sus palabras?

Ambos estaban algo apartados de los demás; él apoyado en el mármol de la chimenea, ella delante del espejo, al que obsequiaba con más de una mirada al descuido.

—Es V. incrédula y cruel tambien, dijo Saldívar; ayer no se ha dejado V. ver. ¿Por qué?

—Porque no estaba concluido mi traje para el baile, contestó ella con naturalidad. Ni más, ni menos. En efecto, miéntas

el enamorado joven la decía cosas tan bonitas, tenía ella allá en su pequeña cabeza de pájaro inocente, una idea muy importante, que la traía más preocupada que el apasionado discurso de Saldívar: el dominó que confeccionaba Mad. Félix, ¿sería á fajas azules y amarillas, ó blanco con lunares negros? El dominó á fajas la daría un aire de princesa oriental, pero el de lunares tenía un no sé qué de elegancia y de misterio... En la indecision, no habia podido elegir, y confió el fallo de tan intrincado asunto al buen gusto de su costurera, despues de acalorado debate con Venturita. Y entre si serán fajas ó lunares pasó el domingo y la noche del domingo, sin que aquel juez inapelable comunicára la sentencia firmada con la punta de su tijera. Debido á este contratiempo es que dejó de ir al baile y se quedó en la quinta.

Entre tanto, D. Javier, que no abandonaba su sofá por razones que él se sabía,— y digámoslo de una vez, aunque al oido: las botas le ajustaban y no podía estar en pié —contaba ahora á sus amigos quién era

aquel francés recién llegado, que había traído recomendaciones de un viejo amigo suyo, cónsul argentino en no sé qué punto de Francia, donde se aburre en grande! ¿qué les parece á ustedes? Y vengan después á hablar de Buenos Aires y los viajes á Europa! Pues bien, el tal francés, monsieur Louis-Héctor de Cantillac, era un baron con una *b* larga de las más legítimas, pues descendía de la familia de tal, que en remotos tiempos realizó no sabidas hazañas. Esto lo explicaba muy al dedillo aquel su viejo amigo el cónsul argentino, y citaba fechas, nombres y lugares con tal precision que ni un profesor de historia le igualára; pero él no podía retener tanta letería en la cabeza, aunque si mostraban curiosidad por conocer los puntos y las comas de la carta, en el bolsillo la traía... Su viaje á Buenos Aires era motivado simplemente por un negocio de minas, una empresa colosal que dejaria la mar de utilidades.

—Anoche le ví en casa del Presidente, dijo el senador.

—Y esta noche le verás aquí, contestó con fatuidad D. Javier.

Apenas se hubo nombrado al Presidente sulfuróse D. Ambrosio, que era de la oposicion. Y como el senador habia figurado en todos los partidos y combatido bajo todas las banderas, pues hasta se le acusaba de haber cantado loas al tirano, creyó que el ataque era á su consecuencia política, como aquel que tiene un grano en la nariz se figura ver reir á todo el mundo. Por lo cual se trabaron en furiosa discusion, en la que todo se echó á rodar y salieron los cueritos al sol.

Grande algarada se armó con la súbita irrupcion de cuatro muchachos vestidos de marineros ingleses, que fingian estar de borrachera. Y con ellos dos feos orangutanes, que pusiéronse á bailar una zambra endiablada al son de un horrible cencerro que uno de ellos traia. Las niñas les rodearon, deseosas de descubrirles, y lo mismo hicieron las señoras, retiradas ya del balcon porque el corso habia terminado.

Y Venturita, ambas manos en los oidos,

repetía, tratando de hacerse oír en medio de aquella barahunda:

—Si es Manolo... ¿Quieren callar, muchachos? ¡Que partan el tímpano!

En este momento Amalia Ramírez, una morenita espiritual á quien perseguía el más feo de los orangutanes, se acercó á Lucía y hablóla en secreto.

—¿De veras? exclamó ella.

Pálida, tomó el brazo de su amiga, y saludando apenas á Saldívar se alejó, volviendo la cabeza hácia la puerta, que abría sobre el espacioso y bien alumbrado vestíbulo.

Casi al mismo tiempo hizo su entrada en el salón el barón Louis-Héctor de Cantillac.

Hubo cuchicheos, por más que la apostura correcta del señor barón no diera lugar á ellos. Era un hombre entre los treinta y los cuarenta, de encerado bigote, calva naciente y un aire de grandeza que imponía; vestía de frac, ostentando una immaculada gardenia en el ojal.

El extranjero apretó la mano de Guerra,

que salió á su encuentro como pudo; se inclinó ante la señora, que ensayó sonreír una vez más, y al tiempo de saludar á Lucía la miró largamente con sus ojillos azules.

Y mientras se cambiaba la primera serie de cumplidos, la mujer de D. Ambrosio, que estaba en su vigésimo heladito, arrellanada en una poltrona cerca al balcon, decía á su vecina:

—¡Qué figura y qué porte! ¡Si no hay como estos extranjeros! Eso le digo todos los días á mi Teresita: mira, hija, debes fijarte en un extranjero, que son los mejores maridos, y no en los hijos del país, que son todos unos perdidos, haraganes y celosos. ¡Calle V., mujer, si aquí no se tiene libertad para nada; pues todo es mal visto!

—Tiene V. razón, contestó la otra, engullendo un pastelillo; mi hija está casada con un alemán, V. bien lo sabe, que es de una pasta... vaya, si no parece hombre... quiero decir, ¡es tan bueno! Y Mechita entra y sale, vá y vuelve sin que él se entere ni la diga ni esto. ¡Vaya V. á hacer lo mismo con un hijo del país!

—¡Qué, hija mia, si son fatales! Cómo, Venturita, ¿otro helado? ¡Si he tomado ya dos! En fin, si V. se empeña...

Leon no se había movido de su sitio. La partida brusca de la señorita de Guerra le dejó allí clavado. Siguióla con los ojos y no perdió un solo efecto de aquella escena. Él conocia bien al baron, le conocia personalmente, pues se lo habian presentado en el club. Vióle cómo hablaba con Guerra y Venturita, saludaba á alguna otra persona del círculo y se dirigia luego á Lucía, que parecia confusa, cambiaban sus tres ó cuatro frases banales, que eran seguidas de secreto coloquio. La jóven no se reia, segun costumbre, sino estaba muy séria, atenta á lo que se la decia, casi abstraída en escucharle; de vez en cuando movia la cabeza en señal de negativa, diciendo al mismo tiempo: ¡Oh! no; ¡oh! no. Luego sonreia con gracia y hablaba con una volubilidad extraña en ella. Imaginaba Leon que él la daba quejas de su ausencia el dia anterior, pues habria estado en el baile y no la habia visto, y quizás la decia: ¿Me

quiere V. tan mal que así me ha castigado? ó algo parecido, á lo que ella contestaba con aquel ¡oh! no, tan sonoro. Y luego le contaba el motivo, aquello de Madame Félix.

¿Por qué se le ocurrió á Leon todo esto, atribuyendo al forastero, que por primera vez quizá pisaba la casa de Guerra, intenciones poco tranquilizadoras para su amante corazón? Una acción y un gesto le habían bastado para edificar todo un castillo de hipótesis.

Y seguía observando siempre. Ahora ella había tomado su brazo y venía hácia el sitio que ocupaba Leon, muy entretenida, al parecer, con la conversacion de su interlocutor; pasaron ambos delante del jóven... ella miró al espejo sin mirar á Leon y siguió sonriendo. El oído del celoso observador cazó al vuelo esta frase, dicha en bárbaro español, pues el baron apenas conocía el idioma: ¿Iria V. con gusto? ¡Oh! sí, contestaba ella. Hablaban, sin duda, de Europa; quizás él la hacia una descripción de la vida que la esperaba en Paris.

Leon sintió calor, mucho calor; pareció-le que todos le conocían, le señalaban con el dedo y se reían de él. Escabullóse del salón, sin mirar á nadie, como si le corrieran detrás.

En la escalera se quitó la careta, porque se ahogaba. Y mientras bajaba los escalones, las exclamaciones de Lucía, aquel ¡oh! no, ¡oh! sí, retumbaban en sus oídos. — ¡Es la más coqueta de las mujeres! se decía. Una idea repentina le detuvo. ¿Qué había visto y oído, al fin de cuentas? Sí, vamos á ver, ¿qué había visto? El barón estaba amable y ella hábale hecho la acogida á que la hija del dueño de casa está obligada; luego hablaron de Europa, de los viajes, ¿hay punto más interesante para tratado con bellas, cuando no se les hace la corte?—Decididamente, ¡soy un tonto! murmuró. Tuvo intenciones de volver á subir, pero reflexionó que era mejor esperar hasta la noche siguiente, y en el baile del Progreso la cantaría las del barquero, como tres y dos son cinco.

El mono aquel del cencerro fumaba en

la puerta, tranquilamente. Iba Leon á salir á la calle cuando él se le echó encima, repiqueteando con furia el horrible instrumento.—¿Cómo, Saldívar, estaba V. arriba? dijo, ¿dónde vá V.? No hubo más remedio que detenerse á echar un parrafito con aquel energúmeno.

Se llamaba Pepe Gomez, y era un estudiante de esos que salen á la orilla gracias al remolque de las recomendaciones, raquítico, escrofuloso, mal amigo y penden-ciero. Así, tal cual estaba vestido, era la vision del pecado. La piel color de café que le cubria lo hacía doblemente feo: sus ojos eran saltones, la cara salpicada de botones rojizos, un bigotillo ralo y caido á la manera de los chinos... Tenía en la mano la careta, una descomunal cabeza de mono con una bocaza, unos ojos y un par de orejas que daban miedo.

Pepe Gomez habia hecho un viaje á Europa, quiero decir, á Paris, porque Europa es Paris para los que sueñan con un viaje al viejo mundo, y allí llegan y allí se están, errando boquiabiertos por los bule-

vares, haciendo la vida del café, del teatro y del *boudoir*, en ese día que empieza á las cuatro de la tarde y concluye á las seis de la mañana, manejando torpemente el francés y dando que reír á las bellezas manoseadas del Edén y de Sylvain. Pepe Gomez, como uno de tantos, se divirtió en grande, á su modo; conoció todo el Paris de los bulevares y pasó en revista el regimiento de cocottes de mediana tarifa; porque para subir á las alturas no le prestaba alas su flaco presupuesto, y cuando se embarcó, despues de seis meses de regodeo, no llevaba sino una moneda de cinco francos en el bolsillo, y escondida por ahí una condecoracion ganada honrosamente en tanto combate. Y avínole en la travesía algo increíble, que pareceria mentira si otro que yo lo contára: olvidóse del propio idioma, hasta el punto de no saber cómo se decia pan en español; y ocurrió que al abrazar á su padre, que lloraba á moco tendido allá en la punta del muelle, le dijo: —*Oh! quel alegrie de voir esta chère Buenos Aires! 'saprismi! je le trouve très mal, Le chemin de la mai-*

son es por aquí ó par lá? Y era de verle más tarde recorrer la calle Florida, los brazos en arco, haciendo molinete con el baston, tarareando algun *couplet* de café cantante, sin saludar á nadie; que tambien le vino el raro percante de olvidarse de la cara de sus más íntimos amigos.

Leon apénas le trataba, así es que le hizo poca gracia darse un plantón con aquel necio. Estaba la calle desierta y apagadas las luces de los arcos; nada revelaba el animado espectáculo de que habia sido teatro momentos ántes; el viento canturriaba no sé qué, jugando con las banderolas y las colgaduras de los balcones. Grupos de máscaras pasaban aprisa, camino de los teatros.

—¿Qué tal principio de año, Saldívar? dijo Pepe Gomez. ¿Tenemos ó no tenemos valor para acometerlo? ¡*Sapristi!* ¡Pensar que es el último y que, despues de tanto sustazo, podrá V. ostentar el ansiado título, que es llave de oro en nuestra tierra! ¡*Mon Dieu!* cuándo llegará mi turno! Y volvió á hacer sonar el cencerro.

—¿Ha visto V. á Cantillac? prosiguió. Es un hombre *charmant*, un *causeur* delicioso; en la primera ocasion se lo presentaré. Es muy amigo mio, pero mucho... Figúrese V., nos conocemos desde Paris, donde hemos calavereado juntos. ¡Já... já!... No puedo olvidarme aquella noche de la cena en la *Maison Dorée*... Él llevaba á una artista del *Gymnase* y yo á una bailarina del Edén. Pues, señor, que si la artista me miró ó no me miró, allí se trenzaron las dos y se dieron de manotadas... Esta noche he comido con el baron, y le confesaré á V., al final estábamos algo chispos, lo que nada tiene de particular tratándose de *gens du monde*, eso dá cierto *cachet*... Pues bien: ¿quiere V. creer que el baron no habló sino de Lucita Guerra? Parece que lo ha *encamotado* de lo lindo.

Leon volvió á sentir calor, mucho calor. Y Pepe Gomez, como si gozára en torturarlo, repuso:

—Es un rival muy peligroso, compañero; cuidado, *sapristi!*

Y sonaba el cencerro. Pero más que el

repique ensordecedor del juguete, las palabras de Pepe Gomez le hacian daño. Luego obtuvo detalles más precisos: que el francés la había hablado ya en casa de Amalia Ramirez, y que Amalia Ramirez, la amiga íntima, la hermana casi de la de Guerra, habia dicho:—¡Lucía cae con el francés! Y cuando Amalia Ramirez lo decia...

Bajaron los cuatro marineros y el otro mono, ó sea Manolo Guerra, se saludaron, charlaron un ratito más y luego la alegre banda se fué á concluir la noche en el baile de la Opera.

Leon siguió Florida, tomó por Victoria y dirigióse á la calle Defensa. No quiso subir al club. Deseaba llegar pronto á su casa y acostarse, y dormir, si podia, para no pensar más en aquello.

Entre tanto, como la noche anterior, iba preocupado y cabizbajo. Todo le desconcertaba, la frialdad de Lucía, la actitud del baron, las nuevas de Pepe Gomez, lo que habia dicho Amalia Ramirez... Lucía, sobre todo, le parecia odiosamente coque-

ta, no era más que... ¿cómo la había llamado su madre aquella mañana? ¡ah! sí, un maniquí de peluquería, una muñeca con la cabeza vacía y las entrañas de estopa.

Porque es preciso saber que misia María había hablado, había dado su opinión sobre el proyecto de marras. Volvía ella con Cruzita de oír su cotidiana misa en San Telmo y al entrar vió en el patio á su hijo, ya despabilado, por más que eran las siete de la mañana.

—Buenos dias, madrecita...

—¡Hola! Tan temprano, ¿qué milagro es este?

Y mientras Cruzita se metía adentro, daba el jóven vueltas alrededor de la anciana, sin dejarla avanzar un paso.

—¿Qué es esto? dijo ella; déjame sentar, que vengo cansada.

Leon la hizo sentar en el sillón de mimbre, debajo de la glicina.

—Aquí tomará V. su mate, dijo.

Luego así, de golpe:

—Dígame V., preguntó, ¿por qué se retiró anoche tan sería, sin decirme una pa-

labra acerca de lo que hablamos? ¿Recuerda V.? Hablamos de la de Guerra.

Sí, lo recordaba; pero ¿qué podía ella decir? no es posible á los enamorados hacerles entrar en razon. Y á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga. Nada más.

Vamos, esto queria decir que ella no estaba contenta con su eleccion.

Ni mucho menos. Conocia á la de Guerra. Era una niña como tantas de las del dia: muy bonita, muy bien puesta, propia para un palco ó un salon, un adorno de sociedad, en fin, pero sin condiciones para ser ama de su casa y madre de familia. Y sobre todo, muy mal educada, muy mal educada... A ella le hacia el efecto de una muñeca de peluquería. Así, clarito.

Leon no insistió, ni la señora dijo más; como que habia dicho bastante.

Y por eso estaba ahora como el ciego que, subiendo una cuesta, tropieza, é ignorante de la magnitud del obstáculo, se detiene, pensando si le será dable proseguir su marcha ó forzoso desandar lo andado.

III.

¿Sabéis lo que es un *círculo*? No es un club, ni una logia, ni una de tantas asociaciones que se fundan al cabo del día con tales ó cuales fines, ni una de las divisiones tenebrosas del infierno dantesco, ni siquiera lo que la Geometría llama «el espacio cerrado por la circunferencia,» es, y debo explicarlo, porque el mismo diccionario se vería tamañito para dar la significacion acertada, una banda, no de malhechores, perdonad, sino de muchachos alegres, que la simpatía, los lazos de familia y las más veces la escuela, que es donde se hacen francas y sólidas amistades, ha reunido en grupo inseparable. No pasan de ocho ni son

menos de tres los que forman este grupo, esta banda, este círculo, y no baja de quince años ni alcanza á treinta su edad, que en el primer caso la autoridad paterna los retiene y en el segundo la carrera emprendida y la vida social los aleja. Divídense en dos clases: los sérios, que son los menos, y los que no lo son. Estos tienen siempre un jefe, que lo es por su inteligencia, ó por su audacia, ó por su edad, y un ejecutor ó *maton*, digámoslo en la jerga especial, encargado de sacar á los compañeros de todo mal paso. Su cuartel general es el Águila; su campo de accion la calle Florida en horas discretas, y toda la red de calles sospechosas á deshoras. Están unidos por tan estrecho lazo, que sus aficiones, sus caracteres casi se hallan fundidos; siempre los vereis presentarse juntos en el paseo, en el teatro, dando pruebas de una amistad sincera y una abnegacion sin límites. Los de uno y otro grupo afectan no conocerse, y miran de reajo á todo aquel que no se halla iniciado en su comunion política. La frase *No es del círculo*, basta para

apuntar en el índice á los que no pertenecen á él, que vienen á quedar algo así como extranjeros, y un tanto así como enemigos. De aquí division tan profunda en la juventud argentina, tan absoluta falta de relaciones, que cada cual no conoce sino á los suyos, á los tres ó cuatro amigos que le acompañan en el placer y en el estudio, más en el placer que en el estudio. Todos los demás son desconocidos, extranjeros, enemigos.

Manolito Guerra tenía, naturalmente, su círculo, del cual era jefe, y en el que desempeñaba el honroso puesto de maton Pepe Gomez, porque se comprenderá que este círculo no era de los serios. Sus compañeros eran tres hijos de familia, es decir, ricos desocupados, ó mejor dicho, con beneficio y sin oficio, y un estudiante de preparatorios, todos sin un adarme de seso en la mollera, insignificantes, viciosos y gritones. Vestidos segun el último figurín, al que quitaban ó añadian algo para parecer más originales, jugadores de club y de café, segun los casos, héroes de todo zipizape de

rejas adentro, frequentadores de entretelones y de alcoba, maestros consumados de carambola, pasaban el día con el taco y la noche con los naipes en la mano, con acompañamiento de cognac y música de besos á tanto la docena.

De este círculo era Manolito Guerra el grande hombre, porque hay que observar que cada círculo tiene su grande hombre en ciernes, para quien son pocas las flores de retórica cogidas en el jardín de la amistad y arrojadas á puñados en las columnas de periódicos complacientes. Si es estudiante y dá exámen, ¡bravo! si escribe un artículo, ¡bravísimo! y si hace versos, ¡oh! si hace versos... Manolito Guerra no hacia versos ni mucho menos, pero era el grande hombre de su círculo porque sí, que es la razon de la sinrazon.

Aquella noche, mártes de Carnaval, llovía copiosamente. Abrigados en el amplio portal del Progreso, el cuello del sobretodo claro levantado, á fin de proteger la blanca y brillante camisa y la fina corbata de batista, estaban Manolo Guerra y sus cinco

amigos viendo desfilar las damas que llegaban, bajaban aprisa de los carruajes, temerosas de mojar sus trajes y subían la escalera tendida de rojo y adornada de guirnaldas de follaje.

¡Oh, qué enojoso contratiempo! Manolito tenía alrededor del ojo derecho un círculo violáceo tan pronunciado, que no parecía ser sino un cardenal de mano maestra, conquistado, sin duda, en alguno de los sitios equívocos á que concurría. A él aplicaba su pañuelo cada vez que un grupo de niñas pasaba como enjambre de mariposas; luego paseaba mal humorado, sin hacer caso de las bromas de sus compañeros, que se burlaban de su desventura.

—Mira, Manolín, decía uno: mañana es miércoles de ceniza; ¿cómo vas á salir enmascarado á la calle?

—¿Es ese un monóculo de nueva invención? preguntaba otro.

Manolo no contestaba. Era pequeñito de cuerpo, moreno, con un collar de vello indisciplinado que hacía el papel de barba, los ojos de ratoncillo, muy vivos, es decir,

así debían ser en un estado normal, á juzgar por el sano, que el otro estaba rodeado de sombras cuando no le ocultaba el pañuelo.

No contestaba Manolo, pero tiraba de su barbilla sin descanso, señal de que estaba furioso. De repente echóse sobre uno de sus amigos, y cogiéndole del cuello de su abrigo, dióle cuatro tirones y le obligó á dar otras tantas vueltas, y sin soltarle, le gritó con rábía:

—Tú tienes la culpa, ca... nejo, animal!!

Protestó el otro, se interpusieron los demás, y el escándalo hubiera sido mayor, si nuevos invitados no obligan á Manolito á cubrir su ojo aporreado y dejar libre á su compañero. Pero una vez que desaparecieron en lo alto de la escalera, vino nuevamente hácia su contrincante con ademanes nada pacíficos. Pepe Gomez intervino y restableció el órden, no sin trabajo.

Seguia el desfile. Para cada encubierta tenían aquellos señores una broma sin sal cuando la conocían, y algun piropo de mal gusto para las incógnitas, y todos ellos mi-

raban con descaro, tratando de reconocer á las que entraban; interpelábanse unos á otros:—*Ché*, ¿ha venido la tuya? la mía no ha llegado todavía; ahí está la de Pepe Gomez. Pepe Gomez alargaba el cuello salpicado de manchas rojas, los ojos saltones clavados en Amalia Ramirez, que llegaba escoltada de sus respetables papás. Pero como la jóven pasó sin mirar á su adorador, ocupada en enjugar con el pañuelo las gotas de lluvia que mojaban su traje encarnado y negro, tocó Manolo con el codo á su compañero, y con un gesto desvergonzado, le dijo:

—Esto vá mal, hermano! Me parece que no es este plato para estudiantes.

La respuesta habria sido cruda, si él se hubiera detenido á darla, pero solo se preocupó de seguir á su bella ingrata, tratando de no perderla de vista. Las risotadas de sus amigos hicieron volver la cabeza á Manolo y vió el apurado trance en que se hallaba D. Ambrosio, que no podia hacer bajar del carruaje á su mujer. Teresita estaba ya en el zaguán, brincando de impaciencia,

pero la señora no pasaba por la portezuela; tan gruesa y voluminosa era. El viento arrollaba el paraguas de D. Ambrosio, la lluvia salpicaba el tocado de la opulenta dama, forcejeaba ella, sudaba el marido, gritaba Teresita y se reían los jóvenes. Cayó por fin como una maza en brazos del pobre hombre, que pierde el equilibrio, resbala y mete el pié en un charco, y descompuestos los dos, suben con la niña la escalera, renegando el bolsista de la lluvia, de las señoras gruesas y de los bailes de máscaras.

Un jóven entró apresuradamente, cerró su paraguas, que chorreaba, y, sin mirar, se disponia á subir, cuando Manolo le gritó:

—Hola, Saldívar! muy apurado viene V.

Y fué á estrecharle la mano, mientras Leon, con un pié en el primer tramo de la escalera, hacia esfuerzos por no dejar escapar una pregunta que le traía ansioso. Los otros le rodearon y diéronle detalles; el baile parecia iba á estar animadísimo; ya habian llegado las fulanas y las zutanas y las menganas no se harian esperar. Leon

sacó el reloj y vió que era la una. Subieron todos, y mientras los jóvenes dejaban sus abrigos y pasaban al cuarto de *toilette*, Manolito dióse á husmear por los pasillos, pues su malandanza no le permitia mostrarse, como él deseára.

Mucha gente, mucho calor, mucha luz y mucho ruido en el salon. Cerrada columna de fracs negros obstruia las entradas, compuesta de los tímidos, los desconocidos, los inválidos y demás especies de aburridos; aldeanas, princesas, manolas, africanas, odaliscas, floristas y majas y hasta gitanas; algunas *guarangas* ensabanadas y dominós elegantes paseaban. en medio de los acordes de la orquesta. En los sofás y sitiales estaba el estado mayor de las mamás, debatiéndose entre el deber y el sueño, atisbando el paso de algun amigo complaciente del marido que las salve de aquel suplicio del asiento forzado á que están condenadas las viejas y las feas, y cuando la víctima escogida se acerca, se oyen tosecitas, golpes de abanico y risitas intencionadas. Pero el que pasa conoce el peligro y, án-

tes de dar tiempo al abordaje, sigue su camino, haciendo el distraído. Entonces la dama suspira, se echa aire con despecho y fija sus ojos lánguidos en la puerta que conduce al *buffet*, refugio de aburridos y alivio de desengaños. Con frecuencia, las más animosas, recordando que la careta presta inmunidades, hacen causa común y se lanzan al torbellino brazo á brazo. ¡Ay entonces del imberbe que vá por primera vez al baile y pasea su cara de bobalicón, en la que vá pintado el asombro de cuanto vé y oye! ¡Ay del truhan conocido, que pasa muy orondo y muy hueco! ¡Ay del solteron empedernido y del viejo petimetre! ¡Ay del político sin vergüenza! ¡Ay del que se tiñe, lleva peluca ó gasta dientes postizos! Para ellos son los alfilerazos despiadados.

Cuando entró Leon en el salon, Lucía pasaba al brazo del baron de Cantillac; llevaba dominó de raso á fajas azules y amarillas, y reía muy fuerte de lo que el otro decia. Sintió el jóven emoción y cólera y celos de verla así acompañada de aquel aventurero que se había atravesado en su

camino y en su garganta, preciso es confesarlo. Comenzó á seguirla, lo que no era fácil, para abordarla en la primera ocasion. Pero vióse detenido por una gitana vestida de falda negra, con alamares encarnados y verdes y adornada la cabeza, el cuello y las muñecas de zequies dorados.

—¿Quieres que te diga la buena ventura, Saldívar? dijo la incógnita en falsete.

Tomó su brazo y le arrastró casi, y el jóven se dejó llevar, porque siguieron la huella del baron y de Lucía. Y con la rapidez que la apretada concurrencia permitía, pasaron á la sala de retratos y se sentaron frente al sitio que la otra pareja ocupaba.

—Dáme tu mano, dijo la gitana, y escucha lo que voy á decirte, que hay tiempo y de sobra para observar á la persona que tanto parece preocuparte.

Sonrojóse Leon, como chiquillo sorprendido en falta, y presentó su mano sonriendo, más atento sin embargo á su espionaje que al manejo de su compañera. Observó esta muy séria las tres rayas de la palma, trazó otras tantas cruces sobre ella, quedó un

rato callada y soltó, al fin, su profecía en esta forma:

—Tú padeces pena de amores por una morena, que no te quiere... pero hay otra morena que te quiere y tú á ella no... buscas la felicidad y no sabes la casa! Abre los ojos y la encontrarás...

Rióse Leon, y abrió bien grandes los ojos, y en son de burla dijo que no veía allí más que á una simpática desconocida, que hacia la gitana más mentirosa del mundo, porque aquello de las dos morenas era puro embeleco, y que no era él tan bobo para buscar la felicidad, sabiendo que no existía ni aquí ni en ninguna parte. En otra ocasión, quizá, observando que la incógnita era hermosa, por lo poco que descubria la careta y dejaba adivinar el vestido, habríale preguntado si era ella la morena que tenía el mal gusto de amarle en secreto, ensartando de paso dos ó tres frases del repertorio conocido, hechas de encargo para situaciones semejantes... Pero no dijo nada, porque la comezón de los celos, al contemplar lo que tenía delante, no

le daba sosiego. La otra echóse á reir al escuchar su negativa. ¡Bah! ¿á qué ocultarlo, si todos conocían su pasion por aquel elegante dominó á fajas azules y amarillas, que no era otra que la señorita Lucía Guerra? No, no era cierto; él, que no creia en la felicidad, no podia creer tampoco en el amor, y por lo tanto tenía que huir del matrimonio, que es grillete de forzado y no cadena de flores. Dijo algunas otras tonterías sobre el matrimonio, poniendo en la picota del ridículo á novios y maridos; luego habló de la mujer. Tenía él sus ideas propias al respecto, algo raras, que harian quizá irrealizables sus aspiraciones; su axioma era éste: á la mujer la aguja, y desarrollaba el tema con altura, sosteniendo que la mujer debe ser para su marido y sus hijos, maestra en los quehaceres de la casa, con su poquito de lectura y su otro poquito de música, no precioso ejemplar de bisutería, como muchas que se vén en teatros y salones, ataviadas y enharinadas como bollos de Navidad en un muestrario, para pasto de moscas y lazo de golosos. Miraba al decir

esto á Lucía, que le daba la espalda, y el despecho ponía un grano de amargura en sus palabras.

La gitana movía la cabeza. ¿Creía tan poco en el secreto de su arte, que pretendía engañarla? Sus declamaciones contra el matrimonio eran falsas y falsa su apología de la mujer casera. ¡Vamos; la señorita de Guerra...! Pero, puesto que aquello no era cierto, si él jamás! ¿cómo la convencería de que no había tal cosa?... Ella le dijo al oído dos palabras... se daba por seguro! La señora decía que sí; el padre no decía que no, y la niña dejaba hacer. En el salón corría la noticia, y ahí estaban los dos en misterioso coloquio, para desengañar á los que no le dieran crédito. Leon observó de nuevo á la pareja. Ella, recostada en el sillón, la cabeza ligeramente inclinada del lado de Cantillac, le escuchaba con atención, mientras él, sentado en el borde de una silla, declamaba su discurso, haciéndose aire con el *claque*; el sudor brotaba de su frente calva y corría por sus mejillas recién afeitadas... Las puntas enceradas

de su bigote se erguian amenazadoras.

—Y bien, dijo Leon; si es cierto, ¿qué puede importarme?

Sentia una angustia, sin embargo... No veia de Lucía sino el dorso; hubiera deseado tenerla de frente para fulminarla con su mirada acusadora. Y pensaba que si aquello era cierto, como parecia, era inútil volver á hablarla ¿á qué exponer su amor propio á un nuevo revés?

Amalia Ramirez, que por allí correteaba, habíase acercado por dos veces á su amiga y cuchicheado algo con ella, y las dos se habían vuelto del lado de Leon y reido, sí, reido, como si de él se burláran. No lo vió entónces el jóven, pero ahora, que observaba á sus vecinos, notó que Lucía hablaba con Amalia, y las dos se reian ¿de él? ¡Imposible! Pero, sí, de él, porque le miraban... Hasta el baron, retorciendo su bigote, sonreia con ese aire de quien celebra un chiste que no ha oido y hace reir á los demás.

Sintió Leon inflamársele y helársele la sangre á la vez. No vió ni supo lo que hizo.

Se levantó, y con él la gitana, y se dirigieron al salon. Tocaban un wals. Pero á él parecióle que no bailaban solo las parejas, sino tambien los muebles, las cortinas, las ventanas y las luces, y hasta él se creyó arrastrado por el torbellino, tambien bailando, no á los acordes de la música, sino al son de las carcajadas de Lucía.

Se rehizo, sin embargo, y hasta llegó á cambiar bromas con su compañera. Decia ésta si era huyendo del peligro por lo que habia abandonado la sala de retratos, con una prisa que le denunciaba. Y él le contestaba que sí, aunque habia escapado de uno para caer en otro, pues ella era la gitana más salada, y á fin de que su profecía se cumpliese, abriria bien los ojos para dar con la casa de la felicidad. Miraba á todos lados buscando un amigo complaciente á quien entregar en depósito aquel fardo, que ya le cargaba. Y halló uno, al fin, que se incautó de él. Libre, salió al pasillo y se sentó en un sofá. Se ahogaba. Nunca habia sentido nada parecido. Era una angustia, una opresion... Le parecía

que la mano de la fatalidad había puesto un punto final en la rosada página del libro de su juventud. ¡No más amores, no más ilusiones, no más esperanzas! ¡Lucía no le quería! ¿Y qué era la vida para él sin el cariño de Lucía?

Había dado una caída tremenda. De lo alto de sus sueños rodaba al abismo del desengaño. Y con su pasión desdeñada luchaba su amor propio herido. Llevóse con rábía la mano á los ojos, porque los sintió húmedos. ¡Llorar él, y por una mujer; él, el filósofo, el descreído!!! Seguían tocando el wals, un wals de Waldteufel. Y la dulce armonía de sus compases le recordó la noche aquella del baile del senador, y vió á Lucía con su sonrisa de sirena y las tres mariposas verde-esmeralda en el borde de su escote...

¿Cómo se encontraba en aquella situación? Debió haberlo previsto. La acogida de Lucía la noche anterior, y los rumores corrientes á su respecto, eran datos mortales. Suponíase al baron muy rico; la señora de Guerra era ambiciosa; la jóven dócil

instrumento de la madre... Y se dijo que su derrota era lógica, porque, si bien rico, su fortuna no le pertenecía por completo, y en una época en que hay padres que venden á sus hijas, sin notar que no llevan más dote que su decoro personal, y en que el matrimonio es un simple contrato de compra-venta, era aquello mal síntoma para un pretendiente. Entre pagar á largo plazo y recibir al contado, la eleccion no es dudosa. Y si al lado del baron era él pobre, ¿cómo no habia de reirse Lucía de sus pretensiones? En esta subasta de bellas, el lote cae al mejor postor. ¡Oh, la súcia cuestion de intereses mezclada en los asuntos del corazon!

El golpe era más rudo, cuanto ménos esperado. Llegó al baile ansioso, llevado del deseo de aclararlo todo, de inquirir, de acusar si era preciso. No halló ocasion. Y una carcajada habia bastado para revelarle la verdad. ¡Se habia reido, reido de él!

Ambas manos en la frente, los codos en las rodillas, los ojos en la alfombra, barajaba esta idea en su imaginacion, porque la

herida abierta en su amor propio le escocía ahora más que el desengaño de su pasión.

En el salón no se bailaba ya. El intervalo daba descanso á las piernas y ocasion al estómago de reconfortarse un tanto; la escalera del *buffet* era asaltada. Había que apresurarse, porque se corría el albur de quedarse á pié y en seco. El escuadrón de las mamás se había lanzado el primero á la toma de la fortaleza, y dueña de ella, se resarcía ámpliamente del planton del baile, de aquellas horas eternas que se pasan en los rincones descabezando el sueño; luego venían los jóvenes guerreros, salidos contusos de la refriega ó mortalmente heridos, á curar sus llagas con bálsamo de Jerez ó Champagne y vendas de succulento jamon; los verdes *cotorrones*, á quienes la noche en vela pone lánguidos, y las niñas románticas, que solo quieren mojar los labios en un dedalito de té. Todos los asientos estaban ocupados, las mesas cercadas, los mozos aturcidos; cada cual echaba mano de lo que podía, y lo despachaba al modo de las grullas, como viajero que espera la salida del

tren. Y como el código de la galantería manda que en tales ocasiones sea el hombre criado de su compañera, habia caballeros que parecian mozos y mozos que parecian caballeros. El calor habia echado abajo las caretas; allí estaba la mujer de don Ambrosio á dentelladas con un muslo de gallina, porque ella sostenia, y ofrezco á la consideracion de los gastrónomos este profundo pensamiento, que las cosas comestibles saben más comidas á dedo, lo que no echó de ver el mismo Brillat-Savarín, pues se olvidó decirlo; allí Venturita, con su aire marcial (D. Javier se habia acostado á las nueve, delegando el mando, como siempre, en su consorte); allí Teresita y Amalia Ramirez, en defensiva siempre de las acometidas de Pepe Gomez, que la tenía empalagada con el almíbar de sus declaraciones; allí Lucía y su francés inseparable.

Muy pocos dejaban de tomar parte en el general coro de mandíbulas. Leon, que huyó del pasillo porque las idas y venidas de Manolo Guerra le importunaban, se habia refugiado en el *buffet*, y de pié, solo,

apoyado en el marco de una puerta, miraba á Lucía. Comprendia bien lo ridículo de su actitud, pero no podia sustraerse á la atraccion de aquella mujer. Allí fué Pepe Gomez á buscarle, mordiendo un sandwich, una copa de Jerez en la mano. Y echándole á la cara los salivazos que sus dientes destruidos por la cárie dejaban escapar, le contó mil historias que sabía por Amalia Ramirez y por el mismo Manolo. La cosa estaba hecha; no habia ya remedio. Se casarian en Junio; un enlace al vapor, como que en quince dias se habia arreglado el negocio, es decir, hacia dos meses que la *festejaba*, pero de léjos: en casa de Ramirez se hablaron por primera vez, luego en las regatas del Tigre; el domingo habia comido en la quinta el baron.—Hé aquí la causa de su ausencia, pensó el jóven; tambien sabe mentir!—Un gran casamiento, seguia diciendo con la boca llena Pepe Gomez, porque él es un tipo *charmant*; seguro que esa noche tendremos *sauterie* en lo de Guerra. Se acercó á una mesa á proveerse de otro sandwich y volvió á la car-

ga.—¿Pero V. no toma nada? si espera que le sirvan... Comia y hablaba á la vez. Notó que no se le escuchaba y se lanzó en busca de otra víctima. Al volverse, tropezó con Manolo que, cansado de *mosquetear* en el pasillo, habia subido á tomar algo, pues su intencion de no dejarse ver en el lamentable estado en que se hallaba, no era tan firme como para resistir á la voz de su estómago. Manolo llevaba en un plato un buen trozo de *galantine*, para regalarse á su gusto cuando el campo estuviera despejado.—Vé si *caloteas* unas botellas de champagne y otro pedazo como este, dijo á su compañero, que luego cenaremos nosotros. Avisa á los muchachos.

Era tal el ruido de vasos, platos, gritos y carcajadas, que el *buffet* era una babel. Y prestaban más animacion al cuadro los pintorescos trajes de las máscaras, los capuchones de raso, las faldas de vivos colores, los tocados caprichosos. Poco á poco el bullicio fué decayendo, porque la orquesta preludiaba abajo, y el desbando de los que habian cumplido con el santo precepto de dar

de comer al estómago comenzó. El baron de Cantillac y Lucía fueron los primeros que salieron, no porque el wals les llamára, sino porque Venturita habia dado la órden de retirada. Y ocurrió que la puerta por donde salieron, era precisamente aquella en cuyo marco estaba Leon apoyado: la seño-rita de Guerra venia sin careta. Al pasar ambos, vió el baron á Saldívar y se detuvo á estrecharle la mano, y los dos hombres cambiaron sus frases de cortesía, sin que Leon diera á entender que conocia á Lucía ni la obsequiára con una mirada siquiera. Esta, inmóvil, sufría el ultraje sin pesta- ñear, pero se puso tan pálida, que su com- pañero lo advirtió.—Vamos, dijo ella débil- mente, el calor me hace mal. Bajó la esca- lera apoyada en el pasamano, en obstinado silencio.

Fué tan rápida la escena, que Leon no se dió cuenta de lo que habia hecho. Segura- mente, su intencion no fué cometer tal des- aire, pero... hecho estaba. ¿Y qué? Habia pagado en la misma moneda. Sintió, sin embargo, algo así como el picor del remor-

dimiento y la opresion aquella que no le dejaba respirar, al pensar que desde aquel momento toda relacion quedaba cortada; que se cruzarian en la calle sin mirarse, como enemigos irreconciliables; que ya no tendria el derecho de hablarla, porque no se conocian...

Seguia con los ojos fijos en la escalera, que resonaba bajo los pasos de Lucía, que bajaba. Le vino la idea de correr á detenerla y pedirle disculpa de su falta... Recordó la escena de la sala de retratos, y una llamarada de indignacion coloreó su rostro.

Alguien le tocó el brazo y se volvió. Era la gitana, que conservaba el antifaz. Apoyando ligeramente su mano en el hombro del jóven:

—Traigo para ti una noticia, dijo.

—La conozco, contestó con desabrimiento Leon; ¿no se refiere, acaso, á la persona de quien no has cesado de hablarme en toda la noche?

—Sí.

—Pues bien, excusa repetirla, porque no me interesa.

—¿De veras?

—¡De veras!

—¿Lo juras?

—¡Lo juro!

Observó la desconocida á Leon atentamente, y dando un paso atrás, tendióle su mano pequeña, desnuda, adornada de anillos de gran precio, entre los que se destacaba soberbio záfiro en círculo de brillantes.

—Tu última palabra, dijo, será el mensaje que llevaré á la que me envía. Adios.

El jóven la tomó ambas manos.

—No te irás sin que me digas quién eres, exclamó ¿por qué te entrometes así en mi vida?

—¿Quién soy? Una amiga; algun dia sabrás mi nombre...

Retiró sus manos, hizo ademán de escapar, pero se volvió, y muy bajo, muy bajo:

—El dia que abras los ojos, concluyó.

Y echó á correr por la escalera abajo, dejando á Leon mohino y preocupado.

El *buffet* estaba ya casi desierto; solo algunos retardatarios trincaban pacíficamen-

te delante de las mesas, aprovechando los relieves que se veían en las fuentes que ménos expuestas al pillaje habían estado, antes que los solícitos mozos dieran buena cuenta de ello. Uno del oficio, llevando á cuestas el frac más inverosímil que imaginarse pueda, porque aquella prenda tenía algo de casulla por detrás, y de chaquetilla de torero por delante, apagaba las luces, señal de que la fiesta había terminado, mientras los demás retiraban platos y botellas, apurando de paso el fondo de los vasos. Abajo tocaba la orquesta.

Como ratero nocturno, que vá rozando las paredes, Pepe Gomez se deslizaba alrededor de las mesas, alzando lo que podía. Y como salidos por escotillón, aparecieron los cinco diablos aquellos, y con singular estruendo se apoderaron de una mesa apartada, en la que Manolo y Pepe habían reunido todas sus provisiones. Los últimos invitados abandonaban el *buffet*.

Dueños del campo, diéronse prisa á despachar lo que tenían delante; comían, bebían y charlaban, todo á un tiempo. Manolo

era el que más bebía: sus ojos de ratoncillo se avivaban al calor del generoso líquido, y dueño de la botella, olvidaba escanciar á sus compañeros por llenar su copa.—¡Eh, Manolin, alcanza un poco... Que no te lo bebas todo... Te vés á poner borracho...

Así como los perros se disputan un hueso y gruñen, muerden y ladran, Manolo y sus amigos peleaban por la barriguda botella de champagne, que fuertemente asida por el cuello tenía el primero. Pepe Gomez consiguió otra, y el estallido del tapon fué el punto final de la disputa. Los mozos seguían en su faena, sin hacer caso de los alborotadores.

Muy pronto el vino hizo su efecto. El estudiante de preparatorios, en voz discreta, se puso á cantar una canción obscena, que los otros acompañaron en coro. Uno exclamó:—¿Saben ustedes qué hora es? Las cinco! Y todos callaron, para escuchar si la orquesta tocaba aún. Pero nada se oía. Seguros entónces de que el baile había terminado, siguieron la canción, alzando las voces.

Manolo se puso de pié para echar un brindis, la copa de champagne en la mano: despeinado, balbuciente, soñoliento, la camisa desabrochada, daba compasion. Dijo cuatro tonterías, sin poder disimular los traspies de su lengua, y con visible esfuerzo logró coordinar estas palabras:—¡Por la rubia Pilar y compañeras mártires! Lanzó una carcajada; la copa se le cayó de las manos y se desplomó en el asiento, colocando la frente en el borde de la mesa, donde quedó dormido... Un rayo de sol, como un hilo de oro, entraba por la rendija de la ventana; el único pico de gas que ardia, amarilleaba como la luz de un sepulcro...

Era dia claro cuando Leon salió del club. Nunca le habia acontecido retirarse tan tarde de un baile, pero las emociones sufridas aquella noche, en que el problema de su pasion quedó resuelto, le hicieron olvidar las horas... Seguramente, misia María no se habria acostado, esperándole, como de costumbre. Las manos en los bolsillos de su sobretodo, de pié en el umbral, pálido y ojeroso, como si de una orgía saliera, mi-

raba pasar las gentes afanosas, entregadas ya al trabajo diario. A pesar de la hora temprana, la gran ciudad estaba despierta, cual si se mostrara deseosa de ejercitar sus fuerzas despues de tres dias de letargo, á fin de recuperar el tiempo perdido. Leon pensó si tendria él ánimo de volver á sus libros... Era miércoles de ceniza; las banderolas y colorines del carnaval se veian aún, mojados y desteñidos por la lluvia; la campana de una iglesia sonaba, como la voz de una madre que llama á sus hijos extraviados... ¡Si él pudiera ir tambien á poner la cruz sobre su frente! ¡Ah! la llevaba sobre sus hombros, y sabedor ya del obstáculo que obstruia su camino, se disponia á desandar lo andado, puesto que la fatalidad á ello le obligaba y su destino lo tenía así decretado.

IV.

Torciendo del puente á la derecha, no sé si léjos ó cerca de la estacion, que no me es dable poner los puntos sobre las ies por razones harto comprensibles, se hallaba en el Tigre la quinta que la familia de Guerra poseia. Era antiquísima, como de las primeras allí construidas, baja, cuadrada, con ventanas de fuertes barrotes, el techo de teja, rodeada de espaciosos corredores con espesa cortina de enredaderas: allí la alegre *santa-rita* prendia sus flores rosadas, sus perfumados racimos color de lila la glicina y la melancólica *flor de la pasion* sus morados capullos; hasta la familiar *campanilla* colgaba aquí y allá con sin par desver-

güenza sus flores vistosas. El jardín, sin cultivo aparente, obedeciendo al trazado antiguo, con simétricos cuadros y triángulos y círculos y hasta corazones hechos de alto y tupido boj; una glorieta en forma de campana, con bancos rústicos y la mesa del centro reposando sobre viejo tronco y adornada de variados dibujos de semillas; las estatuas en yeso ó barro de las cuatro estaciones, feas, sucias y mutiladas: el *otoño* sin cabeza, la *primavera* sin nariz y el *invierno* cojo y manco; en la corona con que el desconocido artista había ceñido la frente del *verano* anidaban las avispas. Luégo, un aire de abandono en todo: los árboles desgajados, las plantas faltas de riego, mal cuidados los caminos; un camaranchon hacía las veces de cochera, y junto al pesebre de los caballos, á espaldas de la casa, frente á la ahumada y estrecha cocina, dos cuartujos para el jardinero y su familia y tres más para los criados. Allí, la mujer del jardinero, una italiana coloradota y rolliza, mondaba las patatas de su comida, sentada en el umbral de su puerta, rodeada de sus

seis chiquillos, desarrapados, mocosos y llorones, y á la noche, cuando el servicio habia terminado, las chinas y mulatas de Venturita se ponian á contar cuentos; ña Pancha, la negra cocinera, con su cara de viejo orangután, ensartaba sus historias de D. Juan Manuel, con tanta cabeza cortada y tanta sangre vertida, que hacía castañear los dientes á su auditorio... La italiana, que no gustaba de oír cosas tristes y ménos de noche, porque hacen soñar con fantasmas, se acercaba cuanto podia á su marido, que, con la pipa en los labios, tarareaba la cancion de *Marianina*, y si, por acaso, el perrazo lanudo se acercaba á acariciarla por detrás, daba un grito, que hacía callar á la negra y temblar á todos, porque estaban seguros de oír la terrible voz de la señora preguntar desde la ventana del comedor, que daba al patio:—¿Qué es eso? Y más de una noche, la china Dolores y el mulato Juan se habian acostado con la cabeza hecha una pajarera, porque los *coscorrones* de Venturita eran de los que levantan dedo y medio...

Por dentro, el aspecto de antigualla de la casa se acentuaba: las habitaciones, en cuadro cerrado y en línea, estaban blanqueadas, con la indispensable orla de color, y el comedor ostentaba los nunca bien admirados cuadros de frutas y aves, pintarrajeados en la pared, entre una faja de rosas y hojas. Los muebles eran de caoba enchapada, lustrados por el uso: el ancho sofá de esterilla, que servía de cama cuando los amigos de Manolo venían á la quinta, en víspera de regatas; la mesa del comedor, tan alta que, sentado, casi llegaba á la barba; una cómoda monumental y escritorio á un tiempo, con incrustaciones de cobre, era lo más notable que en punto á ebanistería allí se veía. En la sala, en consolas arrimadas á los rincones, jarrones de porcelana con aldeanos pintados con mucho colorín y mucho dorado y ramos de flores de pluma y de conchitas y escamas; en las paredes, las cabezas de estudio dibujadas por la niña de la casa y dos paisajes, la salida y la puesta del sol, del mismo autor, y una cabecita de ángel en medio de una

nube, al ménos así lo parecia; olvidaba los cuadros caligráficos de Manolo *A mon cher papá, A ma chère maman*, cuando el néne garabateaba sus primeros palotes en la escuela, y los retratos de familia: los hombres en postura académica, el brazo apoyado sobre una columna y la mano abierta, colgando, y el otro pegado á la pierna, tiesos y graves, y las damas, de miriñaque y peinetón algunas, otras escotadas y peinadas de *banana* y *castaña*, todas con la mano en el estómago bien abierta, y caído el brazo izquierdo, teniendo el abanico ó el pañuelo.

En esta casa pasaba la familia de Guerra los meses de Diciembre á Marzo de cada año, adelantando á veces la venida en Noviembre y retardando la vuelta á la ciudad hasta Abril, que todo dependia, no del humor del tiempo, sino de los nervios de Venturita. Para Lucía, esta salida al campo no significaba ni poco ni mucho, era la moda y basta; no así para Manolo, que era arrancarle del conocido campo de sus operaciones, dificultad que él resolvia no yendo á la quinta sino los sábados por la tarde, acom-

pañado casi siempre de sus amigos, y regresando á la ciudad el lunes por el primer tren, cuando no lo hacía el domingo, que era siempre que llegaba solo, como hombre que debe atender sus negocios. D. Javier pasaba los seis meses en idas y venidas de la quinta á la estancia, porque hecho al campo y de gustos esencialmente criollos, no vivia en la ciudad sino cuando los frios le obligaban; Venturita soñaba con el verano en la quinta, pues su carácter no se avenia con la tiránica imposicion de las conveniencias sociales, y en la quinta podia *estar á su gusto*, sin corsé, en bata, con el pelo enredado ó suelto, chanclos y media blanca. Rara vez se levantaba tarde, y á la hora en que el alba no ha aún abierto sus soñolientos ojos, ya estaba en pié, *arreando* á las perezosas chinas y mulatas de su servidumbre; se desayunaba con mate y pan con grasa, y en el avío en que pintada queda, salia al *porton* á esperar algun *mercachifle*. Bajo el alero del corredor, sentada en ancho sillón de mimbre, examinaba las cintas, las puntillas,

los botones y demás zarandajas que el buen hombre le ofrecía con exagerado encómio de su bondad y baratura; sin dar paz á la bombilla, movía la cabeza, exclamando:—¡Jesús, qué barbaridad! ¡Si no vale un centavo! ¡Esto se llama robar! Todo lo revolvía; ponía patas arriba el muestrario; agotaba la paciencia del italiano, y por último le despedía sin comprarle nada. En estas conferencias con los vendedores ambulantes se pasaba las horas muertas; á veces disputaba con ellos y les decía impropios, pero esto era cuando estaba de mal humor, un día sí y otro también, que gustaba, y no poco, de platicar mientras examinaba los géneros y regateaba su precio. Interrumpía su operación para regañar á la china cebadora del mate, pues estas malditas unas veces lo hacen abrasando y otras helado, con la yerba quemada ó sin azúcar, ó con rueditas de corteza de naranja, que es lo mismo que echar cognac al té, le quita su verdadero sabor; pero nunca aprenden á hacer las cosas como Dios manda, y es inútil enseñarlas, que por

un oído les entra y por el otro les sale. Cuando soltaba el trapo á regañar, ya habia para rato; el humilde silencio del criado la enardecía, como una mala respuesta la volvía furiosa, porque, eso sí, ella no sufría insolencias de nadie. De la sala á la cocina paseaba como soldado que monta la guardia, y estaba en todo, en que Dolores no dejara un átomo de polvo en los muebles y fuera Juan á recoger el huevo que la *cochinchina* acababa de poner. Con Lucía pasaba las de Caín, porque la niña era perezosa, y estaba todo el día echada en su silla de hamaca leyendo novelones con láminas; no cosía, ni bordaba, ni pintaba, ni hacía música, y para eso se le habian tomado maestros *recien llegados*, y gastado tanto y cuanto! En la mesa era cuando descargaba el granizo de su mal humor, y la víctima era siempre Lucía, porque D. Javier casi nunca comía en casa con motivo de sus idas á la estancia, y Manolito estaba de café de París todas las tardes. Pero Lucía no decia nada, porque bastante preocupada andaba ella á causa de

sus asuntos con madame Félix. Cuando era preciso ir á esperar á papá á la estacion, Venturita y Lucía salian á pié, se juntaban en el camino con la señora de Ramirez y Amalia, que vivian casi pared por medio, en un precioso chalet moderno, y se iban paso tras paso por la orilla del rio. Este paseito á la estacion era la única salida de Venturita, el que no era muy de su agrado, sin embargo, porque habia que vestirse y encorsetarse.

El chalet aquel de los Ramirez le quitaba á ella el sueño; como presumia de buen gusto, la menor de sus pretensiones, habia insinuado más de una vez á D. Javier la necesaria reconstruccion del viejo edificio, el trazado moderno del jardin y el nuevo decorado de las habitaciones, pues todo aquello corria parejas con la clásica carreta de bueyes en que antaño se hacia el viaje de la ciudad al Tigre; pero el excelente señor, conservador endurecido, resistia á tan revolucionarias ideas, siendo en esto y en lo del consabido viaje á Europa en lo único que se atrevia á contradecir á su mujer. El

chalet de los Ramirez era una tacita de plata, con su parque inglés deliciosamente sombreado, tapices y muebles *traidos* y todas las mil monerías del arte moderno; habia en él un detalle, inapreciable por la comodidad, que daba dolor de cabeza á Venturita: tenía la cocina abajo y los cuartos de los criados y hasta un lavadero, ¿puede encontrarse nada más cómodo? Así no se tiene á *esa chusma* encima todo el santo dia, y se vé libre *una* de chismes y curioseos. Pero D. Javier en esto estaba erre que erre; tenía la manía de conservar intacta la morada de su padre, y no queria ni oír hablar de innovaciones.

Esta familia de Guerra no habia sido ántes lo que ahora parecia. Segun díceres corrientes, el abuelo de D. Javier fué un gaucho de pata en el suelo, sin más fortuna que su caballo y su lazo, de esos que se ajustan á jornal en tiempo de hierra ó de esquila. De este judío errante salió un hombre dotado de génio emprendedor, que empezó por ser mayordomo de la estancia en que trabajaba y concluyó, con el andar del

tiempo, por hacerse dueño de ella. Y como una cosa trae otra, y cuando buenos vientos soplan hay que largar velas, el padre de D. Javier se vió bien pronto en el puerto de la fortuna, teniendo á la vez la de poseer un hijo que era su *alter ego* corregido y aumentado. D. Javier recibió, pues, una bonita herencia que supo redondear y conservar, lo que no saben hacer todos los hijos; pero nunca pudo desmentir su origen, pues sus hábitos y lenguaje se resentian de la influencia del medio en que habia nacido y vivido. Venturita, por el contrario, era de ilustre abolengo, nieta de un conde ó algo así que vino proscrito ó prófugo de las Españas el año 8, cuando los dimes y diretes aquellos de Napoleon y los Borbones, y puso un comercio de paños en la entónces calle de las Torres. En esto de si era ó no conde habia sus dudas; pero es innegable que el hombre trajo pergaminos, á falta de otra cosa. Pero salió de un brasero para caer en otro, porque vino el año 10 y la revolucion y la larga guerra de la Independencia, y el comercio se arrui-

nó y el noble se vió envuelto en las turbulencias de la época, y falto de apoyo y de pan murió, dejando una viuda y un niño, que salió el patriota más decidido y valeroso, y figuró en primera fila en la cruzada de Lavalle. De este patriota, que murió con el grado de coronel, era hija única Venturita, y habia una cosa que ella no le perdonaba: la de no haber usado ni ocurriéndosele reivindicar el título de conde que á la familia correspondia, y era su sola fortuna, porque no es la guerra oficio para hacer dinero. Por supuesto que en las grescas entre D. Javier y su mujer no faltaba aquello de *yo no soy de familia de gauchos ó no olvide V. que soy de familia noble*, siguiendo la manía de todos los matrimonios habidos y por haber de traer y llevar las familias, sacando á relucir las faltas de cada una, como si eso tuviera algo que ver con las tómporas. Del modo y forma cómo el nieto del gaucha vino á caer en las garras de la nieta del noble, no dice palabra la historia, aunque he oido referir que se conocieron una noche de fuegos en la plaza

Victoria, en las fiestas patrias, siendo entónces Venturita una niña delgaducha, sin más gracia que la que tienen todas las de quince años, y D. Javier un gallardo mozo, porque D. Javier lo habia sido, por más que se le viera ahora hecho una antigualla, con la barba de siete mil colores, gracias al tinte que con torpe mano se daba, luciendo al sol como un arco-iris. Cuentan, pues, que D. Javier flechó á Venturita y Venturita se dejó flechar de D. Javier, y una vieja tia que la acompañaba los dejó que se despacháran á su gusto. La historia no dice más; pero hay un dato conservado cuidadosamente, y es que el regalo de boda de D. Javier á su futura fué una pieza de terciopelo, pura seda, porque entónces no se hacian los regalos de hoy dia, en que un novio, llegado á menos, podria abrir joyería si quisiera. Y tan cierto es este dato que apunto, que Venturita conservaba todavía el traje hecho con aquella tela, que sufrió, naturalmente, todas las trasformaciones que en tan largo espacio impuso la moda, pues hasta mangas á la judía habia

tenido. ¡Cómo cambian los tiempos! La noche que se casaron hubo chocolate y bizcochuelo, servido en pocillos dorados, y un negro trompudo tocó en el piano todas las mazurkas y habaneras de su repertorio; Venturita llevaba corona de azahares puesta al modo de las imágenes, y D. Javier frac con botones dorados, color pasa. Y yo recuerdo, y no puede hacer de esto mucho tiempo, apenas veinte años, haber visto á Venturita con un vestido muy hueco á ramos verdes, las mangas abuchadas y un *sígueme-pollo* punzó del mejor efecto.

La vida que en la quinta hacia la familia de Guerra, de Noviembre á Marzo, no podía ser más patriarcal, porque fuera de los paseitos á la estacion, no se salia; á veces la madre y la hija iban á alguna tertulia de la vecindad, con frecuencia á la de un señor Mesnil, pariente de Venturita, y sobre todo á casa de Ramirez, que daba reuniones muy animadas, donde se hacia música y se bailaba. Estas tertulias tenian más brillo los sábados y domingos, porque en tales dias el elemento masculino estaba en

mayoría, y habia más distraccion para las niñas, que no es poca para una bella andar de *festejo* con este y aquel, y engañar á los dos. Venturita estaba entónces á sus anchas, porque *tijereteaba* á diestro y siniestro, placer que resarcia la fatiga que le causaba el corsé; no así Lucía, que no padeciendo penas ni alegrías, se aburría en todas partes. Era para ella, sin embargo, dia de fiesta aquel en que Manolo enganchara los dos alazanes al break, y se iban á San Fernando; á veces ella tomaba las riendas, y tiron aquí, latigazo allá, guiaba de tan mala manera, que una vez dió con el coche en una zanja y perniquebró un caballo, saliendo los dos ilesos por milagro. Venturita esperaba la vuelta de la excursion en el corredor, llena de sobresalto, porque ella no tenía confianza en ninguno de los dos por ser un par de locos, y cuando llegaban cubiertos de polvo, no era poca la rociada que les caía. El dia aquél del percance, que llegaron de noche y lloviendo, montados sobre el caballo sano, que era felizmente una oveja, fué tan grande la zara-

gata que se armó, que en la quinta vecina gritaron ¡ladrones! y en otra ¡fuego! Y el pavo de la boda fué el mulatillo Juan, por no haber avisado á la señora la salida de los niños, y ayudado á Manolito á enganchar.

Otro de los placeres de Lucía era pescar *bagres* y *mojarras*; la quinta tenía una salida al rio por la empalizada del fondo y una casilla para baño con su escalera y el bote nuevecito amarrado á ella. Este bote era una de las preocupaciones de Venturita, porque cualquiera impedia que los niños salieran á remar *al rayo del sol*, y volvieran á las tantas con una fiebre de todos los diablos; cuando venian los amigos de Manolo y tomaban el bote por su cuenta y se iban á comer duraznos á la isla Ventura, la señora se quedaba con el Jesús en la boca, porque estaba segura de verles entrar aporreados ó con una indigestion.

Una distracción mas traían los domingos, y era la misa de nueve; en la modesta nave de la iglesia se reunian las mamás y las niñas, con sus alegres trajes de mañana y

el sombrerito de paja sin pretensiones; detrás, ó en grupos en el átrio, como votantes en día de elecciones, los caballeros esperando la salida. El grueso libro de tapas negras en la mano, con cada letra del tamaño de un garbanzo, ellas siguen el oficio divino, saltando páginas, leyendo sin comprender, mascullando oraciones, el pensamiento puesto en el que está apoyado cerca del confesonario ó esperando fuerá; las señoras, entre un *ave* ó un *credo*, echando una ojeada á su vecina, para ver si el vestido que trae es el mismo del último domingo, ó pensando si la *mucama* habrá hecho esto y los chicos aquello. Concluye la misa, con no poco gusto de todas, y el desfile empieza, los saludos y las miradas se cruzan y se entablan animados diálogos en la puerta. Luégo, cada cual se aleja haciendo comentarios sobre lo que se ha visto ú oído, muy satisfecho de haber cumplido con el cristiano precepto de oír misa entre todos los domingos y fiestas de guardar. Venturita lo cumplía, como buena católica, pero no conseguía hacer ir á Manolo,

que se entretenía en el átrio con los demás para echar chicoleos á las muchachas.

Conocido el carácter de la señora de Guerra, no se extrañará apoyára con todas sus fuerzas la demanda del baron de Cantillac. No dejó ella de notar las miradas del noble francés, con olor de millonario, y por sí ó por no echó un sermón á su hija, porque las niñas necesitan que se les abra los ojos y nunca saben lo que les conviene; habló con D. Javier, que se encogió de hombros, y decidida á dar el asalto en regla, tendió con cuidado la red, temerosa que se la escapára aquel pez tan gordo. Fué un grave disgusto para Venturita el dia que habló por primera vez á Lucía del asunto. Esta, á quien se le paseaba el alma por el cuerpo, según la frase gráfica de su madre, no habia hecho mayor caso de ello, asi es que cuando Venturita entró en su cuarto, y como una bomba que estalla, le dió la noticia que aquella tarde venía á comer el baron, no mostró ni alegría ni sorpresa. Era domingo de carnaval, y estaba muy disgustada por aquello del capuchon;

Venturita habia tenido un síncope porque Lucía, irrespetuosamente, dijo que no iria *al pueblo* y por lo tanto, al baile. Pero esto pasó, al saber por D. Javier que el baron estaba invitado á comer. Era, pues, cierto? ¿cómo asi? En efecto, le habia encontrado en la Bolsa el dia ántes, dieron sus puntadas sobre el negocito de las minas, y luego se habló del calor, del Tigre y de la quinta, y la invitación quedó encajada y aceptada. Lucía echaba migajas á los hambrientos *chingolos*, desde la ventana de su cuarto, y entreteníase en verles picotear en las losas del corredor; no dijo una palabra al saber la estupenda nueva, por lo que la madre se enfureció.

No, aquello no podía seguir así; ó daba el sí al baron ó un nó redondo á Saldívar y con él á todos los mocosos que la corrian detrás. Saldívar, al fin de cuentas, no era más que un estudiantillo con su poco más ó menos, incluso las esperanzas, mientras el baron era un hombre sério, de peso y de pesos, y extranjero, que son los mejores maridos.

Y en apoyo de su teoría, citaba á los Mesnil, argentina ella, francés él, un matrimonio dichoso en todo sentido; él había llegado pobre de Europa, y con su inteligencia hizo una fortuna y con su corazón un hogar. Hombre honrado, dedicado por entero á su trabajo y á su familia, excelente, sin tacha. Y como Mesnil, muchos, muchos, alemanes, ingleses, italianos, españoles...

Pero, ¿á qué venía todo aquello, si ella no hacía caso de Saldívar ni de nadie, ni estaba enterada de que ese francés... Si ¡mentiritas á mí! si Saldívar la arrastraba el ala, era porque ella le daba ocasión, que el hombre vá y llega hasta donde la mujer le deja, y cuando esta dice nones, muy buenas noches! y en cuanto á no haber observado si el francés *gustaba* de ella ¡vamos! si eso lo adivina cualquier tonta. Era preciso que reflexionára sobre cosas tan serias, y sobre todo que hiciera caso de lo que su madre decia, pues era para su bien. Lucía seguía desmenuzando migajas. Del enfadoso sermón sólo esto habia sacado en limpio:

que habiendo invitados aquella tarde, no podia ir al curso de San Fernando con Amalia Ramirez. ¡Qué rábia! y ella que habia pensado llevar su vestido con flores pompadour! tendria que estar presa toda la tarde y toda la noche... Débilmente, insinuó:—Y no podria ir á San Fernando y volver á la hora del café? tú sabes, mamá, que estoy comprometida con Amalia... Venturita puso el grito en el cielo. Naturalmente, si no se puede hacer patria con estas señoritas, que no piensan lo que hacen y creen que la vida se puede pasar así, echando migajas á chingolos y esperando el mañana con la boca abierta. Se habia empeñado, pues, en sacarla canas y mandarla á la Recoleta? santo y bueno, pero que tuviera entendido que en la casa era ella el ama y no se hacía sino lo que ordenaba ¡y cuidado con la cara que ponía al baron! Salió dando un portazo, y fué á la cocina á ver cómo andaba la comida; allí se trenzó con ña Pancha, porque habia echado pimienta á la carbonada, cosa que ella aborrecia, y mucha canela al arroz con

leche ¡si nunca hacen bien las cosas! El mulatillo Juan habia roto un par de copas, de las finas, por lo que se llevó una de coscorrones, que se oyeron sus gritos en la estacion. Claro está! se les enseña, pasando la pena negra, y jamás aprenden. Cuando habia invitados, siempre sucedia lo mismo; tenía que andar de aqui allá ó metida en la cocina, reprendiendo á los criados y haciéndolo todo, porque si nó, aquello se lo llevaba el diablo. No era de extrañar, pues, que se sentára á la mesa oliendo á cebolla ó parrilla, que es lo que más se *pega*, á pesar del agua florida que derramaba en su pañuelo.

Llegó la hora de la comida, y pasó ésta no sin accidentes. El baron se presentó de frac, cosa que agradó sobremanera á Venturita, quien, para hacer todo en regla, habia puesto uno viejo de Manolo al mulatillo, que le venia tan estrecho que no le dejaba mover los brazos, y unos guantes blancos de D. Javier, tan grandes, que se le perdian las manos en ellos. Por supuesto, el pobre chico andaba atolondrado: una

vez sirvió el excelente *carbon* en el plato y echó la salsa en un vaso, rompió tres tazas y dejó caer una cucharada de sopa en la falda de Venturita. Y en vez de disimular, como decia D. Javier, la señora, conteniendo á duras penas la cólera, decia al baron:—Estos chicos son fatales, ¿qué quiere V.? Y volviéndose al turbado mulatillo: —¡Ya te arreglaré las cuentas cuando la gente se vaya, pícaro torpe! Hubiera seguido, si D. Javier no le pisa el pié, por debajo de la mesa. Felizmente, Cantillac no comprendia gran cosa, y estaba además ocupado de Lucía, que le ponía muy buena cara, temerosa de las iras de su madre.

Despues de comer, salieron al corredor á tomar el café y el fresco, y más tarde á dar una vueltecita por el jardin. Cantillac daba el brazo á Lucía, y Venturita, deseosa de que se explicáran, les dejaba alejarse, deteniéndose á cada paso é inventando pretextos para que D. Javier, que los acompañaba, hiciera lo mismo. Deliciosa estaba la tarde; el sol se habia ya puesto, y el sombrío jardin ofrecia no sé qué aspecto

salvaje en medio del religioso silencio que reinaba. Fué en la glorieta donde el baron se aventuró á declararse á Lucía. Durante el paseo, mientras la jóven le mostraba las plantas indígenas y decia sus nombres, á falta de mejor tema de conversacion, el francés, por medio de ingeniosos manejos, procedia al cerco de la fortaleza. Lucía le dejaba hacer, contestando con sus acostumbradas carcajadas, sus exclamaciones inoportunas ó con aquella frase favorita suya, con la que condimentaba todos sus diálogos:—¡Qué esperanzas! A decir verdad, el caballero aquel no la desagradaba; más de una vez habia contestado en el teatro á sus expresivas miradas, y la noche de la presentacion en la tertulia de Ramirez, estuvo hasta coqueta con él. Pero le colocó en el número de sus adoradores, sin darle la preferencia, porque su corazoncito de avellana se estaba tan callado á este respecto como un muerto. Ahora que su madre la habia hablado del asunto, encontraba mejor al baron que en un principio: era todavía jóven, elegante, distinguido y tenía... aque-

llo. Cuando el francés se fué de bruces, ella no dijo ni sí ni no, pero sonrió, abriendo y cerrando el abanico, envolviéndole en una mirada llena de promesas.

A eso de las diez vino Amalia; el baron se habia ya marchado, y D. Javier y Venturita estaban sentados en el corredor, delante de la puerta de la sala. A oscuras, para no llamar la atencion, reclinadas en la ventana de su cuarto, Lucía y su amiga departian en voz baja. ¡Oh, la gran noticia! ¡Se habia declarado, al fin! Y ella ¿qué habia dicho? ¡Nada! ¿Pero en qué pensaba? ¡Un candidato como aquel, rico, con un título, y que contaba con el apoyo de la madre! Vamos, si no merecia tanta felicidad. Seguramente que la llevaria á Paris. ¡Paris! que es tan lindo, segun dicen, y donde las modistas hacen prodigios, y luego á su castillo, porque siendo noble no podia dejar de tener castillo, y la presentaria á su madre, la baronesa viuda, que debia tener toca negra con borde blanco de encaje, rizos de muñeca á cada lado de la cara sonrosada y bondadosa, algo así como las pintan las no-

velas francesas. Lucía se reía. Hablando seriamente, ella quería un consejo: ¿qué haría? ¿qué le diría al baron, cuando le viera la noche siguiente, que habia prometido ir á la casa?—Pues, hija, aceptar, aceptar; darle el sí sin preámbulos. Lucía pronunció el nombre de Leon. Amalia lanzó una carcajada. ¿Quién más digno que Saldívar de un *bolsazo* de mano maestra? Era un pretencioso, que creía que todo se lo merecía, y luego con aquella cara tristonada de santón en éxtasis! Había oído decir que era muy raro; tenía ideas estrechísimas y parecía de la madera que salen los maridos sobones, celosos, de esos que no se mueven de casa y hartan de cariño pegajoso y hasta se meten si *una* se pone este vestido ó este sombrero. Además, era hijo de una vieja ridícula, antigua, muy dada á cosas de iglesia, que, sin duda, pondría verde á la nuera que le tocára en suerte. Y esto de casarse para vivir encerrada, no ir sino á misa con la suegra, sin bailes, sin teatro y sin paseo, no es muy divertido. ¡Cuán diferente era el porvenir que prometía el baron! Soñaba

ya con los trajes que traeria de Paris! —Hija, te vás á Worth, que es lo mejor, y no dejes de mandarme figurines y modelos. ¡Cuánta dicha! ¡Y qué bien suena eso de *Baronesa de Cantillac!* Aquí no usarás el título, porque se burlarán de ti, pero en Europa te van á poner de *madame la baronne...* Lucía se reía, se reía. Oíanse las voces de D. Javier y Venturita, que disputaban en el corredor. La mirada perdida en el tenebroso jardin, Lucía escuchaba á su amiga, hablando al mismo tiempo á su corazón. Y su corazoncito de avellana callaba como un muerto.

Despues que pasaron los bulliciosos dias de carnaval, el baron volvió á la quinta, y en breve esta visita del caballero francés se hizo habitual. No habia nada decidido, sin embargo, ni tal enlace para Junio, porque las noticias dadas á Leon por Pepe Gomez eran más que exageradas, pero las cosas marchaban bien, por el carril ordinario. A pesar de la imposicion de su madre y de los consejos de su amiga, Lucía no habia empeñado su palabra todavía; dejaba

hacer, viendo venir indiferente los acontecimientos, sin precipitar su desenlace. Los domingos era seguro que el baron se quedaba á comer, y so pretexto de charlar con D. Javier sobre el negocio de las minas, que llevaba ya muy adelantado, según él aseguraba, venía algun dia en la semana; pero como el señor Guerra no estaba siempre en casa, era recibido por Venturita; y en la sala, bajo la luz de la lámpara, pasaban muy buenos ratos. Las señoras oían maravillas del castillo de la Turena, de donde era oriundo Cantillac; allí su anciana madre le esperaba, y en cada carta pedia su vuelta, pero él resistía á sus instancias, no sólo porque no habia concluido su tarea, sino porque simpatizaba sobremanera con Buenos Aires, cuyo grado de cultura admiraba. Expresábase con alguna dificultad en español, que él decia haber aprendido en sus viajes por América, pues sus aficiones vagabundas y sus intereses habíanle obligado á estar casi siempre ausente de la tierra natal.

Luégo venían detalles interesantes, deja-

dos caer así al descuido. El intendente de su casa de Paris le habia escrito sobre las reformas que pensaba hacer en el hotel, insignificantes: cambiar el decorado del salon, porque las viejas y costosas tapicerías que tenía habia resuelto colocarlas en su despacho y en el *fumoir*, y adquirir ricos gobelinos para sustituirlas; retocar el artesonado de los techos, etc. Tenía además que comprar otro carruaje, porque ya se vé ¿qué se hace uno con cuatro? en el que se vá á las carreras no se puede ir al *Bois*, y no se ha de salir en victoria en dia de lluvia; y tambien dos troncos más de caballos, pues no se puede enganchar el mismo todos los dias, y cuando el animal no está enfermo está cansado. Venturita decia que sí á todo, y lo encontraba *muy claro*. El francés declamaba el capítulo de sus grandezas sin afectacion, con una sencillez encantadora. De algo se tenía que hablar, al fin y al cabo. Venturita estaba colgada de sus palabras, y no hacia más que repetir:—¿Sí? ¡Naturalmente! ¡pues está claro! ¡qué barbaridad! Esto último

lo decía á cada descripción pomposa del baron, cuando hablaba del producto de sus tierras ó de sus innumerables fincas. Había ella observado que llevaba magnífico solitario, usaba cronómetro sin cadena, que ya no se estilan tales colgajos en el chaleco, traje y calzado irreprochables... luégo tenía un modo tan especial, tan suyo, de decir las cosas, tomaba la taza ó la copa con un movimiento tan *chic* de la mano, arqueando con gracia el meñique y llevándola pausadamente á la boca... ¡vamos! si bien se conocía que era un hombre educado, nacido en cuna de oro, se conocía á la legua. Y cuando el amable visitante se retiraba, poniendo el brazo en arco al dar la mano, que presentaba abierta y muy levantada, y alzando el hombro derecho á la vez que inclinaba la cabeza con un gesto de ahorcado; Venturita, que hubiera deseado corresponder á tanta etiqueta como hacen las artistas en el teatro, plegando la falda con ambas manos y ahuecándola, haciendo ademán de sentarse en el suelo al dar el paso atrás, Venturita se volvía entusiasmada há-

cia su hija y elevaba á las nubes al baron: —¡Qué educacion! ¡qué finura! ¡qué persona tan principal! ¡con qué despego habla de sus riquezas y qué bondad de sentimientos manifiesta al referirse á su anciana madre! Y Lucía bostezaba, abriendo muy grande la boca.

D. Javier, siempre que su mujer venía á la carga sobre el asunto, se incomodaba, porque él decia no ser de esos padres que casan á sus hijas contra su voluntad ó les meten por los ojos tal ó cual candidato; en asuntos de casorio él se lavaba las manos, pues no queria que mañana le echáran el muerto encima, y sólo en el caso de una mala eleccion haria valer su autoridad. Esto de hacer valer su autoridad era pura engañifa, porque bien sabía él que en su barco no pasaba de marinero, pero gustaba de levantar la voz y poner los ojos malos. Encontraba, sin embargo, muy bien al candidato de su mujer, cosa que no era de extrañar. Un dia llegó muy satisfecho, resregándose las manos, y dando palmaditas al perrazo lanudo, que era siempre el pri-

mero en salir á recibirle, dijo á Venturita con el aire de quien se ha sacado el premio mayor:

—Doscientas, doscientas acciones le he tomado en el negocio de las minas ¡creo que no he perdido el tiempo!

Y dióle detalles sobre el alcance y resultados de la operacion, haciendo sumas y restas, barajando cifras, mientras paseaba á lo largo del corredor, el chambergo puesto y el guarda-polvo abrochado.

Por la noche, en la tertulia de Ramirez, Amalia preguntó á su amiga:

—Y... ¿nada todavía?

—Nada, contestó ella lacónicamente.

V.

Este señor Mesnil, que Venturita presentaba á su hija como ejemplo de hombres y modelo de maridos, venía á ser pariente de la señora de Guerra por su mujer, prima hermana de aquélla por la línea materna. Tenía tambien su casa de campo en el Tigre, y en la ciudad dos, cuatro, seis, hasta diez propiedades, sin contar la magnífica casa en que vivia, y los campos que poseia y las haciendas que mantenía. Era muy rico. Tanto, que Venturita, con serlo tambien y no poco, miraba con cierta envidia á su prima. Y este hombre, que á tanta altura supo llegar, no trajo más que su honradez por capital; no le faltaba inteli-

gencia; sobrábale voluntad; era incansable, audaz, emprendedor... Llamó á esta puerta y á la de enfrente, buscó y encontró apoyo; fué dependiente de escritorio, tendero al por menor, despachante de aduana; dejó el comercio y se hizo empleado, pero esta veleidad duró muy poco, y volvió al trabajo, poniendo un tenducho en la calle de Buen-Orden. Allí pasó dos años, vendiendo puntillas y botones; el establecimiento prosperó, se engrandeció, y fué preciso cambiar de local. Y de escalon en escalon, subiendo, subiendo, con perseverancia y voluntad, dos fuerzas que, aunadas, forman la palanca del progreso, llegó á una situación desahogada que le permitió realizar los proyectos concebidos de dar impulso á su comercio. Ahora era dueño de un importante *registro*, y como cuando vendia chucherías en la calle de Buen-Orden, estaba en el escritorio consagrado á sus tareas, entrando el primero y saliendo el último. ¡Qué excelente persona era este señor Mesnil, por otra parte! Hijo de una familia modesta, complacíase en recordar

sus pasos torpes de debutante, cuando asentaba cuentas en una agencia de cambio ó salía con los recibos cada sábado; no tenía ese falso orgullo de los que no han sido nada y llegan á ser algo, y pensaba que la verdadera nobleza no es aquella que hereda un nombre, sino la que sabe conquistarlo.

Muy colorado, la barba tirando á rojo, algo descuidado en el vestir, en las horas de Bolsa se le veía corriendo de una acera á la otra en los alrededores de la casa de Mercurio, en busca de éste ó á detener á aquél, hablando de negocios, discutiendo transacciones, mientras secaba el copioso sudor de su frente con el ancho pañuelo de seda. Cuando llegaba la hora de tomar el tren, bajaba á la estación con el paso reposado de la persona que ha cumplido los deberes del día, siempre con su cestita en la mano, llevando golosinas para los niños y el abultado ramo de flores para su mujer. Este arribo del cariñoso papá todas las tardes era celebrado con gritos de alegría por los chicos, que le esperaban muy lavados y compuestos, ya en la estación, ya en la

verja de la quinta. Y despues de la comida, sentábanse todos en el corredor, el padre con dos ó tres de sus hijos á caballo sobre sus rodillas, la madre con el más pequeño dormido en su regazo. Venturita les habia sorprendido así más de una vez, y la boca se le llenaba de elogios cuando hacía en su casa el retrato de aquel incomparable padre de familia y ejemplar marido, que no vivia sino para los suyos, sin vicios, trabajador, que respetaba á su mujer y adoraba á sus hijos, que nunca salia de paseo sin ellos, y todo, cuidados, cariño y fortuna, era para ellos. Aunque nada sério tenía Venturita que reprochar á D. Javier, siempre estaba á las vueltas con el señor Mesnil y sacaba su ejemplo á relucir, hubiera ó no ocasion, porque no todos los maridos llevan flores á su mujer y golosinas para los niños, y se están quietos en casa, sin echar de menos el club y los amigos, y gustan de mostrarse á remolque con la consorte. ¡Ah, si á ella le hubiera tocado la suerte de su prima! Pero ya que esto no podia ser, por lo ménos que Lucita recogiera el fruto de

su experiencia, pues si los esposos como Mesnil no abundan mucho, no escasean tanto como para no esperar la dicha de tropezar con uno. Y este uno ¿por qué no habia de ser aquel fastuoso baron de Cantillac? Venturita observaba que tenía éste una ventaja de más, y era que su posicion estaba ya hecha y no habia llegado al país, expuesto á los vaivenes de la fortuna, que si muchos salen á la orilla, hay otros que se ván al fondo.

Llegó Marzo, entre tanto, y ya en la quinta se notaban los primeros síntomas de partida; las mañanitas eran frescas y en el corredor no se podia estar pasadas las ocho, porque el relente se hacía peligroso. A Venturita costábale arrancarse de su sitio favorito y diferia la vuelta *al pueblo* con variados pretextos, á pesar del trajin que le traia la estancia en el Tigre, porque ella, que gustaba del campo para pasarlo á sus anchas, no tenía un momento de reposo con las visitas de cada tarde y los huéspedes de casi todos los sábados. Y era su hijo, Manolito, el que más empeñado parecia en

incomodarla. La llegada de Manolo, con el guarda-polvo gris que le alcanzaba á los talones, el sombrero en la nuca, el cigarrillo en la boca, la gruesa caña con puño de níquel en la mano, seguido de su corte de mequetrefes, ponía de mal humor á la señora. Por eso detestaba las regatas y las fiestas venecianas y todo lo que llevara gente al Tigre, pues estaba segura del nublado que se le venía encima; no era poco el desavío que hacían todos en la casa: en el comedor, por ser la pieza más grande, se albergaba la mayoría, armándose camas sobre la mesa, en sillas, en catres, en el suelo y una muy cómoda, digna de un canónigo, en el monumental sofá de caoba y esterilla, que era tomado por asalto y objeto de encarnizada riña. Y no eran solo los amigos de Manolo los que invadían la quinta en tales ocasiones, sino también algunas amiguitas de Lucía, invitadas á pasar unos días de campo. La señora, sofocada, almacenaba á todos como podía, pero no perdonaba á los intrusos que así turbáran la tranquilidad de su retiro. La presencia de los huéspedes imponía

cierta reserva á sus palabras y moderacion á sus maneras, y mucho, muchísimo le costaba á ella reprimirse; su educacion, más que deficiente, y su carácter, de sobra violento, andaban siempre en lucha, y rara vez predominaba aquella, soltando su lengua en la mejor ocasion palabras que no sientan bien en labios femeninos y pertenecen al vocabulario callejero. ¿Cómo, pues, habia de gustar Venturita tener *centinelas de vista*, como ella decia?

Aquel sábado, felizmente, Manolo se presentó solo con Pepe Gomez. Cuando esto sucedia, era casi seguro que alguna *bolada* llevaban entre manos; la caza de *vasquitas* y de niñeras de todo pelaje era el género á que ambos se dedicaban, para el que se necesitan ciertas especiales aptitudes, y en el que eran muy expertos. No sé qué barruntos tenía Venturita de que Pepe Gomez *gustaba* de la china Dolores, que no era *del todo mala*, segun la autorizada opinion de Manolo, y así que vió entrar á los dos *caballeritos*, puso cara de vinagre, porque ella no podia *pasar* á los amigos de su hijo,

que eran todos mala cabeza y los culpables de que el niño hiciera tanta tontería y fuera la negra preocupacion de su padre. En la mesa, á los postres, dijo Manolo que le despertáran temprano al dia siguiente, porque pensaban ir en bote á la isla Ventura; Dolores, que ayudaba á servir al mulatillo, se ofreció, la primera, á cumplir la órden, lo que le valió una mirada de basilisco de la señora. Palmoteó Lucía, y saltando en el asiento, dijo que ella iria tambien y que aquella noche se lo diria á Amalia para ir juntas, de lo que protestó Manolo con energía, pues ellos no querian *polleras*, que sólo sirven de estorbo; consultó con los ojos á su amigo, y éste bajó la cabeza, porque el nombre que se acababa de pronunciar era mágico talisman para privarle de toda fuerza de oposicion. Venturita dejó oír entonces su voz. ¿Qué iban á hacer á la isla? *A asolearse*, nada más; á buscar enfermedades, que andan en grande: la viruela, el sarampion, la escarlatina... No, señor; queria que la dejáran tranquila, pues no estaba para sustos; ¿á que pensaban llevar la es-

copeta? ¿No? Menos mal. Se tranquilizó con esto. Manolo estaba incomodadísimo, y Pepe meditabundo ante la idea de un *tête à tête* con su bella ingrata.

Muy fresca se presentó la mañana. El bote nuevécito se balanceaba suavemente, amarrado á la escalerilla de madera; el sol no habia aún salido, y ya las niñas, de claro, sombrero de paja y gasa verde á la cara, esperaban en la empalizada del fondo; Venturita estaba preparando con sus propias manos la cesta de provisiones, y á los dos jóvenes, que eran dormilones, parecia haberseles pegado las sábanas. Se les vió al fin venir por la escueta calle de eucaliptus, presurosos, con cierto rubor porque las niñas habian sido más puntuales; delante marchaba el mulatillo, doblado de un lado, como que traia la cesta á cuestras, y detrás Venturita, de *baton* con valencianas de dudosa blancura y el mate en la mano. —¡Buenos dias! ¡buenos dias! ¡qué tarde! ¡es una vergüenza! Ellas sonreian con burla, mientras Pepe balbuceaba una excusa, mirando á Amalia; Manolo fué á ayudar al

chico á dejar la cesta en el bote, y como éste dió una zambullida al sentir el peso de ambos, Venturita, que se habia sentado en un banco de la casilla, dejó escapar un grito. ¡Ave-María Purísima! ¡si estaba de Dios que no podia vivir tranquila! Aquel malhadado paseo la iba á dar un disgusto. Con no poco sobresalto de la señora, que chillaba á cada movimiento del bote, las dos niñas se acomodaron atrás, abriendo sus elegantes sombrillas de seda punzó que prestaba á sus lindos rostros un adorable reflejo sonrosado, y apoderáronse los jóvenes de los remos, en tanto que el mulatillo, cogido de una mano de la escalera y medio cuerpo sobre el agua, soltaba la amarra. Venturita, en la puerta de la casilla, daba sus últimas recomendaciones: que no fueran á andar al *rayo del sol*, no se *atracáran* de duraznos, tomáran agua cansados ó vino encima de la sandía. ¡Cuidado con no volver tarde! Manolo y Pepe levantaron los remos, cabeceó el bote, dió una vuelta lenta y se deslizó como una pluma en el rio tranquilo.

Este paseo en el Tigre es delicioso, ya

se efectúe en las primeras horas de la mañana, ó de noche bajo la luz de la luna, en que el solemne silencio que reina y la masa oscura de follaje que se levanta como una muralla á ambas orillas, hacen pensar en misteriosa excursion á algun país desconocido ó salvaje. Los tristes sáuces mojan sus largas guedejas en el agua, y desmayados, agobiado el tronco, la copa inclinada sobre la orilla, parecen llorar la ausencia de alguién que llevó la corriente ó buscar en el fondo su ignorada tumba; el Lujan, estrecho, tortuoso, saludando al paso las pequeñas islas que rodea con amor, arrastra mansamente sus aguas, mientras el soberbio Plata espera no muy lejos el homenaje de su humilde tributario. ¡Oh! la agradable excursion á las islas, en bote, en alegre caravana de amigos y de amigas, el cielo sin nubes, la frente sin sombras, el corazón contento, el ánimo sereno y el estómago bien templado! ¡Oh dorados duraznos de sabroso y azucarado jugo!

La isla á que se dirigian los cuatro paseantes era una adquisicion de D. Javier de

hacia dos años, quien á fuer de hombre galante, le habia dado el nombre de su mujer, como á la estancia, que tambien se llamaba la Ventura. Era la isla pequeñita, y no producía más que leña y fruta; un rancho arruinado servía de guarida al italiano que la cuidaba. Ya en el camino, Lucía propuso seguir hasta Carapachay, donde encontrarían mejor alojamiento, pues la isla Ventura, que distaba escasamente unos cuarenta minutos de la quinta, no ofrecía comodidades. ¿Iban á pasar todo el dia sentados en la hierba, expuestos á los *bichos colorados*? ¿Y si llovía, como hacia presumir el aspecto del cielo? Porque pensar en que ella entrara en el súpico rancho de los italianos, oliendo á tabaco y destilando grasa, poblado de toda una colonia de sabandijas, era pensar en lo excusado.

—Pues quedar en el bote, contestó Manolo de mal humor, ó no haber venido; no tengo yo ganas de remar hasta Carapachay.

Si brusca fué la respuesta, hubiéralo sido doble, á no evitarlo la presencia de Amalia

Ramirez. Estaba furioso, y con razon. El guarda de la isla tenía una hija monísima, de unos quince años, un verdadero *coquito*, como decia Pepe Gomez, blanca, sonrosada y rubia, de quien Manolo se habia *encamotado* como un tonto. Todas sus idas á la isla eran por ella, y si no venía al Tigre en la semana, era porque el italiano trabajaba de lunes á sábado y los domingos se iba á San Fernando, donde pasaba el dia en libaciones con un viejo paisano suyo, dejando solas á su mujer y á su hija. Esta ocasion aprovechaba Manolo, y mientras él arrullaba á Rosina, que este era el nombre de la linda *gringa*, Pepe, como buen amigo, cortejaba á la madre que, á pesar de tener cuatro cerdas en el labio superior y manchada de pecas toda la cara, con sus cuarenta y todo, era apetitosa jamona. ¡La vieja leyenda de *Fausto*, siempre nueva y eternamente renovada!

Lo peor del caso es que, esta vez, no habia podido impedir la *colada* de su hermana, porque aquel imbécil de Pepe, que andaba perdido detrás de Amalia, al saber que

ella sería de la partida, dijo que sí y volvió á decir que sí, olvidando sus deberes de amigo complaciente. Verdad es que entre las cerdas de la italiana y el palmito de la de Ramirez, no era extraño que hubiera Pepe sentido flaquear su ánimo y dado al traste con su abnegacion; pero Manolo no se lo perdonaba, y mientras no concedia reposo á los brazos, los piés fuertemente apoyados en el madero transversal del bote, hamacando á compás el busto, fulminaba á su amigo con sus ojos de ratoncillo.

Lucía, mohina, volvióse á su compañera, que parecia embelesada ante el pintoresco paisaje, fingiendo no apercibirse de los ojos tristes y afligidos que Pepe le ponía. Con un movimiento de hombros dió á entender á Lucía que aquello no valia la pena, y que lo mismo daba una isla que otra, con tal que pasáran agradablemente el dia; luego, entretenidas ambas en dejar correr la mano sobre el agua, desnudo el brazo bien formado hasta el codo, reanudaron sus comentarios, en voz que no podia ser oida de los

jóvenes, sobre lo ocurrido la noche anterior.

No cabia duda que Saldívar habia ido á la tertulia solo para infligir un nuevo desaire á Lucía, mucho más grave porque esta vez era público, y además para husmear algo acerca del anunciado compromiso con Cantillac. Parecióle á Lucía, cuando le vió entrar, algo más pálido y hasta más delgado, con cierto pliegue en la frente que hacia más grave su seriedad. Ni la miró ni la saludó. Habló amablemente con las señoras, discutió con los hombres, tranquilo é indiferente. Y ella, para echar más fuego á la hoguera, retuvo á Cantillac toda la noche á su lado, se rió y mostróse alegre en extremo. Otra cosa fué cuando le vió cerca del piano hablando con Amalia; ésta, tan vivaracha y decidora siempre, parecia confusa de lo que Leon decia, y por repetidas veces movió en señal de negativa la cabeza. Despues de un rato, cuando pudo echarle mano, Lucía inquirió de su amiga lo ocurrido; fué en el saloncito rojo, echadas las dos en el sofá, que Amalia refirió la escena. ¡Era todo un caballero Saldívar, no

podía negarse! Había tocado el asunto con guante blanco, pero se traslucía á través de sus palabras que era profundo su resentimiento. La conversacion al principio rodó sobre temas indiferentes, hasta que una frase oportuna vino á traerla al terreno deseado. ¿Se casaba la señorita de Guerra? Lo había oído decir. Sí y nó, ó más bien sí, aunque no había nada definitivamente arreglado. Decía Amalia que las manos de Leon temblaban al escuchar su respuesta. Y á propósito, Lucía le había contado que en el baile del Progreso, el mártes de carnaval, la trató él de una manera inconveniente, como que le negó el saludo, cosa que no hace un caballero, ni aun teniendo razones para ello. A esta banderilla, aplicada de frente y con arte, Saldívar se irguió, tratando de justificar su proceder. Sí, era cierto que no quiso saludar á la señorita de Guerra, pero él tenía fundados motivos para no hacerlo, motivos que ella no ignoraba. ¿Qué? ¿las tonterías del último invierno, los díceres que corrieron á su respecto? Decían que andaba él enamorado de

su amiga, cosa que ella nunca habia creído. ¡Qué sofoco entónces! Saldívar habia lanzado el anatema de su indignacion, haciéndola doblar la cabeza ante la amarga expresion de su agravio. Se habian reido de él como de un polichinela, en sus barbas, trocándole en objeto de ridícula burla á los ojos del extranjero. Y no era esto lo que hacia más dolorosa la injuria, sino que ella viera de la mujer que, no tenía reparo en confesarlo, amaba hasta la ceguedad, y de quien dias antes recibiera elocuente prueba de que no le era del todo indiferente. Lucía, cabizbaja, escuchaba. La verdad es que la cosa no habia sido muy correcta; ¿pero quién tuvo la culpa? Por qué se acercó ella por tres veces á invitarla á que notára cómo tenía la corbata de través y se fijára en el aire de uncion con que hablaba á la gitana aquella? Además, si bien es cierto que fué siempre algo coqueta con Saldívar, el pecado venial de todas las mujeres, nunca le dió esperanzas como para que se creyera que todo estaba hecho. Sentia haber roto de aquella manera; pero puesto que él ha-

bia tomado tal actitud... ¡Cómo se rieron las dos en el saloncito rojo de la ocurrencia! Muy bien hecho que le hubiera dicho que sí, que se casaba ¡no faltaba más! ¡darse tales aires y hacerse el ofendido porque no le había hecho caso! Las risas se renovaron cuando vieron salir á Leon y Cantillac, brazo á brazo, precedidos del jardinero que llevaba la linterna; las dos en la ventana, los pañuelos en la boca, les vieron atravesar el jardín y salir al camino, hablando de los bueyes perdidos, sin duda.

Ahora, mientras jugueteaban con el agua, que salpicaba sus lindos rostros, hacía Amalia la pregunta que diariamente renovaba: —¿Nada? Y Lucía, aburrída, contaba las peripecias de la lucha sostenida con su madre. Era preciso confesar que no se sentía ni poco ni mucho inclinada hácia el baron, que no le quería... Luego le imponía no sé qué vago temor... La noche anterior, al acercarse á ella, le tomó cierto tufillo á vino... ¡Cómo! Si el baron bebiera, ya se sabría; se sabría por el mismo Manolo, que en todas partes estaba; aprension y nada

más. Cantillac era un perfecto caballero y un partido soberbio.

Y como viera que Lucía hacía una muequita significativa, ella exclamó:

—¿Quieres á Leon, entónces?

—No, contestó Lucía ingenuamente; nunca he pensado en eso.

Sin embargo, era necesario decidirse; de todos modos, la nueva de su compromiso andaba de boca en boca, porque es sabido que cuando álguien visita una casa, le cuelgan el noviazgo, como hecho de encargo, y ya la niña puede estar segura que en un baile, por ejemplo, huirán todos de ella como de una apestada. Y nada sería esto, sin la lucha con la madre, que no perdía ocasion de venir á la carga. ¡Y de qué manera! Había llegado á decir que se casaba con el baron ó la metía en un convento. La noche antes, con motivo de la presencia de Saldívar en la tertulia, la gresca fué séria, como que ella se acostó llorando y no pegó los ojos hasta el dia. Amalia repuso:

—Tienes que decidirte, hija mía; esta situacion no puede durar.

A lo que Lucía contestó con un suspiro, manoteando el agua con cierto aire de abandono y resignacion.

Pepe Gomez, que iba escamado con tan fastidioso cuchicheo, y rabiaba por decir algo, exclamó mirando al cielo:

—¡Vá á llover!

En efecto; el sol se habia empeñado en no salir, y despues de hacer algunos guiños á la tierra, se encapotó y no se mostró más; el viento entonaba una triste elegía entre los juncos de la orilla y se percibia ese hábito fresco de la lluvia cercana. El bote, hábilmente manejado, seguia las curvas del rio, pasando á veces bajo el soberbio palio que tendian los sauces llorones, costeando sin obstáculo las isletas del tránsito; Lucía y Amalia habian cerrado sus sombrillas, porque el nublado de la mañana se acentuaba. Al entrar en una especie de abra que formaba el rio, junto á una isla que se veia á la derecha, notaron un bote elegante, estrecho y largo como un borceguí, abandonado. Manolo exclamó:

—¡Un bote del *Rowing* en la Ventura!

Todos miraron, pero sin conseguir descubrir el misterioso paseante. Pepe opinó que sería algún inglés aficionado á los buenos duraznos. Y como ya llegaban, Lucía, que era excelente timonel, hizo virar la embarcacion, y un minuto despues saltaban á tierra todos cuatro, Pepe con la cesta y los aparejos, y Manolo despues de amarrar á un tronco el bote. Rosina y su madre, que los habian visto venir, estaban allí esperándoles con cara de páscua, y afanosas se mostraban, como los perros á la llegada de sus amos bailan, corren y se revuelcan. ¿Qué se les ofrecia? ¿Un poco de agua? ¿Hacer fuego? Precisamente acababan de llevar dos brazadas de leña al rancho; ó sino carne picada para los anzuelos ó lombrices, que es mucho mejor? Súcias las dos, el pelo en apretado rodete en la nuca, con gruesos alfileres de cabeza amarilla, la falda muy plegada, de coco, de color oscuro, con pañuelos chillones al cuello, Rosina y su madre se apoderaron de la cesta y los aparejos, y emprendieron la marcha hácia el rancho por el sendero que la maleza piso-

teada dibujaba. Lucía las detuvo. Ella no quería ir al rancho, no había necesidad; se quedaría allí pescando. Tomó su caña de manos de Rosina y se sentó en un tronco, muy seria. Manolo aprobó su decisión, y mientras miraba descaradamente á la joven italiana, dijo que era necesario disponer el asador para el cordero que traían y calentar agua y hacer muchas cosas más.

—¿Piensas almorzar ya? preguntó Lucía. ¡Si apenas son las nueve!

Manolo no contestó, porque, cerca de Rosina, se ofrecía en ese momento á ayudarla á llevar la cesta, oferta que era aceptada con gusto y con un sí sazonado de sonrisas que mucho prometían. La madre, entretanto, en jarras, en su lengua de vieja *carcamana*, decía á los *niños* quién era el dueño de aquel bote que á dos pasos se veía y que Manolo aseguraba ser del Rowing. Recostado al pié de un sauce, no muy léjos, estaba el misterioso paseante, que parecía ser un caballero muy bien; había llegado temprano y allí permanecía sin moverse. —No puede ser sino un inglés, repitió Pepe.

Y como nada les importaba la presencia del desconocido, decidieron ir al rancho á vigilar los preparativos del almuerzo. Pepe requirió con mucha instancia el concurso de Amalia para tan delicada tarea: iba en la cesta una hermosa *empanada* de ña Pancha, de picadillo, con mucha pasa, que sería lástima que dejáran quemar á manos de la italiana; despues del almuerzo pescarian hasta cansarse. Los dos, seguidos de la mujer, que miraba con malos ojos á Pepe, sus razones tendria, se alejaron de la orilla, perdiéndose á poco entre los árboles, donde Manolo y Rosina les habian ya precedido.

Lucía quedó sola. Con mucha calma desenredó el hilo que en espiral se enroscaba á lo largo de la brillante caña, preparó el anzuelo, despues de escarbar con sus uñas rosadas en el barro de la orilla buscando las azogadas lombrices, y con un movimiento circular del brazo, echó el aparejo. Sentada en el tronco, una mano en la mejilla, sosteniendo la otra con abandono la caña, seguia los giros de la diminutá boya

encarnada, esperando ansiosa la súbita zambullida que le prometia algun feísimo bagre ó una raquílica mojarra, ó cuando menos una bien barbada *vieja*. En esta postura y en tan inocente entretenimiento pasaba ella horas enteras en la casilla de la quinta, y era grande su contento cuando conseguia sacar algo digno de la sartén de ña Pancha. Ahora, la boyita encarnada se habia dejado arrastrar por la corriente y se estaba inmóvil casi, llevada de la maligna intencion de cobijarse bajo las anchas hojas de las plantas acuáticas; Lucía, impaciente, la refrenaba, arrancándola violentamente de un sitio para arrojarla en otro, pero la boyita volvía cerca de las hojas, danzando sobre el agua como un trompo. Era grande el silencio y solo las notas del viento se escuchaban; los dos botes amarados en la orilla, el uno frente al otro, cabeceaban como dos amigos que se saludan á la distancia. La boyita seguía quieta cerca á las hojas; Lucía, distraída, miraba al cielo gris, donde las nubes, como espesa columna de humo, se amontonaban, pre-

sagiando la lluvia. De pronto, un suave tirón hizo mover la caña, y la boyita, después de girar un segundo, se hundió de golpe y flotó de nuevo, volvió á hundirse y otra vez á flotar, como ahogado que lucha con la muerte; Lucía, en pié, ansiosa, conteniendo la respiracion, el brazo extendido, espiaba el momento oportuno de alzar rápidamente la caña... Pero no la alzó, sino que dejóla caer, cayendo ella á su vez sobre el tronco.

Leon estaba delante de ella. Habíase acercado con tal sigilo, que no pudo darse cuenta de su presencia, sino cuando ya no era posible evitarla. Y si en el rostro de la jóven se pintaba la sorpresa, no parecia ser menor la de Saldívar, que ponía en evidencia la casualidad de aquel encuentro.

—Pido á V. disculpa, señorita, dijo él echando mano al sombrero, si he interrumpido á V. en su agradable ocupacion.

Y sin obtener respuesta, prosiguió:

—Debo pedírsela tambien por encontrarme en su casa sin su permiso. Juꝛo á V. que no la he reconocido, sino no me hu-

biera acercado á incomodarla; iba á tomar mi bote cuando la he visto á V. de espaldas, y llevado de una curiosidad pueril...

Inclinado, sin mirarla, presentaba sus disculpas, haciendo girar el sombrero en sus manos, confuso, con cierto temblor en los labios que acusaba su emocion. Ella, rígida, no decia nada.

—Extrañará V. quizás, repuso el jóven, que despues de lo pasado me atreva á dirigirla la palabra. La casualidad nos ha puesto frente á frente, y ¿no le pareceria á V. oportuno, señorita, que aprovecháramos la ocasion, V. para darme sus explicaciones, yo para aclarar mi proceder?

Ella dijo con desdén:

—No sé qué explicaciones puede V. pretender de mí, caballero.

—Las que se deben á un hombre cuyo cariño aceptó V. un dia.

—¿Olvida V. que estoy comprometida á otro?

—Lo sé desde este momento, anoche, álguien que puede saberlo tanto como V., me ha dicho todo lo contrario.

—Parece que á V. le interesa lo que muy poco debiera importarle.

—¿Lo cree V. así?

Se miraron, como dos combatientes cansados del esfuerzo de la primera acometida, mientras toman aliento para seguir la lucha.

Leon repuso:

—Hubo un tiempo, no muy lejano por cierto, en que no me hablaba V. de este modo, señorita.

—¿Sí? No recuerdo.

—Tiene V. muy mala memoria.

—Es posible.

—Lo que prueba que tampoco tiene V. corazón, y que no es V. más que una coqueta.

—Si se ha acercado V. para esto, le ruego se retire, caballero.

Volvieron á mirarse, pálidos los dos. Estaba Lucía bellísima, sacudida por la emoción de aquella escena; Leon sintió decaer su cólera y una súbita ternura le invadió.

—¡Lucía! exclamó ¿por qué no dejamos este tono, que á nada puede conducirnos, y hablamos razonablemente? Tengo para mí

que hay un mal entendido entre los dos. Dígame V. que lo del Progreso fué pura aprension mia, que son falsos los ruidos que corren sobre su casamiento, y yo, de rodillas, pediré á V. perdon de mi descortesía ¿por qué no habremos de ser ambos felices?

Hizo la jóven la muequita desdeñosa que acostumbraba.

—Me pide V. un imposible, dijo.

—¿Por qué?

—¿No he dicho á V. que estoy comprometida? En cuanto á eso que llama V. *lo del Progreso* no sé á qué pueda referirse.

Clavaba en él los ojos, gozando con crueldad del desconcierto en que sus duras palabras le ponian. Leon se sublevó.

¡No sabía á lo que se referia! No tenía entónces conciencia de sus propios actos ni daba ninguna importancia á sus resultados. Porque ella habia aceptado sus homenajes, le habia dicho sí con los ojos, y despues de arrullarlo con sus promesas, dado el carpetazo con una carcajada. Esta era la verdad. Pero, á pesar de todo, él no

queria creerla. ¿Cómo podía creerlo tampoco? ¡Si no hacia aún un mes que escuchára de sus labios palabras alentadoras! ¿Por qué cambio tan brusco, sin motivo evidente, sin razon plausible? No, no era cierto que estaba comprometida, porque el mismo baron se lo habia dicho... en un momento de expansion. Luégo aquello lo decia por hacerle daño, quizá por infligirle el merecido castigo de su falta.

La muequita desdeñosa se acentuaba sobre el lábio de Lucía.

Sin duda habia un mal entendido, porque ella no recordaba haberle dicho palabra alguna que le diera derecho á hacerle tales acusaciones; además, despues de lo pasado, ella no debia seguir escuchándole, porque á nada podia ya arribarse; hubiera deseado, lo confesaba, conservar la simpatía de quien pensó siempre era un caballero; pero ya que las cosas habian ido mal, no tenía explicaciones que dar ni aclaraciones que recibir; su destino estaba ya marcado, y seguiria impávida el camino que se la trazaba.

—¡Lucía! prorrumpió Leon ¿es V. quien habla? aquí está este sitio mismo que no me dejará mentir ¿recuerda V. el almuerzo en la Ventura? ¿qué la dije yo? ¿qué me contestó V.? ¡Lucía! ¡Lucía! ¿por qué se empeña V. en negarlo?

La muequita se acentuaba hasta el punto de convertirse en duro gesto de contrariedad. Leon, suplicante, recorría toda la escala del sentimiento, pretendiendo hacer vibrar el alma de la jóven; pero como un órgano al que falta el cilindro, las notas permanecían mudas.

Ella se levantó.

—V. me dispensará, dijo.

—¡Ah! huye V. porque no puede desmentirme, porque todo la acusa.

—Me voy, simplemente porque me esperan.

Recogió su falda con cuidado, y como cayeran las primeras gotas, se volvió, repitiendo con cierta ironía:

—V. me dispensará... pero llueve, y no me haría mucha gracia mojarme.

—Pero... ¿es cierto que se vá V.?

—Ya V. lo vé.

—¡Lucía!

Ella hizo un saludo seco, moviendo apenas la cabeza, y se dirigió al rancho lentamente.

Leon corrió detrás y plantóse delante de ella.

—Señorita, exclamó, quiero decirla á V. una palabra, la última, puesto que ya no volveremos á encontrarnos en nuestro camino. La mujer sin corazon no puede ser nunca feliz; V. se arrepentirá algun dia de su proceder. Adios.

Y uno y otro, sin mirarse más, se alejaron, Leon á tomar su bote, Lucía á guarecerse en el rancho.

En éste era todo confusion, entre tanto. Debajo del cobertizo se habia preparado el fuego para el almuerzo y colocado una mesa medio coja, que Rosina aseguró con dos cascotes, sobre la cual se vació la bien repleta cesta; allí, sobre el burdo lienzo que hacía las veces de mantel, se veian la morena *empanada* de ña Pancha, el cordero, crudo aún, el sabroso pan criollo, el platea-

do trozo de salchichon y las botellas de vino con falsa etiqueta. Pero fué tan récio el aguacero, que inundó el cobertizo y viéronse en figurillas para meter todo en el rancho, tarea en la que quedaron más ó ménos empapados.

Cuando Lucía apareció en la puerta, Pepe Gomez, echado sobre los ladrillos, soplabá con la boca en un brasero, que, empañado en no encenderse, llenaba de humo el cuarto, Manolo ensartaba en el asador el cordero, para el cual Amalia y Rosina preparaban una nueva fogata del otro lado del cobertizo, mientras la vieja italiana secaba el pan con un paño no muy limpio.

Lucía no quiso entrar y se sentó bajo el corredor, á ver llover, como ella dijo. No habló una palabra de lo ocurrido, limitándose á exponer el deseo de volver á la quinta, apénas escampára.

—¿Y qué quieres hacer aquí? exclamó Manolo; no solo tenemos lluvia, sino que tendremos marea ¡vaya un paseo!

A las once almorzaron, de cualquier manera. Y como no cesó de llover en todo el

dia, lo pasaron en el rancho, aburridos, sentados en rueda, escuchando las simplezas de Pepe y las salidas de tono de Manolo. Las dos niñas estaban muy serias, y la madre y la hija cortadas de verse en medio de aquel círculo.

Cuando, por la tarde, pudieron tomar el bote para el regreso, habia crecido tanto la marea, que el agua cubria casi la isla, así como todas las cercanas; los árboles asomaban sus copas mojadas, y en todo lo que la vista abarcaba no se veia sino una sábana líquida. Llegaron á la quinta, entrada ya la noche, desembarcando del bote en las gradas del corredor, porque la inundacion alcanzaba á todo el jardin.

Allí les esperaba Venturita, *con una piedra en cada mano*. ¡Qué recriminaciones! ¡Qué andanada de palabras! ¡Qué chubasco de quejas!

VI.

Fué un domingo, despues de la misa de nueve, que Lucía dijo á su madre consentia en dar su mano al baron Louis-Héctor de Cantillac. Pasaban ambas por la verja de la quinta de Ramirez, y Venturita se habia detenido á echar una ojeada al bonito chalet de persianas verdes, interrumpiendo el sermon comenzado en la puerta de la iglesia y espetado en todo el camino con el calor de costumbre; Lucía, confesada y comulgada aquel dia, habia escuchado el batir del viejo tema y el forjar de nuevos argumentos con santa resignacion, é inspirada, sin duda, por el espíritu divino que llevaba albergado en su cuerpo, in-

clinó la cabeza, como lo hiciera ante el confesor al recibir la penitencia de *Paters* por sus pecadillos, y contestó que sí á la pregunta por la milésima vez formulada. Venturita, que en ese momento hacía sus cuentas sobre la construcción de un chalet parecido á aquél, que era su sueño dorado, creyó haber oído mal y se lo hizo repetir. ¡Loado sea Dios! ¡Por fin había vencido su terquedad! ¡No sabía ella el gozo que proporcionaba á sus viejos padres con su resolución! Esto de *viejos padres* no lo decía la buena señora sino en ciertos momentos solemnes, cuando deseaba tocar el corazón de sus hijos con una frase de teatro, pues plantada en los treinta y cinco hacía tiempo, estaba en lucha abierta con los años, sin ánimo, al parecer, de rendirse. Hacía un sol espléndido y soplabla agradable brisa otoñal; esto y la decisión de Lucía puso de buen humor á Venturita, lo que rarísima vez acontecía, y deseosa de comunicarlo á alguien, entróse de rondon en lo de Ramirez; así sabría también por qué Amalia no había ido á la misa de nueve. La encontraron en el jar-

din, cortando flores, sin peinar todavía, en un *negligé* que la sentaba muy bien. Se besaron en ambas mejillas con la punta de los labios, y despues del ¿cómo estás, *ché?* ¿por qué no has ido á misa, dormilona? y demás preguntas de circunstancias, Venturita, zarrandeando su *pericón* con cierto airecito de importancia, dió la gran noticia, adornada de comentarios y de reticencias que la hacian doblemente interesante. Aquí fueron los gritos desaforados de Amalia.—¿De veras, Lucía? ¡Cuánto me alegro! ¡Te felicito, hija mia! La abrazó y la besó y la volvió á abrazar y á besar ¡cuánto se alegraria mamá! La pobre estaba atacada de un fuerte catarro, por lo cual no habian podido ir á misa, pero iba á hacerlas entrar. En el salon, bien cerrados los cristales, sentada en su silla de hamaca, estaba la señora de Ramirez; era morena y hermosota, y no parecia ser sino la hermana mayor de su hija; tenía la manía de hacerse la enferma, hablando con languidez y quejándose siempre de dolores imaginarios, lo que no impedia fuera en un pié á todas partes, cenára en

los bailes á pesar de padecer del estómago y se escotára para ir al teatro, olvidando su afeccion á la garganta. Con un frasquito de sales en la mano, lo acercaba con abandono á la nariz, dando expresión de doloroso sufrimiento al semblante; su hablar era monótono, salpicado de ayes, y su conversacion limitada al tema de las enfermedades: —¿Ha visto V. qué tiempo tenemos? ¡Ay, hija! estoy muy mal; esto del corazon me parece será aneurisma. Siento unos mareos... Ayer tuve fiebre y creí que me venian viruelas. Este dolor á la cintura es mal síntoma, etc.

Las señoras la encontraron con la cabeza sobre una almohada y los piés abrigados en una elegante manta inglesa. Hubo sus besuqueos, y despues que la interesante enferma contó los pelos y señales del catarro que la tenía postrada, enumerando los remedios caseros de que se habia valido para atacar el mal, porque las recetas de los médicos son pura farsa y ni ellos mismos las entienden; despues de recomendar el uso del sebo derretido con una flanela

caliente encima, que tenía el raro privilegio de curar *como con la mano*, Venturita dió á su amiga la noticia, haciendo crugir las articulaciones de mimbres de su abanico y enseñando sus feos dientes en una sonrisa de triunfo. La señora de Ramirez la escuchó sin alterarse, oliendo con fruicion su frasquito y exhalando un ay! á cada movimiento, como si tuviera molido todo el cuerpo. Muy débilmente la felicitó, y mientras las dos jóvenes charlaban en la ventana, se inclinó hácia Venturita y la insinuó respecto del baron algo que sublevó á la señora, y fué rechazado con energía.—Lo he oido decir, repuso la enferma con voz apagada, pero no lo creo ¡es tan mala la gente! Lucía ha hecho una excelente eleccion. ¡Ay mi pobre cabeza! Se oprimió las sienes con angustia.

Venturita, disimulando en lo posible el mal efecto producido por aquella confianza, preguntó á su amiga por su marido, que sabía en Europa.—Está ahora en Londres, contestó ella, y en su última carta nada me dice de volver.—Pues no falta-

ba más! exclamó la de Guerra; si espera V. echarle la mano encima... Y tronó contra los maridos que ván á divertirse á Europa, dándola de solteros, mientras la mujer lleva en casa la cuenta de la lavandera. ¡Ah, lo que es el suyo no se vería en ese espejo! Pero no tienen ellos la culpa, sino quien les suelta la cuerda...

Cuando las señoras salieron, despues de despedirse de Amalia, que las acompañó hasta la verja, Venturita, dando un respingo, muy característico en ella, murmuró: —Pues no dice que... ¡Envidiosa! ¡Ya se lo quisiera ella, la tia cataplasma esta!

Dos dias despues de esta visita á lo de Ramirez, la familia de Guerra dejaba la quinta y se instalaba en la ciudad, porque á Venturita no se le cocia el pan hasta no verse en *el pueblo*; tal era el cúmulo de ocupaciones que se le venía encima con el casamiento de Lucía. D. Javier estaba en la estancia, con motivo de la hierra; mediaba Abril; la temporada de Colon se anunciaba; todas las familias volvian del veraneo, y á Venturita faltábale tiempo para mostrarse

en medio de sus relaciones y embriagarse con el triunfo de su campaña, cuya gloria le pertenecía. Una sola cosa turbaba el gozo de la señora de Guerra, y era pensar que el baron, una vez casado, tomára el vapor con Lucía y se largára á Europa, y como D. Javier tenía horror á los viajes, no volviera ella á ver á su adorada hija en mucho tiempo; con este motivo, hubo una escena muy tierna la última noche del Tigre, en que Venturita lloró á lágrima viva al suplicar á Cantillac no se alzára con el santo y la limosna. El caballero francés juró todo lo que su futura suegra quiso, pues es muy fácil al novio prometer lo que el marido no ha de cumplir, con lo que aquélla se tranquilizó á medias.

Cuando llegó D. Javier encontró que le habia salido un yerno así como á otros sale una verruga, pero no dijo nada, porque no gustaba meterse en tales cosas ¡allá ellas! Ya los periódicos habian dado la noticia, en sueltos más ó ménos extensos, en los que no faltaba aquello de *la bella señorita de Guerra, la reina de nuestros salones, la preciosa, la*

distinguida, la espiritual, etc., cosas todas que llenaban de maternal orgullo á Venturita y le hacian olvidar la pesadísima tarea que sobre sus hombros de madre gravitaba. Naturalmente, una vez otorgado el sí y contraído el compromiso, el baron empezó á visitar dos veces por semana, los lunes y viérnes, y un mes más tarde, diariamènte, visitas que comenzaban á las ocho de la noche y terminaban á las doce y algunos minutos, lo que importaba un planton de cuatro horas, sentada, sin hablar, aburridísima, cabeceando en el sofá, mientras los novios cuchicheaban, diciéndose tonterías. La primera, la segunda, la tercera visita, montó ella con resignacion la guardia, pero á la cuarta se sublevó, porque aquello se le hacía insoportable. A fin de pasar el trago de mejor modo, invitó á algunas amigas á venir á tomar el té en tales noches, entre ellas á la de Ramirez, que ya habia vuelto del Tigre curada de su catarro, pero á ésta le dió dolor de cabeza el monótono *ron-ron* de la pareja, y no quiso volver, ni las otras tampoco, porque eso

de asistir al coloquio de dos novios pegajosos, que os dán la espalda como si no notáran vuestra presencia y andan de paseo por las estrellas ó de viaje por la luna, no hace maldita la gracia. Imagínese, pues, la que haria á Venturita, leyendo los avisos de baratillo en el diario de la tarde, intercalando de vez en cuando una pregunta que era apenas contestada, los párpados como plomo y abriendo la boca como espuerta en cada bostezo. D. Javier ganaba la calle apenas veía entrar á Cantillac, y en cuanto á Manolito no había que contar con él. Y la noche parecía eterna; las horas no sonaban; las manecillas del reloj no se movían sobre el cuadrante... Venturita imaginó hacerse relevar por la china Dolores, mientras echaba ella un sueñecito en el sofá del comedor, como soldado en campaña. Y lo hizo como lo pensó, pero una vez sorprendió á la china dormida, en cuclillas, la cabeza contra el marco de la puerta y arrebujada en los pliegues de una cortina. Fué entonces que echó mano de una vieja tia sorda que tenía, hermana de su madre,

muy pobre, que ella protegía y vivía con una hija solterona en una casita de los suburbios, calle de Pozos, propiedad de D. Javier. Pero sucedió que mientras ella dormía en el comedor, la vieja tía hacía lo propio en la sala, y una noche el baron salió, cerca de la una, despedido por el armonioso duo de ronquidos de los dos celosos guardianes!

Las veces que el baron no iba á la casa, hacía su visita en el palco de Colon, aquel mismo palco bajo donde Leon vió por primera vez á Lucía, la noche memorable en que el amor clavó una flecha en el corazón del frío y hasta entónces invulnerable filósofo. Venturita llegaba tarde al teatro; Lucía ocupaba indiferente su asiento, afectando no ver á nadie, la cabeza vuelta á la escena, los ojos entrecerrados. La señora, de negro siempre, cuatro plumas en guerrilla en lo alto de su peinado, sonreía á las amigas de la platea, de los palcos y de la cazuela, asestando su antejo de nácar sobre cada una para juzgar del traje ó del tocado, mientras D. Javier, en el fondo, se queja-

ba de las botas, echando de ménos las de potro, á que su pié deforme estaba acostumbrado. Cuando bajaba el telon, daba comienzo la visita de los íntimos, y el diálogo insulso, monótono, siempre igual, de sociedad; entraba el baron de Cantillac, cuya presencia producía general curiosidad, y mientras D. Javier echaba un cigarro en el pasillo, discutiendo con algun amigo sobre el precio de los cueros ó la baja de la lana, Venturita hacía los honores de su palco, mirando de reojo á la de Ramirez, que en otro del frente, mantenía sobre sus hombros desnudos el rico abrigo de *loutre*, aprovechando así la ocasion de lucirlo con el pretexto de evitar un resfrio.

Entre tanto, estaba la boda fijada para el 14 de Julio, y ya habia habido sus discusiones entre D. Javier y su mujer sobre la manera cómo debia ser celebrado tan fausto acontecimiento. D. Javier queria dar en su estancia ese dia una carne con cuero, con corrida de sortija y cielitos por todo lo alto, para cuyo efecto dispondria un tren expreso, á fin de que los invitados pudiesen asis-

tir con comodidad á la fiesta campestre y por la noche á la bendicion nupcial; Venturita encontraba esto atroz, y proponia, á su vez, gran baile, cena del Gas y escogida orquesta. En lo que estaban de acuerdo era que S. S. I. daria la bendicion, pero no le aflojaban al yerno en lo de pretender seguir la moda del dia, poniéndose en viaje á cualquier parte despues de la ceremonia. ¡Eso nó! Todo lo que quisiera, menos exponer á Lucita á incómodo traqueteo en semejante momento. Al campo no se podia salir, porque era invierno y crudísimo, y en cuanto al viajecito de Montevideo, Venturita, ruborizada, lo encontraba muy inconveniente por muchísimas razones. El baron cedió, al fin.

Venturita andaba sumamente atareada. De dia, de tienda en tienda, en los preparativos del *trousseau*, que la premura del tiempo habia impedido encargar á Europa, y de casa en casa dando parte. En estas visitas no dejaba de lloriquear, lamentándose de la pérdida que iba á sufrir, pues una hija que se casa es una hija que se muere,

según decía ella suspirando; tenía buen cuidado de no olvidar una sola de sus amigas, porque una visita dejada en el tintero era un regalo de menos. Por otra parte, Amalia Ramírez estaba encargada de ayudar á Lucía en la confección de la lista de invitados y Manolo de reclutar cuantos pudiera para dar mayor brillo á la fiesta. En esto de las invitaciones volvieron á discutir don Javier y su mujer, porque el primero quería convidar á unas parientas suyas que vivían en el campo, excelentes personas que nunca habían puesto el pié en un salón, á lo que Venturita se oponía con todas sus fuerzas. ¡Jamás! ¡Para que se vinieran de pañuelo y botín de *prunela* y bailáran el gato con relación! El marido replicaba que si no eran éstas invitadas, no vendrían tampoco la tía sorda y su hija la solterona. —¡Pues no vendrán! exclamó Venturita. Y la cuestión quedó así zanjada.

Se había tomado una elegante casita, recién construida, en la calle de las Piedras, para alojamiento de los novios, porque el barón no quiso aceptar prudentemente la

propuesta de vivir en familia que su suegra le hiciera; Venturita, picada con esto y asustada con lo que la de Ramirez decia, que la humedad de las casas nuevas produce reumatismos, se opuso á que se alquilá-ra, sin conseguir nada. Allí iban todas las mañanas yerno y suegro, á vigilar el decorado y dar prisa al tapicero, que habia prometido concluir á fines de Junio y estaban ya á principios de Julio, faltando mucho que hacer. Un primor era el arreglo, como dirigido por el baron, que acreditó ser hombre de excelente gusto artístico. ¡Qué salon Luis XVI, qué comedor Enrique II, qué *fumoir* chinesco, qué cortinajes, qué muebles de laca y palosanto, qué alfombras de Bruselas, qué jarrones de Sèvres! D. Javier habia facilitado á Cantillac unos quince mil pesos para estos gastos y otros que pudieran ocurrir, porque el intendente de Paris tardaria en hacer la remesa de fondos pedida, segun se lo dijo el baron una tarde en la Bolsa, al confiarle el apuro en que le ponía el percance, al que daba lugar la venta de fincas que habia encargado

á su agente. Y D. Javier, con su sonrisa de honrado paisanote, apretando las manos de Cantillac, le contestó:—Pues nada, compadre, no se apure V. ¿no es V. mi yerno? Pues disponga de lo mio como propio, mientras ese señor intendente cumple lo ordenado.

En medio de todos estos preparativos, Lucía permanecía indiferente, como si de ella no se ocupáran y fuera la causa de tanto movimiento una persona desconocida. Con aire de fastidio escuchaba la relacion de su madre sobre las correrías efectuadas en el dia, ó recibia las felicitaciones de sus amigas; decia no querer ocuparse de nada y que la dejáran tranquila. Todo para ella era igual.—Es natural que esté así, exclamaba Venturita, como que vá á dar el gran paso en la vida; yo estaba lo mismo el dia que me casé con ese buena pieza de Javier; ¡qué susto, Virgen santísima! Y todo por nada... No olvidaba de darla sus consejos: Obediencia al marido, pero no sumision ciega y cobarde; salir siempre, ir á todas partes, si el marido es callejero; estarse re-

signadamente en casa, si no sale; no bajar nunca la cabeza ni darle la razon en las discusiones, procurando siempre quedar con la última palabra; no ser celosa ni coqueta; no meterse en la cocina, aunque haya necesidad, ni pegar un boton, que para eso está la criada, ni criar á los chicos, que buenas nodrizas se encuentran. No consentir en no recibir visitas, porque el señor marido sea celoso, y no darse con *guarangas*, que muy poco favor hacen. Gastar lo que se pueda, cuidando de no hacer deudas. ¡Pero, sobre todo, no dejarse dominar! La mujer que desde el primer dia no pone á ley al marido, no será sino una esclava y una víctima; el cariño es plato que pronto se acaba; los besos, tan sabrosos al principio, empalagan al poco tiempo, y todo llega á hacerse insoportable y la vida común imposible, si la mujer no ha sabido darse el lugar que le corresponde. ¡Ay, si la mujer supiera lo que le conviene y tuviera la suficiente energía para imponerse! Pero no, cree que el matrimonio es la realizacion feliz de sus sueños de niña, y á él se entre-

ga atadas las manos y coronada de flores...

Estas amonestaciones eran letra muerta para Lucía que, sin darse cuenta de la gravedad de la resolución adoptada, pues se casaba porque sí, porque sus amigas hacían lo mismo y, más que todo, porque su madre se lo había aconsejado, no tenía más preocupación que su *trousseau*, que todo saliera bien, según los últimos figurines, y no fuera Mme. Félix á hacer lo de siempre. Aquello de que el encargo no hubiera podido hacerse á Europa, la puso de malísimo humor ¡hay tanta diferencia entre lo *traído* y lo confeccionado en el país! Como que aquí todo es *frangollado*, como decía Venturita.

Si á esta niña de veinte años que iba á casarse, la hubieran preguntado qué clase de sentimientos abrigaba hácia su futuro, habría contestado ingénuamente, como la vez pasada cuando Amalia la hizo idéntica pregunta á propósito de Leon, abriendo sus ojos de inocente, que tan lindos eran: —¡No sé, nunca he pensado en eso! Nunca había pensado en eso ni en nada su pobre

cabecita de pájaro, porque Lucía no era más que una mariposa, para quien el mundo era un jardín formado para sus revuelos juguetones, en el cual las flores envidiosas tenían el encargo de ofrecerle su néctar delicado y hacer brillar el sol la pedrería de sus alas. Y ahora que el día solemne se acercaba, estaba ella tan tranquila, sin remordimiento del pasado, sin presentimiento del porvenir, mientras su corazoncito de avellana latía, latía simplemente como el péndulo de un reloj...

Llegó, por fin, el 14 de Julio, y desde las primeras horas comenzó el desfile de ramos monumentales por la calle de Florida, frescos y perfumados, como salidos de manos de hadas, en hombros de sudorosos *changadores*. En casa de Guerra era una revolución, había tanta gente que nadie se entendía. Muchas amigas fueron á ofrecerse desde la madrugada *para ayudar*, pero solo con el propósito de *curiosear*, de *comadrear*, como dijo D. Javier, furioso porque no le dejaron dormir. Venturita, en bata y zapatillas, su trenza de cola de raton suelta á la

espalda, andaba de cuarto en cuarto dando plumerazos á los muebles y coscorrones á los mulatos. Nada: precisamente por ser aquel dia, todo tenía que salir mal. A cada rato sonaba la campanilla:—¿Quién?—De parte de la señora, que aquí manda esto para la niña; que dispense.—Toma eso, muchacho, gritaba Venturita entreabiendo la hoja de una puerta, ¿qué esperas? Y Juan era materialmente asaltado en el tocador, donde se habia dispuesto una mesa para los regalos, por el enjambre de mujeres curiosas, y volvía con la bandeja vacia y el indispensable paño de crochet, repitiendo el estribillo aprendido de memoria:—De parte de la señora que muchas gracias, que para qué se ha incomodado y muchos recuerdos. En el tocador era un coro de exclamaciones: ¡Ay, qué bonito! ¡Mira, *ché*, qué preciosura! ¿Has visto el regalo de fulana? Se abrian las cajas, la tijera cortaba las cintas porque los dedos se mostraban tardos para desatar los lazos. Y el campañileo no cesaba. Los ramos entraban, y no seguían á la sala sino despues de la obliga-

da estacion en la puerta del tocador, donde un racimo de manos se colgaba de la tarjeta para ver el nombre.—¡Es de fulano! decia una voz. A veces Venturita torcia el gesto y murmuraba:—¡Miren que mandar un ramo el muy miserable! ¿qué le puede haber costado? treinta pesos lo más; si creerá quedar bien... Muchas no podian contener su lengua, y en el tono de una confianza decian á la compañera:—¡Qué brazalete el del Dr. X.! si parece doublé. ¿Y las piedras de los aros de menganita? de vidrio, hija, créalo V. ¿Y qué me dice V. del camisolin de la de S...? de á cincuenta centavos ¿quién regala ahora camisolines? ¿Y las figuritas de barro de V... y el abanico de N...? Una señora enlutada decia á su vecina:—¡Qué diferencia de cuando se casó mi hija! ¡Era aquello un bazar!

Los magníficos solitarios, regalo del baron, la *rivière* de D. Javier, el brazalete de záfiro de Venturita, la horquilla de perlas de la de Ramirez, llamaban poderosamente la atencion. Del tocador iban á la alcoba de Lucía á admirar el traje de novia de tercio-

pelo y raso, en el cual trabajaban aún la misma Mme. Félix y una nube de oficialas. La sala era un jardín; en el comedor los mozos del Gas aderezaban la mesa de la cena. Seguía el entrar y salir de las visitas. A eso de las cinco, Venturita, con las piernas flojas, la cara apoplética, se dejó caer en una silla, diciendo que no podía más; allí continuó recibiendo los apretones de mano y los besos distraídos de sus amigas, mientras no perdía ocasión de regañar á los criados:—Juan, ¿no oyes la campanilla? ¡Vaya con el sordo este! Dolores, ¿á que no has hecho lo que te dije? Ya sabes que no me gusta decir dos veces las cosas. No quiero más ramos en la sala, que los pongan en la escalera. ¡Qué sofoco el de la buena señora! ¡Qué día! ¡qué día!

Por supuesto, no se comió porque la agitación no daba lugar; todo era encontrones, carreras, objetos perdidos, inconvenientes de última hora, llamadas á los criados que no acudían y andaban como sonámbulos. Era de noche, y no había fósforos para encender las luces; cuando vinieron éstos, el

gas no ardió por falta de agua; Juan, encargado de preparar el regulador, lo echó á perder, y el mismo Manolo tuvo que salir á la calle á buscar un operario. El traje de Lucía no se acababa, el frac de D. Javier se encontró con los faldones comidos de la polilla, y en el famoso vestido de terciopelo de Venturita, nuevamente arreglado, hizo un gato de las suyas, por haberlo dejado la torpe de Dolores en un sofá toda la mañana.

En fin, un cuarto ántes de las nueve todo estaba en regla: D. Javier afeitado, de camisa limpia y zapatos nuevos; Venturita, con su tocado de plumas y todas sus alhajas encima; Juan, con el frac y los guantes de marras, y la china Dolores, de *vincha* punzó, con todo el mulaterío de la casa, estaban al pié de la escalera figando la entrada de los convidados. Venturita se paseaba satisfecha por el salon, hecho una áscua de oro, mirándose de reojo en los espejos encuadrados en una guirnalda de flores. Se oía crugir la escalera bajo los pasos de los que llegaban; la primera que entró

fué la de Ramirez, de rosa, como una muchacha de quince años, exclamando:—¡Ay, amiga mia, creí que la jaqueca no me dejaría venir! Luégo otras y otras; los hombres se quedaban en el vestíbulo en peloton. La sala se llenaba. Pasadas las nueve, se vió la sotana morada del arzobispo, y por la puerta de la antesala aparecer la vaporosa figura de la novia al brazo de su padre, acompañada de Amalia Ramirez y de sus más íntimas amigas. Venturita, conmovida, los ojos bajos, seguia á su hija junto al baron de Cantillac, más correcto que nunca, con un boton de azahar en el ojal del frac.

Cuando la ceremonia hubo concluido, que todo quedó consumado, y la señorita de Guerra, por arte de cuatro latines, fué trasformada en señora de Cantillac, dió comienzo la escena de abrazos y lágrimas; Venturita, colgada al cuello de su yerno, lloraba sin consuelo, medio desmayada, mientras Lucía, los ojos secos, sonreia á las amigas que se aproximaban á saludarla. Prorrumpió la orquesta en un alegre preludio, cada cual echó mano de su *carnet* y se

lanzó en medio de los grupos. Manolito y Pepe Gomez andaban como locos, garabateando nombres en el *programa*, antes que las niñas concedieran todas sus *piezas*.

Sigilosamente, cerca de las once, Cantillac y Lucía abandonaron el salon y se metieron en el cupé que les esperaba á la puerta. Al cerrarse la portezuela y verse Lucía al lado de aquel hombre que era ya su dueño, arrancada de su casa, separada de los suyos, sintió, por la primera vez de su vida, extraña emocion. El carruaje tomó Florida hácia Victoria y siguió ésta hasta Piedras, al trote rítmico de sus caballos tordillos. Hacía frio, y las calles de la ciudad, que no es trasnochadora, estaban solitarias; las puertas todas cerradas; sólo el vigilante de faccion paseaba en la esquina, envuelto en su capote. Lucía, replegada en el fondo del cupé, prisioneras sus manos entre las de Cantillac, que las oprimia con pasion, oia como el gotear del agua las palabras de cariño de su marido, sintiendo pasar sobre su nuca la ráfaga ardiente de su respiracion, al mismo tiempo que el tu-

fillo á vino, que le tomára un día, subia hasta su olfato. Con un gesto de repugnancia, se retiró la jóven y acudió á bajar el cristal, porque se ahogaba, pero él no la dejó hacer, enlazando su cintura y acercando su boca á sus labios, donde quedó pegada por largo rato en un beso supremo; Lucía se debatía, luchando á viva fuerza por arrancarse á aquel abrazo: el bigote encerrado del baron la producía desagradable cosquilleo, y el tufillo á vino era tan fuerte ahora, que sintió náuseas. Echóse atrás con un violento movimiento, y llevando á su boca el pañuelo, exclamó:—¡Por Dios, déjeme V.! Él sonrió. ¿Inspiraba, acaso, miedo á su adorable mujercita? La prometia ser razonable en todo el camino. Lucía pensó con terror en la llegada y cerró los ojos; Cantillac volvió á coger su mano, y quitándole con toda delicadeza el guante, púsose á besarla, mientras ella, conteniendo los deseos que de retirarla le venian, rezaba porque alejára Dios el peligro que veia tan próximo. Llegaron á la casa, iluminada como para una fiesta; Lucía bajó del car-

ruaje y subió las escaleras en estado tal de agitacion, que habria caido al suelo á no ir apoyada en el brazo de su marido. En el vestíbulo, cuajado de ramos de flores blancas, azahares, camelias y jazmines, esperaban dos criados, una doncella de gorro de batista y un correcto *garçon* de frac y corbata blanca; el baron dió sus órdenes en francés y ambos se retiraron con una reverencia. Los novios entraron en el salon, sentándose Lucía en un sofá, donde dejó escapar sus quejas de encontrarse tan mala, tan mala... El baron, de pié delante de ella, sacaba sus guantes con negligencia. Era natural aquello, pero debia sobreponerse á su debilidad; ya le tenía prometido ser muy razonable. Y como la jóven callára, pálida como la cera, preguntó él con aire jovial qué le parecia su nueva casa, de la cual era ya reina ¿queria favorecerla con un vistazo? Ella dijo que no, ocultando la cara con el pañuelo; Cantillac se sentó á su lado y pretendió enlazarla de nuevo, balbuceando frases apasionadas á su oido. Lucía sintió su contacto y otra vez aquel maldito tufillo

á vino.—¡Oh, déjeme V., déjeme V.? exclamó, apartándole con asco y envolviéndose en su velo blanco, como una sensitiva repliega sus hojas. El baron, hombre de mundo, volvió á sonreír. Se levantó, dió algunos paseos, y con voz distraída, le propuso nuevamente visitar la casa. Lucía consintió, pensando que así pasaria el tiempo y el peligro que la amenazaba se postergaria; iba á hacer aquella visita tan larga que la mañana les sorprenderia en ella; no queria, sobre todo, que aquel hombre se acercára. Él delante y ella detrás, recorrieron el salon viendo los cuadros y los tapices, cuya explicacion hacía él en su jerga medio española, medio francesa; luego pasaron á la antesala, al despacho y al *fumoir*, al saloncito de música, al caprichoso estudio de pintura, al *boudoir* y á la elegante y severa alcoba, en la que Lucía no quiso entrar, formulando su negativa con tal sobresalto, que arrancó una nueva sonrisa á Cantillac. Se veían flores por todas partes, en los jarrones, sobre las consolas, desparramadas sobre la alfombra. En el comedor, encen-

didadas las seis luces de su artística araña de bronce, aparecía la mesa cubierta por blanquísimo mantel y una abundante cena servida. Con un gesto de súplica, el baron pidió á Lucía que se sentára á tomar algo, puesto que en su casa no habian ido al *buffet* y debia ella sentirse debilitada á causa de las emociones de la noche. Lucía se sentó en el borde de una silla, á respetable distancia de la que ocupó su marido; los codos sobre la mesa, la barba sobre sus manos, de las cuales una permanecia aún enguantada, rechazaba todo lo que él la ofrecia, diciendo con su voz dolorida que no tenía apetito, que cualquier cosa le haria daño. Mirábale comer, entre tanto, admirando el arte con que trinchaba el pollo; su calva lustrosa brillaba bajo la luz del gas, y cuando le sonreia notaba la jóven sus dientes blancos y bien colocados. Solo sus ojillos azules aparecian rodeados de un ribete encarnado, y ahora que bebia, abundantemente, sin descanso, el blanco del globo iba tomando un tinte rojizo. Se animaba por grados, echando bromas acerca de la

timidez de su mujercita, relatando anécdotas de dudoso gusto. ¿Por qué no se acercaba? Habíase colocado al otro extremo de la mesa; ¿tenía él cara de ogro que se come la gente? Llenó una copa de Jerez y se la presentó, invitándola con insistencia á tomarla; Lucía mojó en ella los labios y acercó una línea la silla, manteniendo su actitud defensiva. Él se puso á hablar de sus amores, de la manera cómo la habia conocido, de aquella noche en la tertulia de Ramirez que la habló por primera vez; y ahora la tenía allí, en su casa, toda suya, porque nadie podia disputársela, porque era su mujercita adorada. Lucía seguía mirándole, muda. La botella volcaba en la copa el chorro dorado con un alegre gorgorito, y la mano incansable hacía desaparecer el contenido en la boca siempre sedienta; los ojillos parecían más pequeños, el tinte rojizo se extendía ahora á las mejillas. El baron quitó su corbata, porque dijo tener mucho calor, y siguió bebiendo. Lucía miró el reloj y vió con terror que eran apenas las doce y media. ¡Cuánto faltaba para la madrugada!

¿Qué hacer? Nada se le ocurría. Una negra idea, que ya la había asaltado en otro tiempo, volvía á su espíritu y clavaba un nuevo dardo en su corazón. ¿Sería posible, Dios mío? Cantillac ya no hablaba; vacías dos botellas, destapó con trabajo una nueva, acometiéndola con más brío que ántes; su cara apoplética despedía fuego, y á medida que la copa se vaciaba, sus ojillos se hacían más pequeños, contrayendo el párpado enrojecido, que batía como el de un ave nocturna ante el reflejo vivo del gas. Quiso decir algo, pero solo consiguió barbotar palabras incoherentes; apoyando la mano izquierda sobre la mesa, se levantó á medias, tambaleándose, una copa llena en la diestra, que temblaba haciendo correr el líquido, y se dirigió á Lucía incitándola á que bebiera; ella, espantada, le rechazó, cayendo la copa sobre el mantel, donde se hizo trizas. Cantillac reía estúpidamente mirando á su mujer, que se había puesto de pié; era tal la metamórfosis en él operada, que Lucía, en medio de su angustia, se preguntaba si era aquel el mismo hombre que ella

conocía, al que momentos ántes uniera su destino. Apoyado siempre en la mesa, dió él algunos pasos, y con un gesto canalla pretendió abrazar á la temblorosa jóven; fué entónces que Lucía, desatentada, dió un salto prodigioso, desgarrando la cola de su magnífico vestido en la *etagère* que estaba junto á la puerta, y huyó como una loca por las habitaciones desiertas, mientras el borracho se desplomaba en su asiento con una carcajada.

Lucía entró en la sala y corrió al balcon, que abrió nerviosamente de par en par; iba dispuesta á arrojarse á la calle enceguecida por el terror. No sintió los pasos de su marido, y se volvió para cerciorarse de que no era perseguida; allá adentro se oía el reir estúpido de Cantillac. La frialdad de la noche la obligó á cerrar el balcon. ¿Qué haría entre tanto si él venía? Encerrarse, no había otro remedio. Sin pérdida de tiempo, fué á la puerta que conducía al comedor y cogió las dos hojas; pero su mano enguantada le impedía mover los dedos para echar la llave: rabiosamente, con los dientes, ar-

rancó la cabritilla y se dispuso á cerrar pronto, porque ahora el reir se oia de más cerca... La llave no cedia, su mano forcejeaba sin resultado, el sudor brotaba de su frente. Todo, todo ménos caer en las manos del mónstruo. Y el reir se oia cada vez más cerca... De pronto, un tiron violento la hizo soltar la hoja de la puerta, y la repugnante figura del borracho apareció en el hueco; Lucía dió un grito y se replegó al otro extremo del salon, juntando sus manos en ademán de súplica. Apoyándose en el muro, sobre los muebles, dando traspiés, Cantillac se dirigió á ella, acorralándola en un ángulo, muda de terror porque no podia gritar. Y se lanzó sobre ella como una fiera, estrechándola entre sus brazos, besoteando su rostro y su cuello con su hocico mojado por las babas. Empezó entónces una lucha horrible entre los dos, sorda, en aquel salon profusamente iluminado, en medio de la atmósfera capitosa de las flores. La mano lasciva del ébrio desgarró el corpiño de Lucía, poniendo en descubierto su seno y su garganta; el velo quedó en girones sobre la

alfombra, y su blanco traje de desposada manchado por el vómito vinoso del desgraciado... Cuando asomó el alba por las rendijas del balcon, Lucía, apelotonada en el suelo, delante del sofá, mantenía la cara oculta entre sus manos, y su marido tendido boca arriba, no léjos de ella, dormía profundamente.

VII.

El casamiento de Lucía fué un golpe de maza para Leon. A pesar de la escena del Progreso y de la entrevista en el Tigre, no estaba él completamente desilusionado, porque en tanto no estuviera contraído el compromiso con el baron, habia siempre una esperanza. El dia que Pepe Gomez, en la Facultad, le mostró el suelto que daba la noticia, recibió el pobre muchacho una puñalada, pero sobreponiéndose á su dolor, dijo en son de broma que aquello ya lo sabía.

—*Sapristi*, compañero, exclamó Pepe; ¿cómo se ha dejado V. soplar la dama?

Y él, afectando indiferencia, contestó que

nunca habia pensado en nada sério, que aquello fué un pasatiempo de desocupado, un paréntesis abierto á sus tareas estudiantiles. ¡Casarse él, con sus ideas!

En su casa no dijo nada, pero misia María, que nunca abordaba el tema, preguntóle qué noticias sabía de aquella nuera incomparable que le tenía preparada. Leon no salió de su mutismo, y entónces la señora contó lo que decian los periódicos, añadiendo que tal suceso debia regocijarle porque Lucía Guerra no era mujer para él ni tampoco la familia, que es en lo que deben fijarse los jóvenes que buscan esposa ¿quién es la madre? que buenas niñas no faltan, concluyendo con aquello de que *no hay mal que por bien no venga*.

No lo entendia así Leon, que á consecuencia de aquel gusano que no le daba reposo, perdió el apetito, el color y su afición á los libros, que no abria hacía tiempo. Porque lo que á él le sublevaba era, no sólo su pasion burlada y su amor propio herido, sino pensar que habia caido en la deplorable niñería de enamorarse, él, tan sério,

tan meticoloso, envuelto en una atmósfera de gravedad, de hablar reposado, de génio sombrío! ¿Y de quién? De una chicuela casquivana. ¿Es, pues, necesario, indispensable en la vida, pagar tributo al amor? Y Leon se contestaba con terror que sí, que es una ley ineludible, que el pequeño mónstruo domina á la humanidad ó por el corazon ó por los sentidos, y cuando el dia fatal llega, no hay salvacion posible. Para él habia llegado en mitad de su carrera, sorprendiéndole en sus estudios; un buen dia fué á abrir su libro y encontró entre sus páginas la imágen encantadora de Lucía Guerra. El amor le picó en el corazon, como un áspid venenoso, y su mal creció sin remedio.

Desde que recibió el golpe mortal del desengaño, que conoció que todo estaba perdido, fué otro hombre; todo lo abandonó y se encerró en su casa; no asomó por la Facultad; no pisó un teatro; regañón y displicente, sólo á su buena madre sonreía. Hubo dias que no quiso comer, pasando de la mañana á la noche y de la noche á la mañana tendido en la cama, de cara á la pa-

red, sin hablar; otros, paseando á lo largo de su cuarto, en un taconear que no cesaba. Misia María, desolada, ensayaba todos los medios para calmarle, tratando de arrancarle á aquel peligroso estado de ánimo; por la mañana entraba en su cuarto, después de la misa de seis que diariamente oía en San Telmo, á mostrarle la canasta de la compra que habia traído la cocinera. —Mira, hijo mio, decia, aquí tienes los riñones de cordero, que tanto te gustan, se harán con Jerez; el pollo... ¿lo quieres saltadito? y el asado de costilla, que vendrá *chillando* á la mesa ¿cómo quieres los huevos, fritos ó pasados por agua? Leon sonreía tristemente, aprobando todo, y diciendo que lo probaria, gracias á la promesa de la señora de hacerlo por sus propias manos. Cuando se sentaba á la mesa, picoteaba en su plato con desgano, abstraído, silencioso; su madre suspiraba y Cruzita no apartaba de él sus hermosos ojos, en los que se leía dolorosa queja. A veces, misia María se sentaba al piano y tocaba algunos aires del *Barbero*; sus dedos, entorpecidos por la

edad, tropezaban en las teclas; las notas se embrollaban, pero no perdía el compás, y riendo, recordaba sus buenos tiempos, cuando ella era una agraciada muchacha, y tocaba en la fiesta de premios de la escuela; Leon, que la escuchaba, sentía serenarse su espíritu, pero muy pronto las sombras le invadían de nuevo y la figura de la de Guerra se erguía como un fantasma delante de él. Odiaba la compañía de sus amigos, encontrándose bien en la soledad, donde podía entregarse libremente á sus sombríos pensamientos; al caer la noche, salía á pié, sólo, á recorrer las solitarias calles del sud, y volvía á altas horas, cuando todos dormían en la casa; únicamente su madre le esperaba, sentada al lado de la mesita de labor, luchando contra el sueño, la cabeza abrigada en un pañuelo de lana. Cuando esto sucedía, Leon no pasaba á su cuarto sin ir á depositar un beso en la frente de la anciana. Ocho días antes de la boda de Lucía, se recibió en lo de Saldívar, como irrisorio mensaje, en ancha tarjeta de cartulina, la invitación para la ceremonia;

como todas las cartas que llegaban á la casa, el sobre cerrado fué á parar á manos de Leon. Aquel dia no se le vió en ninguna parte, volviendo pasada la media noche; misia María, que le esperaba, vióle cruzar el patio y entrar en su cuarto, donde se encerró, sin cumplir con el cariñoso deber que nunca olvidaba. Se levantó y fué á golpear su puerta.—¡Abre Leon, soy yo! Le encontró sentado delante del pupitre, la cabeza sobre sus brazos cruzados, llorando. ¡Cómo, llorar él, un hombre, el apoyo de su madre viuda! Rodeando con sus brazos temblorosos el cuello del jóven y atrayendo su frente sobre su pecho, le hizo oír con dulce voz sus exhortaciones de madre amorosa. ¿Era posible que un jóven de su inteligencia, sério, todo un hombre, se doblegára así ante el primer golpe de la fortuna? No sería el primero ni el último, porque en la vida hay que llevar coraza de acero para resistir los embates de la mala suerte, coraza que la sábia experiencia se encarga de forjar; ¿quién puede vanagloriarse de no haber re-

cibido su lote de dolor? De sufrir con resignacion, sí, pues si la mujer llora, el hombre debe combatir. Decia otras cosas por el estilo, acariciando los cabellos de su hijo y dándole palmaditas en el hombro. Él, avergonzado, confesó su debilidad, y cuando su madre, con sentido acento le recordó la muerte de su pobre padre, quedando ella jóven todavía, con un niño en brazos, sola en medio del mundo, y le relató sus penurias todas y las pruebas á que se vió sometida, Leon la abrazó estrechamente, llamándose cobarde.—¿Te has visto tú en situacion semejante? decia la señora ¿los seres queridos á tu corazon han padecido alguna vez hambre y no has hallado tú pan que darles? Estos son los dolores que abaten el espíritu del más fuerte. Leon á todo asentia, suspirando. Prometia sobreponerse, luchar contra sí mismo, pero era preciso, indispensable para él, salir de Buenos Aires, no ver caras conocidas, variar de atmósfera y de espectáculo.

—¿Por qué no te vás á la estancia? exclamó misia María ¿qué mejor pretexto para

dar una ojeada á aquello? Nuestro administrador es excelente, pero el ojo del amo... ya sabes lo demás.

Él dijo que no, y habló de un viaje á Europa. La señora sintió que un escalofrío recorría todo su cuerpo. Aquello lo decia de broma, sin duda. ¡Separarse de ella! Porque él bien sabia que no habia que pensar en arrancarla á sus comodidades y sus costumbres; además tenía horror al agua, se mareaba en viéndose en un bote, ¿recordaba aquel viaje á Montevideo, que fué tendida como un cuerpo muerto? No, aquello era una broma. Le miraba con sus dulces ojos, en los que temblaba una lágrima. Leon no insistió y la cosa quedó ahí.

Ni al siguiente dia, ni en los que precedieron la anunciada boda, se volvió á tocar el asunto. Leon parecia más animado, más decididor, hasta llegó á comer con inusitado apetito, lo que colmó de gozo á misia María, que no dudó más de la radical curacion de su hijo. El 14 de Julio, en la mesa del almuerzo, Leon, sin esfuerzo, trajo á colacion el ruidoso tema que preocupaba á la

sociedad bonaerense: el casamiento de la de Guerra y el gran baile con que se celebraba en la casa de la calle Florida. La señora se encogió de hombros, diciendo que á ella poco le importaba si la de Guerra se casaba ó no, y que á pesar de la invitacion de Venturita, no pensaba asistir porque nunca habia gustado tratarse con aquella familia. Cruzita preguntó:—¿Quién es ese baron de Cantillac?—¡Pst! hizo Leon, simplemente un aventurero, algo más, un mal hombre. Al ménos, él tenía derecho á imaginarlo, porque habia recogido muy malos informes á su respecto: vivia de prestado, estaba entrampado hasta los ojos, jugaba, bebia, sobre todo bebia. Misia María exclamó:—¡Una buena pieza! ¿pero ese señor Guerra no lo sabe? ¿no ha habido por ahí alguna buena alma que le haya dicho que el que destina para yerno suyo es un pillo? Claro que se lo habian dicho, pero él no quiso creerlo; además estas cosas son muy delicadas, y no se dán así de sopeton semejantes informes á un suegro, que no los pide, por otra parte. Y Leon, volviéndose á su

madre, preguntaba:—¿V. crée que puede ser feliz Lucía?—¡Hijo mio, contestó la señora, allá ellos! ¿quieres otro aloncito de gallina?

Por la tarde salió Leon, y no vino á comer. Las señoras le esperaron hasta las ocho, sin permitir que el criado sirviera la sopa. Despues que el viejo reloj dejó oír la octava campanada, misia María, sin poder disimular su sobresalto, llamó al mulatillo José y le mandó de una carrera á casa de los Perez, que vivian calle del Perú, donde Leon acostumbra pasar algunas horas todas las tardes, á ver si estaba allí, y si no que fuera á la cigarrería donde el niño compraba sus cigarros y preguntára si habia estado. Todo volando. No comió misia María ni tampoco Cruzita, y desde las ocho, hora en que partió el mulatillo, hasta las diez y media que volvió, estuvieron en la ventana de la sala, esperando llenas de ansiedad. José entró muy cansado, y ántes que pudiera dar cuenta de su comision, se pasó buen rato, en que agotó la paciencia de la señora con sus respuestas contradictorias.

Por último se sacó en limpio que había encontrado al niño en la calle Florida, en una esquina, solo, que le había dado un recado para la señora, del cual ya no se acordaba; contó maravillas de la gente y de los carruajes que había en lo de Guerra, así de gente y así de carruajes, como él decía uniendo la punta de los dedos de su mano derecha, y una banda de música que se oía desde una legua. Misia María le mandó á acostar, despues de blando regaño, y se sentó cerca de su mesita de labor, dispuesta á esperar á su hijo hasta el alba, algo más tranquila, sin embargo, con las noticias recibidas.

Cerca de las cinco había salido Leon. Llevaba en la cabeza unas ideas tan negras, que todo lo veía de fúnebre color; su cara parecía del otro mundo, según dijo el mulatillo José, que jugaba á las bolitas en la vereda cuando él puso el pié en la calle. En la esquina de Independencia y Defensa había establecido un zapatero, un pobre hombre cargado de hijos, que claveteaba todo el día, encorvado sobre su horma; con su

mandil de cuero, el pantalon de dril azul blanqueado por el uso, en verano como en invierno, siempre se le veia sobre su banquillo enano, el martillo dále que le dás, entonando con voz ronca alguna cancion de su país. Leon no pasaba por delante de su tienda sin saludarle, como buen vecino; aquella tarde se detuvo á verle trabajar:— ¡ Buenas tardes! ¡ buenas tardes! El jóven fijaba sus ojos húmedos en la horma recubierta de cuero, mirando colocar los clavos afilados en derredor; estaba tan abstraído, que el zapatero no se atrevia á hablar. De pronto, bruscamente, Leon preguntó:— ¿ Es V. feliz? — ¡ Eh, señor! contestó aquél ¡ así, así; no puedo quejarme; no me falta carne, trabajo ni salud! Leon le dejó, sin oír más, y echó á andar calle Defensa arriba, pensando si aquel hombre tendria razon, y si la felicidad no sería otra cosa que la satisfaccion de la materia, y locos de remate los que andaban buscándola en las aspiraciones del alma, nunca realizadas. Tropezando con los transeuntes, como un ébrio, seguia su camino; al llegar á la esquina de Belgrano, tomó

esta calle pensando ir á comer á casa de los Perez, y siguió hasta Perú con esta idea; pero el recuerdo de una circunstancia le hizo desistir: Pablo Perez, el mayor de los tres hermanos, comerciante como los otros, era ahijado de D. Javier, y aquella noche estaria de boda. Suspiró Leon, y sin mirar la casita baja de dos ventanas donde vivian sus amigos, prosiguió su marcha sin rumbo; no, no comeria en ninguna parte, estaba seguro que cada bocado le sabria á hiel y le quedaria en la garganta. La ciudad se envolvía en sombras; de una acera á la otra corrian los encendedores de faroles; caía una llovizna fina y era intenso el frio. Andando así, tenía Leon que pasar imprescindiblemente por la casa de Guerra; como llevado de la mano por misterioso lazarillo, se vió delante de los balcones, cerrados los seis. Se detuvo, y vió entrar dos hermosos ramos de camelias y azahares; cuatro carruajes habia en la puerta. ¿Era cierto que Lucía se casaba? ¿aquella misma Lucía que él soñára hacerla su esposa? Con ojos estúpidos miraba la escalera, por donde ba-

jaría aquella noche la blanca desposada al brazo de su rival. Se oían los pasos pesados de los dos *changadores*, que salían disputando con un billete de veinte centavos en la mano, obligados á partir la propina entre los dos; ya en la calle, se volvieron saludando á la casa con un ademán innoble. —¡No, murmuraba Leon; no, no puede ser feliz! Y recordó aquella noche en el Tigre, de vuelta de la tertulia de Ramirez, que acompañó á Cantillac hasta la estacion á tomar el último tren, comprometido él á quedarse en la quinta de un viejo amigo de su padre; mientras el jardinero marchaba delante con la linterna, él daba el brazo al baron, medianamente achispado con las libaciones hechas en casa de Ramirez. Estaba el hombre tan hablador, que charló sin ton ni son sobre su proyectado casamiento, revelando no existir todavía el compromiso que se decia. ¡Y aquel individuo le habia sido preferido, un desconocido, un aventurero! Siguió andando, dispuesto á tomar calles solitarias ¿dónde iba? No lo sabía; necesitaba andar, andar mucho. Más allá,

un compañero de estudios le detuvo, preguntándole qué era de su vida, con fuertes apretones de mano. ¡Tanto tiempo sin ir á la Facultad! El catedrático habia notado ya su ausencia. ¿Pensaba dejar la carrera? Muy bien hecho, porque teniendo *mosca* no hay necesidad de romperse la cabeza y pasar las noches en vela con el civil y el romano. ¿No iba á lo de Guerra? Un gran baile; todo Buenos Aires estaba invitado; una locura de la de Guerra casarse con aquel francés que no se sabia quién era ni de dónde venía; bombo y nada más. ¡Un baron! La madre, que era un marimacho y debia hacer la suegra más espeluznante, tenía la culpa. Leon le dejó en medio de su charla y volvió á su marcha insensata. De la esquina de Corrientes tomó hácia el oeste, luégo Esmeralda hasta Lavalle, Suipacha hasta Córdoba, bajando nuevamente hasta Lavalle y siguiendo ésta hasta la plaza, en uno de cuyos bancos se sentó. En toda esta caminata se habia detenido diferentes veces delante de las vidrieras de pinturas, mirando como un niño embobado; un

cuarto de hora pasó contemplando las cajas de ébano y caoba con cruces de metal sobre la tapa y angelotes llorones en las asas; las coronas de violetas, heliotropos, siemprevivas y cuentas negras, los cuadros fúnebres con sentida dedicatoria, las cajitas celestes con tirillas blancas en los bordes, puesto todo á la vista para regocijar el ánimo de los pasantes, sin duda, en el cuarto bien alumbrado de una cajonería. Sentia tal amargura, que este espectáculo no le desagradaba.—¡Tal vez sea la muerte la única felicidad! pensaba. Cuando se sentó en la plaza sobre el frio banco, un estremecimiento le sacudió; sobre el fondo oscuro del cielo se destacaba la blanca silueta de la columna de Lavalle; la llovizna caia siempre, sin ruido, los árboles se movian en la sombra. Leon se abismó en sus tristes pensamientos. Al sentarse no vió un *atorrante*, un miserable andrajoso, descubiertas las carnes á trechos, acurrucado en el extremo del banco, un papelon grasiento sobre las rodillas, royendo un hueso como un perro famélico. Pasó largo rato sin que

Leon notára su presencia; al ruido de sus dentelladas le miró. La barba era fina, los ojos hermosos, noble la frente; el farol vecino le daba de lleno. En la actitud de la bestia que devora una presa, lamia su hueso hambrientamente, dejando oír cierto gruñido sordo de satisfaccion; el jóven se dijo que quizás aquel hombre habia sido algo en otro tiempo, y de peldaño en peldaño bajado hasta la mísera situacion en que se hallaba, embrutecido por el hambre y los sufrimientos; como el sábio de Calderon, comprendió que habia álguien más desgraciado que él... sacó de su bolsillo un billete de dos nacionales y se lo dió en silencio, alejándose á buen paso. Tomó á la ventura la primera calle, la de Tucuman, y trotó sin descanso hasta Callao; la ancha y hermosa avenida estaba desierta. Deslizándose como una sombra á lo largo del muro severo del colegio del Salvador, aterido de frio, devorado por la fiebre, continuó su marcha sin rumbo; necesitaba andar, andar siempre, andar mucho. Un reloj dió las diez. ¡Las diez! A las nueve se casaba Lu-

cía... ¡luego todo habia ya concluido, no habia ya remedio, no, nó! Se llevó la mano á los ojos, porque las lágrimas le cegaban. Y cediendo á un súbito arranque de desesperacion, echó á correr calle abajo, dobló por Cuyo, que recorrió en toda su extension hasta Florida, sin parar, y entró en esta última, yendo á detenerse jadeante frente á lo de Guerra. La fila de carruajes tomaba dos cuadras; la música tocaba alegres danzas, cuyo compás seguian los cocheros embozados, zapateando sobre la acera. Leon, á fin de no ser conocido, levantó el cuello de su sobretodo y tapó la boca con su pañuelo de seda. Miraba la casa, y la ola de su angustia crecia, crecia, amenazando ahogarle. Fué allí que le sorprendió José. El recuerdo de su madre, que le esperaba sobresaltada, no fué bastante á arrancarle á su insensatez. Contentóse con enviarle un banal recado, y quedó apoyado en el hueco de una puerta, como un ratero que espía. Un orfeon pasó tocando la Marsellesa; era la fiesta de los franceses. Leon le vió desfilár con curiosidad, mi-

rando los bordados estandartes, las bandas tricolores; una turba de pilluelos le precedía y otra le escoltaba. El reloj del Cabildo dió los tres cuartos de las diez, con ese sonar solemne de su campana. Hubo cierto movimiento en la puerta de Guerra: corrían los cocheros, los raros transeuntes se detenían con curiosidad; un pilluelo, rezagado de la comparsa, gritó:—¡La novia! Y Leon alcanzó á ver la figura blanca de Lucía desaparecer en el cupé, que arrancó incontinenti, bajando hácia Victoria. Sin saber lo que hacia, Leon lo siguió; habia ya perdido la noción de lo real: el dolor y la fiebre llenaron de sombras su pobre cabeza, y corría detrás de aquel coche como un demente, obedeciendo al poder desconocido que le arrastraba. Paró el cupé delante de la casa de la calle Piedras, y Leon, en la acera opuesta, vió bajar á la pareja y desaparecer en la iluminada escalera. Cuando la vaporosa silueta de Lucía se borró de sus ojos, sentóse en el umbral de una puerta, colocando sus brazos sobre sus rodillas y sobre ellos su frente abrasada. Como lu-

ciérnagas en la oscuridad, parecíale ver danzar en su cerebro estrellitas fosforescentes, que á veces tomaban un tinte encarnado y otras color de naranja. La lluvia menuda habia acabado por humedecer sus ropas; sentia en la nuca algo así como si le pasáran un garfio de hierro y en las sienes el martilleo de la sangre violentamente impulsada. Sufria, sufría. Quedó así largo rato; no se daba él cuenta de la duracion del tiempo. El ruido de un balcon que se abria le hizo levantar la cabeza, y volvió á ver el blanco fantasma que le perseguia; lanzóse al medio de la calle, elevando sus brazos... el balcon se cerró. Era un sueño, sin duda. Se alejó como un ébrio, llevado por el instinto de la querencia; sus piernas estaban flojas, la cabeza mareada. De la calle Piedras á su casa habia buen trecho ¿tendria fuerzas para llegar? No se veia un carruaje. En la esquina del Progreso álguien le reconoció y le detuvo. Era Pablo Perez, que se retiraba del baile temprano, porque tenía que madrugar. Sobresaltóse en extremo al notar el estado del pobre jóven; sus

palabras eran incoherentes y se quejaba como un niño á quien le duele algo. Le tomó del brazo y subió con él hasta Rivadavia lentamente; pasó un coche vacío. En él montaron los dos.

Cuando misia María, que velaba alarmada, sintió el ruido de un carruaje, tomó la lámpara y salió al patio, sin cuidarse del frío ni la lluvia; como Leon llevaba siempre llavin, no se echaba el cerrojo á la puerta hasta que él volvía, así es que cuando la anciana entró en el zaguán, la lámpara en alto, la puerta se abría, y pudo ver á su hijo en brazos casi de Pablo Perez. Misia María dió un grito desgarrador y se abalanzó al grupo.—¡Muerto! exclamó. Abandonó la lámpara en el suelo, abrazándose á su hijo, enloquecida por el dolor.—¡No, muerto nó! dijo Pablo Perez ¡por Dios, señora, no se alarme V.! Al ruido, habia salido Cruzita, asustada. Metiéronle dentro y le acostaron; su cuerpo estaba inerte; tenía los ojos entreabiertos, pero sin vida; no conoció á nadie. Pablo Perez salió en busca de médico, mientras la señora

ensayaba reanimarle con frotaciones de agua colonia y paños de éter; Cruzita, anoadada, lloraba apoyada en la columna de bronce de la cama, mientras el mulatillo José asomaba su cara afligida por la rendija de la puerta. A las dos vino el médico; le pulsó, hizo varias preguntas, escribió una receta y se marchó. No dijo lo que era, podía ser una pulmonía ó algo peor. Comenzó entónces para misia María esa via crucis que todas las madres están fatalmente condenadas á recorrer; sentada á la cabecera del lecho, sin comer, sin dormir, los ojos desencajados fijos en el querido enfermo, espiano con el corazon transido los progresos del mal, muda, sin fuerzas para exhalar una queja, viendo á la muerte eruirse implacable entre las blancas certinas. Como una sombra, Cruzita entraba y salia, inútil para todo, porque la pobre niña tenía un puñal clavado en el pecho. Cien veces al dia, acercábase en puntillas á hacer la eterna pregunta:—¿Cómo sigue? Sacudia su triste cabeza, mirando al enfermo con ternura. Todas las noches era una lu-

cha entre ella y la señora; ¿por qué no se recostaba un momento? aquello concluiría por hacerla daño; ¿y si caía también enferma? Misia María inclinaba la cabeza con resignación, pero se obstinaba en no abandonar su puesto. Y las dos, sentadas la una frente á la otra, permanecían en vela toda la noche, en el cuarto silencioso, que la triste luz de la lamparilla alumbraba, sin cambiar una palabra, ensimismadas. Siempre quedaba un hombre á acompañarlas; cuando no era Pablo Perez, sus hermanos, que rivalizaban en buena voluntad por cumplir este amistoso deber, ó algún compañero de estudios de Leon; el mulatillo José, que adoraba al niño, no se movía del cuarto, echado á los piés de la cama, como un perro fiel. Pasaron así largos días y noches que parecían eternas; la fiebre, intensa al principio, empezó á declinar, con tal lentitud, que apenas se notaba la mejoría. En sus momentos de delirio, creíase el jóven perseguido por un fantasma blanco; llevando las manos al corazón, como si realmente sintiera en él agudo dolor, grita-

ba que allí le había clavado sus uñas.

Era esta su eterna pesadilla. El nombre de Lucía brotaba de sus labios, á veces como un suspiro, á veces como una maldición; ora llamábala desesperado, ora pedíala que se alejara. A misia María costábale contenerle cuando, los ojos hechos áscuas, las manos crispadas, demandaba favor contra su perseguidor, que tanto daño le hacía allí, en el pecho, escarbándole con sus uñas implacables.—Hijo mio, decia la señora; si soy yo, ¿no me conoces? Canturriábale como á los niños para que se durmiera, palmoteándole suavemente en la espalda, con ligero balanceo, moviendo el pié como si hamacára una cuna. ¡Qué noches de insomnio, qué sustos, qué angustias! El médico venía siempre á la misma hora, de prisa, como si temiera perder el tren, y luego de ligera auscultacion, se marchaba, dejando marcado el régimen á seguir; hasta el patio acompañábanle las dos mujeres, moliéndole á preguntas:—¿Hay novedad, doctor? ¿Corre todavía peligro? ¿Crée V., doctor, que no sobrevendrá alguna compli-

cacion? Él las tranquilizaba explicándoles científicamente la enfermedad, dejando caer con suficiencia algun término técnico sazonado con un latinajo, y despues de un saludo académico, salia á tomar su coche, sin perder un instante la correccion y gravedad de su persona. Pasaron así hasta Agosto, en una intranquilidad de todos los momentos, porque á veces la fiebre se hacía tan intensa, que parecia imposible dominarla; entónces comenzaban las carreras á casa del médico, que nunca se le encontraba, el gemir de las señoras y el bregar de Pablo Perez para sujetar al pobre enfermo, desesperado por arrojarse del lecho, huyendo del fantasma blanco.

Felizmente, la mejoría se acentuó en los primeros dias de Agosto; pudo al fin dormir tranquilo. Pero ni misia María ni Cruzita abandonaron por eso su cabecera; fué señalado dia de fiesta para la pobre señora aquel en que Leon, reclinado sobre las almohadas, la saludó sonriendo, cambiando con ella algunas palabras. Estaba tan débil, que el hablar le fatigaba; misia María,

comiéndosele á besos, le ordenó el silencio, pero él, se empeñaba en conversár; dió alegremente los buenos dias á Cruzita, que mostraba su lindo rostro iluminado por angelical regocijo, y llamó á José, que acudió solícito á besarle la mano. Sobre su pupitre habia un cuadro de la Vírgen del Cármen y una palmatoria con primorosa vela de cera encendida; él preguntó qué significaba aquello.—¡Es la Vírgen que te ha salvado, hijo mio! exclamó misia María. Cruzita abrió los postigos de la ventana; era un dia muy triste, lluvioso, de mucho viento; la glicina, sin hojas y sin flores, dejaba ver su desnudo esqueleto; las plantas todas del patio se doblegaban bajo el vendabal. León paseaba sus ojos curiosos por todas partes, haciendo preguntas sobre su enfermedad: ¿hacía mucho tiempo? ¡Cuánto susto habrían pasado! Envolvías á ambas en la misma mirada cariñosa; muy delgado estaba y descolorido; la barba crecida le daba el aspecto de un Cristo yacente. Misia María le arropaba bien, recomendándole el silencio; despues charlaria todo lo que quisiera. Ce-

cilia Perez , la hermana de Pablo, una joven hermosa que no habia querido casarse, pues estos raros ejemplares se encuentran, por haber perdido su novio tísico, decian, entró en el cuarto, ya enterada de la buena nueva, con su sonrisa de ángel sobre los labios. Era la amiga íntima de Cruzita, de escuela y de corazon , y en los tristes dias que habian pasado prestó su contingente de abnegacion, velando como una hermana; misia María la adoraba. Saludó alegremente al enfermo, llamándole miedoso, flojonazo y aprensivo; traia un ramo de flores, que colocó delante de la imágen, volviéndose para decir á Leon que si de aquella vez no quedaba convertido, le proclamaria el ateo más malo y más remalo que existia, pues la santa Vírgen le habia curado. Como ama de casa, arreó con todos los frascos de bebidas y potes de unguento que sobre la mesa de noche se veian, diciendo que aquello ya no se necesitaba y que cuando viniera el médico se le haria la cruz por antipático y por ignorante; misia María se reia y Cruzita le ayudaba en la limpieza. Desde

que ella entró, había caído Leon en un sombrío silencio, y todo el rato que la vivaracha jóven estuvo en el cuarto, no habló una sílaba. En una de las salidas de Cecilia, cargada de potingues, exclamó Leon. —¡No quiero ver á esa mujer; que se vaya, que se vaya! Misia María se quedó alelada. ¿Por qué, si era una excelente amiga, que le había velado como á un hermano, que era como de la familia?—¡Que se vaya, que se vaya! repitió Leon aferrado á su idea. La presencia de la jóven le había recordado á su hermano, el ahijado de D. Javier, y este nombre el nombre fatal de Lucía. Con esto recargó la fiebre y se dudó de la mejoría. Pero la Virgen del Cármen, como decia Cecilia, tenía dispuesto lo contrario.

La convalecencia fué larga. Apoyado en el brazo de Cruzita ó de su madre, daba Leon sus paseos por el cuarto, arrastrando los piés, torpe é indeciso en los pasos, burlándose de su debilidad; en los dias de sol salia al patio, y se entretenía en ver á Cruzita arreglar sus flores; hasta la ayudaba á

despojarlas de las hojas secas ó de las ramas muertas, riendo á carcajadas cuando se veía expuesto á perder el equilibrio; se comparaba á un viejo inválido, á quien permiten salir del asilo á tomar el sol. No había que abusar de estas salidas, por lo que, generalmente, lo pasaba sentado en una butaca, cubierto con abrigada manta, frente al retrato de su padre, su censor, su guía, porque para Leon aquellos ojos miraban y hablaban aquellos labios, y muchas veces habíase imaginado ver desprenderse del marco la figura y andar en el cuarto, escuchando su reproche ó su consejo. Cruzita no le abandonaba, y su mayor placer, que no sabía disimular, era estar al lado del enfermo, atendiendo á sus menores deseos, contándole tonterías para distraerle ó leyéndole algún párrafo de sus libros favoritos; la alegría encendía los colores de sus mejillas, y estaba tan bella, que Leon regocijábese con verla y sentía renacer sus fuerzas, como planta marchita al riego vivificante. Misia María le preparaba sus comidas, el pollito asado, el blando filete á la

parrilla, el caldo color de oro, *capaz de resucitar á un muerto*. Haciendo la criada más encantadora que imaginarse pueda, Cruzita le servía; el hermoso brazo arregado, cortaba la carne en menudos pedacitos y se los ponía en la boca con el tenedor, para que no se desabrigára las manos. Los dos se reían de aquellas niñerías, y las horas volaban sin sentir, como las horas felices. De lo pasado no se hablaba, y ninguna alusion indiscreta vino á turbar la tranquilidad que habia sucedido á los malos dias.

Todo era alegría en la casa; hasta el canario tomaba parte en la fiesta, cantando en su jaula dorada. El mulatillo José, libre de trabas, jugaba al barrilete en la azotea, á los cobres en la esquina, y con toda la desvergüenza que le caracterizaba, daba vueltas de carnero en el patio, delante de la ventana, para que el *niño* se riera. Leon le habia dado unos pesos para que los guardára en su alcancía, que bajo siete llaves la tenía, y andaba por esto como unas pascuas; decia que aquellos ahorros le servi-

rian para estudiar y hacerse diputado, que era lo que ménos ambicionaba. Con sus gracejos divertíanse grandemente todos, y por las noches, en el cuarto del convaleciente, gustaban de oírle; era tan despierto y sus labios gruesos se plegaban en una mueca tan picaresca al relatar sus travesuras...

Un domingo habian salido misia María y Cruzita, por la primera vez, á oír en San Telmo la misa de accion de gracias que tenían encomendada por la milagrosa curacion del enfermo. Cruzita habia prometido oírla toda de rodillas... Salieron muy temprano, dejando á Leon sentado ya en su butaca, con el mulatillo á sus piés, para que le atendiera. Veinte veces se volvió la señora de la puerta, repitiendo sus recomendaciones: que no se abriera la ventana, ni tomára agua fria, que no olvidáran de echar carbon á la chimenea, y sobre todo, mucha formalidad. Leon estaba triste aquel dia; á medida que la salud fortalecía su cuerpo, su espíritu se abatía, los recuerdos le perseguían, de su amor desconocido, de

sus sueños de felicidad deshechos, y veía negro su porvenir, como la sombría faja de horizonte que anuncia la tempestad. Pidió diarios; hacía un siglo que no leía una línea, y nada sabía de política ni de novedades, él que siempre estaba al cabo de todo. José le trajo los de la mañana, húmedo todavía el papel, con ese agradable olor á tinta fresca que tanto lisongea el olfato de los buenos lectores. Leon lo desplegó con negligencia; los artículos de fondo no le llamaron la atención, ni las noticias judiciales, ni la gacetilla, ni el folletín; escondida en la última columna había una insulsa crónica de salón, en la que el nombre de Guerra saltó á los ojos del jóven, llenándole de dolorosa turbación. Hablaba de un baile y apuntaba entre los concurrentes *á la hasta ayer señorita de Guerra y hoy señora de Cantillac, más bella que nunca...* Leon dejó el diario, temblando. Y volvió á caer en las garras del fantasma blanco, y á sentir sus uñas implacables en la herida de su pobre corazón.

VIII.

Tenía Lucía demasiado orgullo para confesar que era desgraciada en su nuevo estado. Y lo era, profundamente, sin remedio; encadenada á un hombre que no quería, más aún, que despreciaba, fuéle preciso buscar en las fiestas y el lujo lo que su vacío hogar le negaba. Por fortuna, no era mujer de su casa, como la madre de Leon había dicho, y no la fué difícil hallar la compensacion de su desengaño doméstico, tan bruscamente producido y en tan especiales circunstancias. De aquella horrible escena de su noche de bodas no dejó traslucir nada, ni aun á su madre reveló el triste secreto que guardaba; su actitud de lán-

guida indiferencia no se alteró, y cuando se la vió por primera vez en público, todos notaron su aire tranquilo de felicidad satisfecha.

Pero era en su casa, donde habia que entrar, cuando estaban solos, y la amable sonrisa con que se habia despedido al último íntimo no disimulaba ya el disgusto asomado al semblante: apénas se hablaban, y evitaban mirarse de frente, Lucía por desdén, Cantillac por vergüenza. Porque Cantillac habia tratado de hacerse perdonar su falta, una vez vuelto en su acuerdo y dándose cuenta de su gravedad, pero sin conseguirlo; llamaba á un corazon que no tenía eco. No perdió por eso su correcto continente y se hizo más amable, más insinuante para su mujer, que tan odiosamente habia ultrajado; el resultado era el mismo, porque el demonio del vino le subyugaba de tal manera que, á pesar de sus esfuerzos, caia de nuevo en su abyeccion, haciendo el mal irreparable y toda reconciliacion imposible. Sus borracheras eran periódicas; generalmente, el dia que Lucía le veia entrar

preocupado, á la hora de comer, se daba por seguro que el sacrificio á Baco se consumaria á los postres. En la mesa se hablaba muy poco, toda la conversacion quedaba reducida á preguntas banales y respuestas distraidas: ¿habia estado la señora de Guerra? ¿no sentia mucho frio? ¿se le habia pasado el dolor de cabeza? Sí ó no. Se oia solo el chocar de los platos y el gorgorito del vaso de Cantillac, nunca vacío; el criado, de frac y guante blanco, rígido é inmóvil, parecia una figura de cera. Pronto la cabeza de Cantillac se mareaba, y concluia por dar con ella sobre la mesa. Lucía, impasible, hacía una seña al criado para que acompañára á su señor á la alcoba, é iba á tomar el café en su tocador, donde pasaba una hora, distraida, con la taza delante, mirando los dibujos de la alfombra. A las nueve, se envolvia en su rico abrigo de pieles y con el sombrero de Paris recibido por el último vapor, subia al cupé que la esperaba y se iba á casa de su madre, donde quedaba hasta las doce. Louis-Hèctor, como ella le llamaba, estaba tan ocu-

pado de sus números y tan metido dentro de sus libros comerciales, que no había medio de sacarle de allí, y ella se aburría. Venturita decía que estaba claro, ¿por qué se había de quedar encerrada? Si el marido tenía que trabajar de noche en su despacho, *que con su pan se lo coma*; ella no se había casado para ayudarle en sus cuentas. Y si en los primeros días no lo hizo, más tarde fué al teatro con su madre, la acompañára ó no Cantillac, como cuando soltera. Las noches que no sucumbía el baron á su desgraciado vicio, llegaba á las tantas del club; una vez, á eso de las tres de la mañana, se encontraron marido y mujer en la puerta, á tiempo de entrar. Naturalmente, Lucía no estaba sola, que la acompañaba Manolo, pero ni se pidieron ni se dieron explicaciones. Y como las causas del despego de uno y otro eran irremediables, de Cantillac por sus vicios, de Lucía por su indiferencia, casi nunca se les veía juntos. Porque, fracasado el primer propósito de reconciliación y convencidos ambos que sus voluntades no se prestaban á la soldadura íntima

que solo el amor es capaz de efectuar, cada cual se replegó en sí mismo, abandonándose á sus gustos, preocupados tan solo de guardar las apariencias. No hubo cambio de reproches ni fórmulas de exigencias, y los dos cuidaron de no dar pié á esas escenas deplorables de que es frecuente teatro el hogar de los mal casados, dando pasto á la maligna murmuracion de los criados. Eran algo así como dos amigos que se temen y se respetan, ó que por lo ménos las circunstancias obligan á aparentarlo, condenados por las necesidades de la vida á estar bajo un mismo techo. A nadie ménos que á Cantillac, que era el culpable, convenía dar más tirantez á la situacion, y por eso se le veia echar mano de todos sus recursos de hombre educado y de fino diplomático, para mantener el equilibrio.

Lucía recibia los viernes, porque no hay nada más *high life* que esto de tener dia señalado para quedarse en casa. Era la misma sociedad de su madre, las de Ramirez, la familia del senador D. Pantaleon, la del señor Mesnil, la de D. Ambrosio... Se bos-

tezaba hasta las once, charlando banalidades. Todos, al principio, extrañaron la ausencia de Cantillac, que apenas se dejaba ver en su salon, pero era tan tranquilo é ingénuo el aire de Lucía al disculparle por sus múltiples ocupaciones, que nadie dudó que el baron, aunque rico, era un obrero infatigable. Solo la de Ramirez sonreia con sorna, mirando con insistencia á Lucía, que no pestañeaba. No se jugaba en estas reuniones, y muy raras personas concurrían á ellas, prefiriendo hacerse presentes en el dia que ir á dormirse en aquel *velorio*, como decia Manolo. Noche se dió de encontrarse en el salon solo Venturita y Amalia, que eran infaltables, naturalmente. Estas eran las veces que Lucía se mostraba algo inquieta, inventando pretextos para retener á su madre en el salon, lo que le costaba gran trabajo, pues la señora era andariega y gustaba de meter la nariz en todos los rincones. Bien se conocia que ella no estaba allí, porque todo andaba patas arriba; en su casa, sin tanta farsa de sirviente de frac, *mucama* de bonete y co-

cinero de gorro, era el servicio inmejorable y más fácil de manejar, porque á uno de estos tipos, que vienen muertos de hambre y se llenan de pretensiones apénas pisan tierra argentina, no se les puede reprender, no señor, porque al punto se insolentan y no hay más remedio que plantarlos en la calle, mientras que á un mulatillo se le enseña con un coscorrón á tiempo.—Pero mamá, decia Lucía, si es Louis-Hèctor quien ha puesto criados extranjeros; además, ya sabes que á mí no me dá por ahí! Ni tanto ni tan poco, porque si no es cosa de que *una* esté metida en la cocina, no se debe dejar que el diablo se lo lleve todo; solo que ella era tan así, con esa sangre de pato que Dios le habia dado...

No perdonaba Venturita á Lucía aquella extremada reserva que con ella guardaba. Diariamente le hacia insinuaciones sobre su marido, que eran recibidas con frialdad. No, allí habia un misterio. ¡Cómo! Al mes de casados ya andaba cada uno por su lado, se hablaban casi de usted, tratán-

dose de una manera como si fueran visitas y no dueños de casa! ¿Por qué el baron, como ella se complacia en llamar á su yerno, no se presentaba nunca en su salon los viernes, como era su deber? ¡No, que fuera á hacer eso Javier, y ya tenía para rato! ¿A que era á causa de alguna riña que habian tenido por cualquier tontería? Seguro. Y recomenzaba sus consejos. Que no se dejára dominar: si grita él, gritar más fuerte y no olvidar de quedarse con la última palabra, que es el gran recurso. Por lo demás, hacia perfectamente en divertirse, porque hay tiempo para encerrarse en su casa: ¡despues vienen los hijos, que tanto cuestan! Por ejemplo, Manolo, que era la jaqueca de su padre y se empeñaba en sacarle á ella canas... habia pasado tres dias preso en la policía, á causa de un *bochinche* en un café. D. Pantaleon lo supo por su hijo, no sabia cómo, y por teléfono se lo trasmitió á D. Javier, que anduvo de Herodes á Pilatos para ver de sacarle, visitando á este, á aquel, al ministro, al jefe de policía, á medio mundo, consiguiéndolo al fin;

cuando Manolo apareció en su casa, daba compasion: roto, hambriento y con fiebre ¡pobrecito! el día ántes habia perdido mil pesos en el club, y claro, á la madre le vino con la embajada de que intercediera con el *viejo* para poder pagarlos; pero toda la culpa la tenía Pepe Gomez y los otros mocosos que lo aconsejaban.

Los viernes, en casa de Lucía; los martes, en la suya propia, pues tambien tenía día de recibo, y todas las veces, que eran muchas, que se encontraba con su hija, no salia de este tema, machacando sobre aquello que le reservaba sus cosas, cuando una madre debe enterarse de todo. Las niñas no saben lo que se pescan en esta clase de asuntos, porque el marido es un pájaro de cuenta, al que hay que atar corto. A que no se habia fijado siquiera si Cantillac entraba ó no tarde, si recibia visitas ó cartas con letra de mujer, si las escribia, mandándolas por el correo urbano y no por el criado? ¿tenía amigo íntimo? Hay que desconfiar del amigo íntimo, porque es el enemigo declarado de la esposa, el que lleva y trae los

chismes, dá peores consejos y encubre las trapisondas del marido. Con acento profético decía que no olvidára que aquel casamiento se lo habia aconsejado por su propio bien, y culpa de ella sería si no era feliz. Lucía callaba.

¡Espiarle! ¿Para qué? Con tal que la dejára libre, muy poco le importaba á ella lo que hiciera. Le veia entrar y salir, más tarde ó más temprano, sin parar mientes, porque Cantillac se le figuraba un simple huésped en la casa. Además, habíale tomado tal aprension, que se ponía mala de verle acercar. Que estuviera siempre en la calle, léjos de su vista; sus pasos en la escalera la hacian estremecer, y cuando aparecia en la puerta, cerraba los ojos, pues le veia como la noche fatal de su boda. Luégo era un sobresalto contínuo de estar así expuesta á un nuevo ultraje, como tambien de que, no solo su familia, sino el público, se apercibieran de la verdad de su situacion. Felizmente, el baron no habia llegado nunca en mal estado á su casa, prueba que cuidaba en lo posible de su reputacion. Luchaba,

quizá, con el mónstruo sin lograr vencerle, y solo sucumbia cuando las fuerzas le faltaban; pero siempre en la soledad de su hogar, léjos de toda mirada. Y no podia evitar la de su mujer, la más temible de todas, porque el mónstruo era más poderoso que él.

Fuera de las horas de Bolsa, Cantillac pasaba el dia en su despacho. Para llegar á este despacho era preciso atravesar la sala, á la que daba una puerta, abriendo otra en el tocador de Lucía; incómodo, pero el arquitecto así lo habia hecho. La puerta que caia al tocador estaba cubierta de espesas cortinas, y para mayor seguridad se hablaba siempre bajo en el despacho. Sentado en su poltrona, delante del escritorio de cedro, rodeado de libros y papelotes, Cantillac trabajaba. Muy pocos iban á incomodarle. Quien llegaba casi todos los dias era un hombrecito de malas trazas, marsellés por el acento, afeitado como un cura, oliendo á tabaco negro; el criado lo anunciaba por *el señor Martin*. Este señor Martin entraba en puntillas, atravesaba la

sala, mirando de reojo como si algo temiera, y daba dos golpecitos en la puerta del despacho.—*¡Entrez!* decia la voz algo apagada de Cantillac. El señor Martin obedecia, y sin saludarse, mientras él ocupaba un asiento, el baron iba á la puerta del tocador, tendia el oido y plegaba con cuidado las cortinas, de modo que apagarán todo éco. Luégo comenzaba un coloquio, del que solo se oia el rumor; Cantillac, á veces, escuchaba preocupado, otras, con visible regocijo. Con su lápiz de oro trazaba números sobre una hoja de papel ó en la cubierta de un libro, y despues de intrincada operacion los mostraba al otro, que aprobaba con la cabeza ó hacia sus objeciones, estirando los lábios en forma de trompa, lo que le daba el aspecto de un murciélago. Los dos discutian largo rato: Cantillac amenazaba, el señor Martin se erguia, y su cara lustrosa y amarillenta se coloreaba ligeramente en los pómulos. Pero nunca se separaban sin un apretón de manos, satisfechos ambos; rara vez el señor Martin entraba ó salia sin su cartera de cuero negro, mugrienta, liada en

su pañuelo á cuadros, bien repleta de billetes, que eran contados uno á uno con precaucion, ó de acciones de Banco y pagarés.

Cuando el hombrecito no venía, el baron andaba de mal gesto; el timbre de su despacho llamaba al criado minuto trás minuto.—¿No ha llegado el señor Martin? Y quedaba al fin tranquilo, cuando oia sonar ios dos golpes con que se anunciaba. Cartas venian muchas y de todas procedencias; el criado las colocaba en una bandeja sobre el escritorio, y eran abiertas por el baron después del almuerzo, mientras saboreaba el moka. Cuando él estaba en su despacho, tenía dada la órden de que no se le incomodára; así es que podia dedicarse á contestarlas tranquilamente, respuestas que no se ponian bajo sobre sino despues de secreta consulta con el señor Martin.

Un dia, llegó este más temprano que de costumbre. Cantillac almorzaba, y el criado no quiso dejarle pasar; pero el extraño visitante le apartó con arrogancia y se dirigió al comedor, guiado, sin duda, por su fino olfato de hombre en ayunas. *Bon jour*, dijo

asomando la cabeza por entre la colgadura. Lucía, rígida en su silla, le miró con extrañeza; Cantillac palideció, y levantándose al punto, salió precipitadamente, no sin pedir ántes disculpa á su mujer. Ya en el despacho, los dos hombres se miraron, y sin cambiar palabra, el señor Martin sacó un periódico doblado, que el baron recibió con sorpresa. Lo abrió, le dió cuatro vueltas, recorrió sus columnas y volvió á mirar al señor Martin, como quien no comprende. Este le señaló un suelto, la lista de pasajeros llegados por el vapor de Marsella; ávidamente, el baron leyó, y este nombre hizole crisar sus manos: Aline Duval.—*¡Aline ici!* exclamó. Cayó en la poltrona, como sin sentido. El hombrecito callaba. Cantillac se dirigió á él con la cara descompuesta; daba puñetazos sobre el escritorio. Luégo comenzó á pasear, gesticulando; se detenía, metía las manos por la cara al señor Martin, que le contestaba tranquilamente, tratando de poner órden en sus ideas. Cruzado de brazos, se plantaba el baron enfrente de él, mientras formulaba una pregunta, que le salía

con un ronquido de la garganta; el señor Martin estiraba su trompa, como diciendo:—No sé qué contestar á V. Cantillac estaba completamente demudado; volvió á dejarse caer en la poltrona, la cabeza abatida, los brazos colgando. El señor Martin tomó entónces la palabra, y el diálogo recomenzó en un tiroteo de preguntas y respuestas, en el que el misterioso nombre de Aline saltaba como chispa, haciendo estremecer á Cantillac. El criado se presentó con el servicio de café, y fué despedido con un gesto brusco. A la una salió el hombrecito del despacho, con un paso precipitado que no acostumbraba, y volvió á las tres, saliendo de nuevo á las cinco, para retornar á las seis. Entre tanto, el baron no se habia movido del despacho; cada vez que la puerta se abria dando paso al señor Martin, le interrogaba con una mirada ansiosa. Las noticias debian ser de más en más desconsoladoras, porque el rostro del baron se oscurecia mientras el señor Martin explicaba el resultado de su comision. El puño crispado sobre la frente, ré-

flexionaba; el hombrecito, dando vueltas á su vieja cartera de cuero, parecia decirle: —Su situacion es muy difícil, y no veo la manera de salir de ella; pero ya sabe V. que estoy á sus órdenes. Cuando á las cinco salió el señor Martin, llevaba en su cartera un legajo de billetes, que el baron le entregó con su última recomendacion; daban las seis, brillaba el gas en el despacho y Cantillac se paseaba, echando ojeadas de impaciencia á la puerta de la sala y al balcon, donde se acercaba á mirar levantando la cortinilla. Se oyeron los dos golpecitos, y el señor Martin se deslizó en la pieza; no necesitó Cantillac hacerle preguntas, porque su cara de murciélago, aquel estiramiento de lábios que revelaba un nuevo fracaso, se lo dijo todo.—¡Nada! exclamó el baron.—¡Nada! contestó el señor Martin.—¿Tampoco esto?—Ni esto ni lo otro. Se sentaron; el señor Martin fué colocando sobre el escritorio los billetes que llevara, contándolos prolijamente; observaba de soslayo á Cantillac, y mojado el índice con la punta de la lengua, cogia el billete con este y el

pulgar, sacudiéndolo en el aire. Ninguno de los dos pronunció una palabra durante largo rato; al fin, con una manotada sobre el brazo de la poltrona, exclamó Cantillac sordamente:—Esto no puede ser; hay que inventar un medio para alejar á Aline; su permanencia en Buenos Aires es un peligro para mí, para los dos, porque todo se perdería el día que ella descubriera dónde vivo... y lo descubrirá, si se empeña; su llegada es un reto y una amenaza. Vuelva V. mañana á las diez. Salió el señor Martin con su paso felino, mientras el baron desplomaba su cabeza sobre el escritorio, desesperado.

No comió. A las seis y media vino el criado á anunciar que la comida estaba servida; él dijo que no tenía gana, que trajera la botella del cognac y dijera de su parte á la señora que estaba muy ocupado y no iría á la mesa. Al recibir este mensaje, Lucía estaba en su tocador, el sombrero puesto aún, de vuelta de casa de su madre. Ensayando desprender el alfiler de oro que lo sujetaba, sonreía al recuerdo de lo que le había con-

tado Amalia, con quien anduvo de compras aquel dia. ¡Pobre Pepe Gomez! ¡qué *bolsazo!* En francés la hizo la declaracion, ó mejor dicho, en aquella jerga especial que trajo de Paris, junto con el jaquet de faldones recortados y el capote de cochero, aquel largo sobretodo grís á cuadros, gusto inglés, con unos botones de á libra. Contada la escena por Amalia Ramirez, habia que reir. ¡Qué cara debió poner, cuando la otra le largó á las narices aquel *No musiu*, que ni trasplantado del bulevar!—De todos modos ha hecho mal, pensaba Lucía, porque Pepe era al fin un *festejante* que se le tenía á la mano, y Pablo Perez, en quien ella espera, me parece que es duro de pelar. ¿Qué hay? preguntó volviéndose al criado que tocaba á la puerta.—Está bien, contestó despues de recibir el recado. ¡Comer sola! Aunque diariamente lo hacia, porque la presencia de su marido significaba muy poco para ella... Tocó el timbre.—¿Se ha ido el coche?—Espera las órdenes de la señora.—Perfectamente. Prendió de nuevo su sombrero, dijo al criado que no comia en casa, bajó y se

metió en el cupé, encaminándose á lo de su madre.

Cuando Lucía volvió á las diez y media, ardía aún el gas en el despacho de su marido, lo que encontró muy raro, porque nunca trabajaba hasta tan tarde; quizá los criados habían olvidado cerrar la llave. Empujó la puerta con cuidado... Cantillac dormía su borrachera, de bruces sobre el escritorio, delante de la botella y la copa vacías...

Pasaron ocho días. La conducta del baron era tan extraña, que su mujer no pudo dejar de notarlo: los conciliábulos con el señor Martin duraban horas enteras, después de los cuales parecía Cantillac más preocupado; comía muy poco, pero en cambio bebía mucho, como hasta entonces lo había hecho: era una borrachera de todas las noches, sin disimulo, descarada. Sus relaciones con Lucía se habían enfriado, hasta el punto que ya no se hablaban; Cantillac, siempre educado, olvidaba su papel, dominado por una idea fija, que, solo envuelta en los vapores del vino se desvanecía.

Como no habia dicho lo demás, Lucía calló á su madre esta nueva faz de su triste vida de casada. Quería evitar á todo trance un rompimiento, que la ponía en ridículo y relegaba á una poca airosa situacion en la sociedad. No lloraba, porque Lucía era mujer que no sabía llorar, ni tampoco sentíase afectada por el terrible desengaño que diera por resultado el error de su madre y el suyo, porque el baile, el paseo, el teatro y los trajes resarcian ámpliamente sus quebraderos de cabeza, si algunos podia tener: su temor era quedar en descubierto ante su familia y en ridículo ante el público, y todos sus esfuerzos se dirigian á ocultarlo todo; que nadie lo supiera y ella viviria tranquila.

Sin embargo, era tan extraña la actitud de su marido, que llegó á pensar que algun misterio rodeaba á aquel hombre. Y recordó los consejos de su madre; ¿tenía amigo íntimo? ¿recibia cartas? Las visitas del señor Martín, tan frecuentes, hacían presumir que era por lo ménos un viejo conocido; cartas llegaban muchas, pero á ella

nunca se le habia ocurrido fijarse en ellas; ¿qué le importaba si traian letra de mujer ó no? Sin embargo, no era natural que ella estuviese así á oscuras... ¡Costaba tan poco! Dedicóse entónces á espiar la llegada del cartero, pero nunca pudo conseguir apoderarse de ninguna; del cartero pasaban á manos del criado y de éste á las de Cantillac, que apénas salia, encerrado en su despacho. Un dia, entre tanto, que ella subia, tropezó con el cartero en la escalera.—¿El señor de Cantillac? Déme V. Subió con la carta dentro de su manguito y cerró con llave la puerta de su tocador; indudablemente, era letra de mujer: muy gruesos los trazos, desiguales, las mayúsculas con mucho rasgueo y los rabos retorcidos, el sobre pequeñito, color almendra, con el cierre á un lado, un gatito y una mariposa en relieve, de sello. Lucía la abrió, y tropezó con una grave dificultad: estaba escrita en francés; ¿cómo enterarse de lo que decia? Su conocimiento del idioma era tan pobre, á pesar de sus estudios... Una cosa pudo notar: que si en el sobre venía el nombre de Cantillac,

la carta empezaba así: Monsieur Jean Duval.—¡Jean Duval! murmuró Lucía; ¿qué significa esto? Con precaucion, abrió la puerta del despacho, despues de aplicar el oido y cerciorarse de que no se sentia ruido; su marido no estaba, y en la percha en que acostumbraba colgar su sombrero, no se veia éste; ¿habria salido? Llamó y preguntó al criado. Hacía una hora que el baron saliera. Tranquila, fué á la biblioteca y buscó el diccionario; sentóse delante del pupitre y comenzó la ruda tarea de descifrar aquella charada; habia palabras que no podia leer, á causa de la endiablada forma de la letra, otras que no hallaba en el diccionario, y todo era hojear el libro y borropear el papel, sin resultado; las frases salian truncadas ó convertidas en garráfal desatino... ¡Bien dice la vieja experiencia, que es bueno saber de todo en la vida! Por último, despues de mucho buscar y borrar, llegó á construir este párrafo: *Monsieur Jean Duval: he descubierto su casa, donde oculta su perfidia, despues de haber hecho víctima á una honorable familia, que...* No pudo tradu-

cir más, no solo porque las dificultades crecían, sino porque su vista se nubló al darse cuenta del párrafo malamente descifrado; ¿qué quería decir aquella carta? ¿No se habría ella equivocado? Vió la firma: *Aline Duval*. Recordó que la hija de Madame Félix se llamaba Aline; luego era nombre de mujer.

Aquel viernes no se habia presentado ninguna visita. Libre de esta traba, Lucía decidió esperar á su marido en su tocador, la carta acusadora entre sus manos. Porque creyó llegado el momento de tener una explicacion, pues lo que habia logrado traducir traíala tan confusa que, á pesar de su indolencia, se sentía preocupada á un grado extremo. ¿Quién era aquella mujer que escribia á Cantillac, amenazándole con haber descubierto su morada y acusándole de engañar á una familia honorable? ¿Esta familia seria acaso la suya? ¿En qué podia haberla engañado Cantillac? ¿Qué significaban aquellos dos nombres de Duval y Cantillac, aplicados á su marido? Tenía la joven tan poca malicia, que todo esto impor-

taba para ella un pavoroso problema. Más de una vez estuvo á punto de correr á casa de su madre y pedirle consejo, pero no se atrevió. Eran las cinco y media; la pieza estaba casi á oscuras. Lucía temblaba á cada golpe de puerta que oía; ¿qué iba á decirle á su marido? Si se hubiera tratado de una simple carta de amor... pero el honor de su familia estaba por medio, puesto que se decia haber sido engañada. Esto es lo que no comprendía Lucía. Su cabecita no estaba hecha á discutir temas tan graves, y se embrollaba y hasta creia soñar. Únicamente, una idea se mostraba clara: que tenía que hablar con su marido, á todo trance. Escuchó pasos en el despacho y su corazon dió un campanazo; ¿habria llegado? En puntillas, se acercó á la puerta y miró por la cerradura. Sí, estaba sentado delante de su pupitre, la frente sobre sus manos; el criado encendia el gas. Esperó á que estuviera solo; ella tenía su plan de ataque formado, que consistia en presentarse, llamándole por aquel nombre de Duval que le daba la carta. Él mismo quedaba entónces encar-

gado de desmentir ó acreditar la asercion de la misteriosa mujer que escribia, segun el mayor ó menor efecto que aquel nombre le hiciera. Llamando, pues, á sí todo valor, abrió la puerta...—¿Monsieur Duval? dijo entreabriendo la cortina. Un rayo que cae, una bomba que estalla, uua casa que se derrumba delante del distraido paseante, no produce el efecto que produjo aquel nombre en Cantillac. Despavorido, se levantó y se volvió trémulo. Al verle, Lucía retrocedió, porque tuvo miedo.—¿Señora! dijo el baron. La jóven se repuso, y adelantando, mostró la carta á su marido.—Caballero, dijo, ha llegado esta carta, la he leído, y espero de V. una explicacion. Cantillac fué á tomarla, pero ella la retiró.—Esta carta, repuso, dá á V. un nombre, el de Duval, que yo no le conocia; le acusa de haber engañado á una familia, y de ocultar su perfidia en esta casa. Se sentó, porque las piernas le temblaban, á pesar de la entereza que queria mostrar. El baron no contestó; pálido, miraba á su mujer. Hubo un silencio. Al cabo de un rato, vuelto en

sí, dijo Cantillac inclinándose delante de ella:

—Me pide V. explicaciones, señora, perfectamente, las tendrá V.; hélas aquí.

Tanto ó más que ella sentia lo que pasaba, porque comprendia cuánto mal pensamiento debió hacer nacer en su mente el malhadado escrito. ¿Quién lo firmaba? ¿Aline Duval? Si? Pues aquello era simplemente lo que iba á tener el honor de decirle: Aline Duval era una jóven de la Turena, su patria, que él habia engañado bajo el falso nombre de Jean Duval; ¡se hacen tantas tonterías cuando uno es jóven! Entónces las faltas de este género se consideran aventuras de fortuna y parecen no revestir la gravedad que en sí tienen; Aline era bella, él jóven... una vulgarísima historia, como veia bien. La abandonó, y desde entónces no cesó de recibir cartas, suplicantes unas, amenazadoras otras... Aquélla que acababa de llegar era indudablemente una de éstas... Mientras hacía esta declaracion estaba tan sereno, la cabeza inclinada como un culpable que espera su per-

don... Y con una inflexion particular de voz, añadía que nunca habia creido necesario hablarle de aquellas cosas, porque era historia antigua: los hechos de soltero quedan á la espalda del marido, pero sin cargar con ellos. No estaba aquello muy claro, pero bien ó mal urdido, cierto ó no, estaba. Lucía tan confusa, que no acertaba á decir nada; habia dado un paso en falso. No se le ocurrió objetar que la carta era datada en Buenos Aires, y que la firmante llevaba el mismo nombre de Duval... Ella pensaba con despecho, que quizá el baron creia aquella escena preparada simplemente para buscar una reconciliacion.

Dueño de la situacion, Cantillac se inclinó una vez más, diciendo:—Hé aquí mis explicaciones, señora, ¿la han satisfecho á V.? La pobre Lucía no sabía qué decir. Creyó que debia entregarle la carta y se la dió, balbuceando una excusa. Con rápido movimiento se apoderó él del billete y fué á besar la mano á su mujer, con aquella exquisita galantería de que hacía gala siempre que encontraba ocasion. Quedaba dis-

culpada de su inocente curiosidad, pero no era él quien podía otorgar la absolución, cuando tenía tantas faltas que hacerse perdonar. Hizo una alusión delicada á las causas que, desgraciadamente, les separaban, ofreciendo hacer todo por vencerlas; ella no debía dudar que su cariño era su sola ambición... Firmeza de carácter, por su parte, y bondad de corazón, de parte de ella, darían el resultado apetecido; agradecía al cielo la llegada de aquella carta, que había dado ocasión á que se aproximáran... Volvió á besarle la mano, largamente, rendido como un enamorado.

Lucía se levantó. El baron la acompañó hasta la puerta, como un amable dueño de casa que hace los honores. Cuando la puerta se cerró, cambió su fisonomía completamente; fué á ponerse bajo la luz y leyó la carta, agitado.—¡Oh! hizo llevándose las manos á la frente. Llamó.—¿El señor Martin?—Acaba de llegar. Retiróse el criado, á tiempo que el misterioso hombrecito entra.—Lea V., dijo el baron. El señor Martin leyó.—Y bien, Aline...—Aline lo ha

descubierto todo, y estoy perdido. El hombrequito estiró los labios.—Mi mujer está enterada, repuso Cantillac.—¡Cómo!—No sé, pero está enterada.—Y V...—He forjado una historia, logrando despistarla.—Entonces, por ese lado no hay que temer.—¿Y Aline?

Levantó los brazos, desesperado. Más de una hora, en el hueco del balcon, discutieron. Cerca de las siete salió el señor Martin. Cantillac se sentó á comer, tan preocupado, que no notó la ausencia de su mujer; el mónstruo le acechaba, entre tanto, y él, sin resistencia se entregó, ansioso de escapar á aquella terrible idea que mañana y noche le perseguía.

No quiso Lucía ir á la mesa. Estaba tan disgustada de sí misma, tan avergonzada del triste papel que ella se figuraba haber hecho, que no tuvo valor de afrontar la presencia de su marido. Cuando llegó Venturita, la encontró en el tocador, sola, á oscuras.—¿Qué hay? ¿qué pasa? ¿qué tienes? exclamó la madre con su voz hombruna. ¿Nada? Pues, señor, ¿y qué significaba aque-

lla actitud de moribunda? Llamó y pidió fósforos; queria verle la cara, ¿habia llorado?—Pero mamá, decia Lucía, si no tengo nada; un poco de dolor de cabeza. No, no, á ella no la engañaba, porque era gata vieja. Encendió el gas y fué á mirar á su hija. Claro, lo que ella decia, estaba pálida; algo habia pasado, ¿alguna *agarrada* en la mesa? Siempre la mesa es teatro de esta clase de lances; vamos á ver, decir la verdad á su madre. Lucía se disculpaba. Venturita se enfadó. ¿De modo que todo era *tapujos* para ella en aquella casa? ¿á qué tanto misterio? ¿era ella, acaso, una extraña? Nunca habria pensado que su hija, su Lucita, se emancipára de tal modo, una vez casada.—Pero mamá, repetia Lucía...—Cállate, gritaba la señora, ¡no soy aquí sino un Juan de Afuera, no se tienen miramientos conmigo, se desconoce mi autoridad de madre, que es lo más sagrado! A ella se le habia puesto que allí habia un misterio, porque todo se lo hacia sospechar, y este misterio lo sabia, porque su deber era velar por la felicidad de su hija, á pesar de que no lo merecia, de

que era una ingrata. ¿Dónde estaba su marido? Lucía palideció; sospechaba lo que debía pasar en el comedor, y aturdidamente se puso delante de su madre, exclamando: —¡Por Dios, mamá, no vayas! Venturita la miró de arriba á abajo. ¿Qué quería decir? ¡que no fuera! ¿adónde? ¿Luégo aquella casa era una caverna? Apartó á su hija y se encaminó al comedor, que era donde ella se imaginaba estaria Cantillac.—¡No, no vayas, mamá! repitió Lucía reteniéndola. Venturita dió aquel respingo que acostumbraba y siguió; la puerta del comedor estaba cerrada: manejó el pestillo y entró, quedando muda de sorpresa... Cantillac, sentado á la cabecera de la mesa, llenaba su copa de vino, derramando la mitad del líquido sobre el mantel; su cabeza se balanceaba sobre los hombros y sus ojillos lacrimosos y encarnados de borracho se cerraban bajo el peso de los párpados; reía, hablando en francés con un interlocutor imaginario... Venturita retrocedió, sintiendo que se le caía el alma á los piés. Toda la horrible verdad quedó desnuda delante de ella,

todo lo comprendió. Se volvió á su hija, inmóvil en la puerta, y se abalanzó á ella como una leona, estrechándola convulsivamente, como si quisiera defenderla de oculto enemigo, llorando sin consuelo; la arrastró hasta el tocador y la hizo sentar en el sofá. ¡Pobre Lucita! Y todo lo habia callado, sufriendo en silencio; se acusaba amargamente de ser la causa de la desventura de su hija. ¡Cómo engañan las apariencias! Quien iba á decir... No, no necesitaba contarle nada, porque todo lo adivinaba. Su llorar seguia, porque el mal no era susceptible de remediarse. ¡Qué espantoso desengaño! Bien se lo habia dicho la de Ramirez; pero ella no quiso creerlo, atribuyéndolo á pura envidia... Acompañó hasta las once á su hija, y se marchó, dejándola acostada en la alcoba que ella habia hecho preparar desde el principio de sus contratiempos conyugales.

Iba Venturita tan cambiada, que nadie la hubiera conocido. Subió la escalera de su casa, cuidando de no caer, porque se sentia sin fuerzas. Como un cohete entró en el

cuarto de D. Javier, que dormitaba en su sillón, y le gritó:—¡Javier! ¡Javier! Y el llanto la sofocó de nuevo. El señor Guerra se irguió asustado. Sin parar, ella le contó todo, bebiéndose las lágrimas. ¡Lucita casada con un borracho! ¿Sabia bien lo que esto significaba? Tuvo un arranque de ira, y exclamó, mostrando el puño como un energúmeno:—¡Si no vás tú, iré yo á arrancarle á ese franchute los cuatro pelos que le quedan!

IX.

Al día siguiente, muy temprano, D. Javier se presentó en la casa de la calle de las Piedras. El pobre señor no estaba muy satisfecho con la comision que recibiera: habia prometido á su mujer hablar al baron, y nunca se vió diplomático más embarazado que D. Javier aquella vez, porque llevaba el pliego de sus instruccións en blanco. Si bien todo lo que le contó Venturita, con aquella exuberancia de gestos y de palabras tan pintoresca en ella, era muy grave y causóle la sorpresa consiguiente, él no se fiaba de las exageraciones de su mujer, que todo lo abultaba y hacía de un mosquito un elefante. D. Javier pen-

saba que, efectivamente, se le habria ido la mano al baron aquella noche y bebido más de lo regular, pero de esto á que estuviera Lucita casada con un borracho, habia distancia; nadie lo sacaba de esta idea. Su ahijado Pablo Perez, ántes del casamiento de Lucía, le habia hablado un dia con misterio acerca del baron, dándole unos informes... Recordaba la frase final:—Convénzase V. que es un farsante y que en el negocio de las minas, la única mina á explotar es V.! No sé quién le dijo á D. Javier que su ahijado le arrastraba el ala á Lucita, y esto le hizo suponer que todos aquellos chismes eran para desprestigiar al candidato que reunia más probabilidades de triunfo... Su mismo pariente, el señor Mesnil, hábiale hecho también insinuaciones veladas al respecto... No podia creer, sin embargo, un pillo al baron, porque él no le habia entregado su hija así á ciegas: la carta del viejo amigo suyo el cónsul argentino, que no habia de decir una cosa por otra, le ponía por los cuernos de la luna.

El criado le dijo que el señor baron no

estaba visible todavía. D. Javier preguntó por su hija. La doncella del bonete de batista, que tanto chocaba á Venturita, se presentó, anunciando que *Madame* estaba en su tocador.—Se estará peinando, pensó D. Javier. Y mientras se dirigia al despacho, murmuraba:—Mucha *madama* y mucho *musiú* hay aquí, ¿estamos ó no en Buenos Aires? No se habia sentado todavía, cuando entró su hija, de peinador rosa y papalina de encajes, monísima á pesar de su palidez.—¿Qué dice mi francesita? dijo don Javier besándola con cariño. Luego la preguntó qué era aquello que le habia ido á contar su madre ¿era posible? No podia creerlo del baron; bien se conocia en su cara que no era desgraciada; ¡él se moriría de pena! Lucía trató de evadir la conversacion, dando á entender que el hecho que tanto alarmára á su madre era aislado y que estaba segura no se repetiría.—¿No lo decia yo? exclamó D. Javier; exageraciones de Venturita, que es un polvorín. Dijo que hablaria, sin embargo al baron, porque una advertencia á tiempo vale más que el me-

jor consejo. Demudóse Lucía al oírle decir que al día siguiente se marchaba á la estancia.

—¡Oh! no, papá, exclamó; no te vayas, quédate aún algunos días.

—Tengo mucho que hacer, hijita.

—¡Lo harás despues, pero no te vayas! ''

El acento con que este ruego se le hacía, chocó á D. Javier; abría ya la boca para hacer una pregunta, cuando se sintieron pasos en la sala.—¡Es él! dijo Lucía. Se levantó y escapó por la puerta del tocador.

Vestia el baron elegante bata de cachemira, y parecia salir de manos del peluquero; tan afeitado, empolvado y lustrado venía.—¡Oh, mi querido señor Guerra, tanto gusto! Le sacudió la mano, reteniéndola entre las suyas breve rato ¡siempre tan matinal! ¿cómo estaba la señora? Tomó el sombrero de D. Javier y lo colocó en la percha, acercó una silla y con un gesto galante le invitó á sentarse en el sofá. D. Javier estaba confundido y no sabía por dónde empezar. Cantillac tomó la palabra, hablándole de la estancia, tema muy del

agrado de su suegro y el único que dominaba. ¿Muchas lluvias, eh? Había leído en los periódicos que la mortandad de hacienda era muy grande en la campaña, las inundaciones en el Sud terribles y las pérdidas enormes. ¡A quién se lo venía á decir! ¡Seis mil ovejas llevaba perdidas en su sola estancia la Ventura! Y comentaba los perjuicios sufridos con su voz gangosa, diciendo que en Buenos Aires todo se lo llevaria el diablo á seguir así. ¡Un país tan rico y de porvenir seguro!—¿Y la política, mi amigo? exclamó D. Javier; ¿quiere V. peor desbarajuste? Se enredaron en una discusión de principios. El baron no estaba muy al cabo, así es que arrió bandera ante los ataques de Guerra al partido vencido. —¡D. Bartolo es quien tiene la culpa! decía D. Javier.

De pronto se acordó de lo que le traía á casa de su hija á hora tan intempestiva. Cambiando de tono, empezó como quien vá á pronunciar una oracion fúnebre:—Mi querido yerno, he sabido con pena... Pero no salia de ahí; ¿qué era lo que le habia

producido tal pena? Cantillac esperaba la conclusion, y esta mirada interrogadora de su yerno le confundia más y más.—¿Habría dicho algo mi mujer? se preguntaba el baron. Y como D. Javier volviera á su frase y á empantanarse de nuevo en ella, saltó Cantillac, á fuer de habilísimo, planteando un tema salvador.

¡Ah, ya lo sabía? Si él no se hubiera adelantado á venir á verle aquel dia, él tenía pensado ir á conferenciar sobre asunto tan grave: el negocio de las minas iba tomando mal aspecto; el ingeniero mandado por la compañía, de Lóndres, encargada de su explotacion, preparaba un informe deplorable, lo que hacía que los accionistas se tiráran de los pelos; el tal ingeniero era simplemente un pillo, porque se habia dejado comprar por el representante de otra compañía, que queria hacer la explotacion á su costa; de manera que, si el informe se presentaba, desistiria la compañía inglesa y el negocio fracasaba completamente; ¿qué hacer entónces? ¿qué decir á los accionistas? El baron se cruzaba de brazos;

D. Javier movía la cabeza.—¿No comprende V., mi querido señor, decía Cantillac, que esto significa la ruina para mí y el descrédito? Porque yo he venido á este país trayendo este negocio entre manos, y si ahora salimos con esto, despues de tanta promesa y tanta seguridad... Anoche lo llegué á saber por mi corredor, y le aseguro que me hizo tanta impresion...—Es natural, pensaba D. Javier; Venturita es una *autera* y mi yerno un hombre excelente. Y en alta voz repuso:—Veamos lo que se puede hacer entónces; ¿ha pensado V. en algun medio?—Hay uno.—¿Cuál?—Devolver la pelota: comprar al ingeniero.—¡Ah!

Y no era esto solo: los primeros ensayos del metal habian dado mal resultado, no por su calidad, que era excelente, sino por deficiencia de las máquinas; habia que emplear otras, doblar el número de operarios, y esto no se hace sin grandes erogaciones. A fin de evitar el fracaso que preveía, era necesario endosar el negocio á la compañía de Lóndres, pero, para esto, habia que asegurar al ingeniero y remitir buenas

muestras. Y sin barro á mano, no podia pensarse en edificar; él no se atrevia á pedir nada á los accionistas, que andaban ya escamados... Una bicoca lo que se necesitaba para poner el negocio á flote; ¡diez mil pesos! Miraba á su suegro con sus ojillos azules. D. Javier comprendió.—Se darán, mi amigo, exclamó; las minas se han de encargar de resarcirnos de estas erogaciones. ¿Tiene V. á mano un libro de cheques? Más que de prisa, fué Cantillac á su pupitre, sacó de un cajon el librillo, y preparó la pluma y el tintero. D. Javier se colocó sus lentes de acero y extendió la libranza con su letra bien clara de comerciante. —Pues no faltaba más, mi amigo, dijo levantándose, esto y todo lo que V. quiera; es un negocio soberbio y sería lástima que se echára á perder. No hizo más alusion á lo pasado, y se despidió diciendo que veria á su hija ántes de irse. Encontró á Lucía en el saloncito de música, repasando un wals al piano.—Lo que yo te decia, exclamó res-tregándose las manos; tu marido es un hombre excelente, hija mia.—¿Ya te vás? pre-

guntó Lucía.—Sí, que tengo que ir á tranquilizar á tu madre.—Lo dicho, papá, no te irás á la estancia.—¿Es un capricho? —Como quieras.—Pues no iré hasta despues de algunos dias; á mí me gusta contentar á todo el mundo. Lucía le acompañó hasta el vestíbulo.—Todo se arregla con dinero, pensaba D. Javier bajando la escalera; ¡qué excelente hombre es mi yerno y qué exagerada Venturita! ¡Ah! las mujeres, las mujeres...

Con una sonrisa particular vió salir de su despacho el baron á D. Javier. Guardó cuidadosamente el cheque en su cartera y se sentó á escribir. Escribió dos horas largas. Despues del almuerzo salió y estuvo fuera todo el dia. Volvió de noche ya, mandó encender el gas de su despacho y se encerró en él, dando la órden que apénas llegára el señor Martin se le introdujera. Se sentó en su poltrona con fatiga, reclinando la frente sobre la palma de la mano.—¡Partir! murmuró ¡verme obligado á arrancarme de Buenos Aires donde habia conseguido una posicion brillante! Pero es

preciso; esa mujer vendrá aquí y lo descubrirá todo. ¡Partir! Se oyeron los dos golpecitos de costumbre.—¿Tráe V. eso? —Sí, contestó el señor Martin.—¿Qué vapor sale mañana para Montevideo?—El *Júpiter*.—¿Ha tomado pasaje para el Pacífico?—Tambien.—¿Dos?—Dos. Cantillac repuso con desaliento:—Ya lo vé V., todo nuestro trabajo perdido; ¡obligados á huir! No creo que Chile sea la tierra de promision.—América lo es de aventuras y nuestro único refugio para nosotros, proscritos de la vieja Europa; desengáñese V.: condenado en Francia, perseguido en el Brasil, á punto de ser tomado en Buenos Aires, la prudencia aconseja embarcarse y cuanto ántes. ¿Quién le dice á V. que en Chile no encontraremos otra familia Guerra que explotar? Los dos cambiaron una sonrisa.—Es preciso salir de esta casa esta noche misma.—¿Es imprescindible?—De todo punto; yo conozco una posada por el Once... allí pasaremos la noche y el dia de mañana hasta el momento de embarcarnos; es bueno despistar á la policía.—Y tanto...

dijo Cantillac. Refirió cómo en la Bolsa había recibido aviso de un amigo, de que la extradición estaba ya pedida por el Gobierno francés, dadas sus señas, averiguado su paradero... las señas poco suponían, porque en cuatro años se puede cambiar hasta de fisonomía, su domicilio era el mismo que tuvo cuando llegó del Brasil, en una calle perdida del oeste... Nada de esto le importaba á él; porque ¿quién iba á imaginar que el señor baron Louis-Hèctor de Cantillac, yerno del opulento D. Javier Guerra, era el Jean Duval condenado en Francia á trabajos forzados á perpetuidad? No, él no temía el pedido de extradición, pero sí á Aline, cuya presencia en Buenos Aires le obligaba á huir; Aline podía perderle, y su propósito no era otro, dada la clase del ultraje que había recibido. Tocándose sus cabezas, los dos cómplices hablaban en voz tan baja como si en una iglesia estuvieran.—¿Convenido? dijo Cantillac.—Convenido, respondió el señor Martin.—¿A las ocho?—A las ocho. El hombrecito salió. Llamó el baron.—¿La señora?—Está en su alcoba, res-

pondió el criado; me ha encargado decir al señor que no irá á la mesa, porque se encuentra indispuesta.—Perfectamente. Solo Cantillac, abrió todos los cajones de su pupitre, y fué vaciándolos: observaba los papeles, rompía unos, y formaba de los otros abultados paquetes. Volvió á llamar.—Prepare V. mi maleta de viaje con poca ropa: cuatro camisas, unos pares de medias... no olvide V. mi manta. No como en casa. Siguió arreglando sus papeles, febrilmente. Eran las siete. Estaba todo en silencio... Cantillac alzó la cabeza y miró á la puerta del tocador: fué con paso clandestino y la abrió sigilosamente; estaba el tocador á oscuras, tambien el saloncito de música que le seguía: la puerta del comedor estaba abierta y un torrente de luz entraba por ella. Cantillac la cerró, echando la llave; por ese lado quedaba incomunicado. Volvió á su despacho, y echó tambien la llave á la puerta que caía al salon; luégo recorrió todas las que comunicaban con el pasillo. Estaba solo; no habia más luz que la del pico de gas de su despacho: recogió la cortina, á fin

de que la claridad penetrára en el tocador. Pisando con cuidado, temeroso de hacer ruido, se acercó al precioso mueble de palo de rosa con incrustaciones de marfil: la diminuta llave dorada estaba en la cerradura. Cantillac sonrió. Volvióla rápidamente y aparecieron amontonadas, sin orden, las cajas de todo tamaño, de terciopelo grana y violado, ó raso blanco, las iniciales de oro en la tapa. Cantillac escuchó: nada se oía. Fué tomando una á una y despojándola del rico brazalete, los soberbios pendientes ó el collar magnífico que guardaba; la claridad que entraba por la puerta del despacho hacia chispear las piedras. Dos veces fué con las manos llenas á desembarazarse sobre el pupitre; lió todo en un pañuelo, colocándolo al lado de los paquetes de papeles. Las cajas vacías quedaron en su sitio, cerró el mueble de palo de rosa, dejando la llavecita dorada como estaba; abrió la puerta del comedor, corriendo nuevamente la cortina de su despacho... Cuando se sentó en la poltrona, el sudor corria por sus mejillas, sus manos temblaban y revolvía sus ojos en

todas direcciones, cual si temiera ver aparecer en cada ángulo del cuarto un acusador; figuróse que la cortina se movía, y fué á registrarla... El carbon que ardia en la chimenea dió un estallido, y su corazon latió con fuerza... Tenía miedo. Enjugóse el sudor con su pañuelo. ¿Le habria visto álguien? Cuando se acercó á cerrar la puerta del comedor, el criado levantaba el servicio, y no pudo verle porque estaba de espaldas; la alcoba de su mujer quedaba al otro extremo de la casa. Luégo habia manejado las llaves con tal cuidado, que no se oyó el menor ruido... Encendió un fósforo, y volvió al tocador, recorriéndolo como quien busca un objeto perdido: en el saloncito de música, la figura dorada en que remataba el arpa, una á manera de cabeza de dragon, lanzó un chispazo al reflejo de la luz, y Cantillac retrocedió... No habia nadie. Tranquilo, volvió al despacho. Los cajones de la biblioteca estaban sin registrar todavía: vaciólos sobre la alfombra, y de rodillas, inclinado, fué rompiendo y apartando; de vez en cuando suspendia su tarea y suspiraba;

paseaba sus ojos por la pieza, elegantemente amueblada, y como pesaroso de verse obligado á dejar aquella morada suntuosa, repetia:—¡Partir! Brilló un relámpago, y un trueno hizo danzar los cristales. Cantillac miró á la calle, levantando la cortinilla. Comenzaba á llover: gruesas gotas se estrellaban contra el pavimento con un ruido seco; el cielo tenía un color grís azufrado; los truenos se sucedian como los disparos de cercana fusilería.—El tiempo me favorece, murmuró Cantillac. Recogió los paquetes que habia apartado y colocólos sobre el pupitre; luégo arrojó dos, tres brazadas de papeles rotos á la chimenea, que ardieron en gigantesca llamarada. La puerta que abria sobre el salon tenía aún la llave; abrióla y se dirigió á su alcoba: para llegar á esta tenía que pasar imprescindiblemente por la de su mujer... En puntillas la atravesó: Lucía estaba echada en su lecho vestida, durmiendo ó fingiendo dormir. Cantillac se detuvo un momento á contemplarla; suspiró de nuevo. Y siguió, encerrándose en su alcoba.

Lucía levantó la cabeza de la almohada. La cara sombría de su marido, que notó con extrañeza, pues llevaba una expresión que hasta entonces no le había visto, picó su curiosidad. Oía en su alcoba el ruido de cajones que se abrían, prendas que se arrojan al suelo; luego, un silencio... Y otra vez, el manoteo del agua en la palangana y el chocar de los potes del lavabo. Después de un largo rato, le vió salir transformado, de tal modo, que apenas le conoció: vestía un traje gris á cuadros y chambergo de anchas alas, sobretudo al brazo y un saco de viaje en la mano, pero lo que sobrecogió á Lucía, llenándola de asombro, fué apercibirse que llevaba el labio afeitado, que aquel espeso y encerado bigote entrecano ya no existía: la lamparilla que alumbraba una imágen de la Virgen permitía notar claramente la transformación. Al salir, tenía el pañuelo en la boca, sin duda para ocultar su disfraz si por acaso su mujer no dormía, pero se volvió á cerrar la puerta, y como tenía ocupada una mano, hubo de descubrirse. Así que desapareció, deslizóse Lucía del lecho

y salió al pasillo: pasaba el criado con una maleta.—¿Dónde vá V.?—Señora, á llevar esto, que el señor está de viaje. Lucía palideció. ¡De viaje! Sin decirle una palabra ¿adónde iba? Aquellos preparativos eran más que extraños, eran sospechosos... Quedó un momento parada; los cristales de colores de la galería eran estremecidos por el retumbar de los truenos, lanzando reflejos irisados á la luz de los relámpagos... Lucía se dirigió á su tocador y quiso mirar por el ojo de la llave, pero la cortina del despacho cubria la abertura; en cambio, podia escuchar perfectamente todo. En cuclillas, el oido aplicado á la rendija, se dispuso á espiar...

El criado entró en el despacho y puso la maleta sobre una silla; despidióle Cantillac, y sin demora, comenzó á guardar los paquetes de papeles, distribuyéndolos entre la ropa: las alhajas fueron escondidas en un rincon, entre los dobleces de la manta. Cerró la maleta, y fatigado, se sentó al fin. Daban las ocho. Sonaron los dos golpecitos del señor Martin. Pero no los de costum-

bre, sino más fuertes, con cierto redoble de nudillos que hizo estremecer la puerta. Y sin esperar á que se le concediera el paso, entró como una saeta, yendo recto á Cantillac, soplándole al oído, entrecortada la voz por el cansancio:—Ahí está.—¿Quién? —Aline.—¡Aline! Intensa palidez cubrió el rostro de Cantillac.—¿Aquí? preguntó levantándose.—En la calle.—¡Ah!—Pero entrará.—¿Le ha visto á V.?—Sí.—No hay más remedio que adelantarnos y huir. Tomó su maleta y se dirigió á la puerta, El hombrecito le detuvo.—Creo que la casa está vigilada, dijo.—¡Imposible!—Acérquese V. al balcon. Cantillac acercóse y miró. Dos sombras paseaban por la acera del frente; el viento y la lluvia redoblaban en furia.—Imposible, repitió Cantillac, que la policía esté ya avisada.—Sin embargo, me han seguido desde la plaza del Once hasta aquí.—¿Aline, quizá?—Es más que probable.—¿Qué hacemos, pues?—Esto. El señor Martin presentó un paquete que traía, disimulado bajo su largo sobretodo negro: sacó un traje claro, unas polainas de paño

y un sombrero redondo de castor, enrollado como un tubo, y de su bolsillo una barba postiza, forma chuleta, color rojo subido. Cerró los postigos del balcon y comenzó á mudar de ropa, aprisa, haciendo saltar los botones y enganchando los broches, con una actividad febril, mientras contaba el fatal encuentro tenido en la esquina. Empeñado en despistar á los polizontes, habia dado más vueltas, más vueltas... De la posada del Once, se metió en la plaza, en cuya oscuridad esperaba perderse, desliziéndose hasta la estacion del ferro-carril y bajando á la calle Rivadavia, en la cual, saliendo unas veces y volviendo á entrar, haciendo zig-zags imposibles en las calles adyacentes, sintió siempre detrás el taconeo de sus dos perseguidores; al llegar á la esquina de Piedras, rodeó la manzana, pero acontecióle que, huyendo de unos, cayó manos á boca con la mismísima Aline Duval, la misma, con su cabellera rubia y sus ojazos azules. Los dos quedaron extáticos. El señor Martin, más listo, se aprovechó de la estupefaccion de la mujer para esca-

bullirse. Y entraria en la casa y armaria una escena de escándalo.—No, no, exclamó Cantillac; es preciso evitarlo. Tendia el oido, pero nada se percibia. El señor Martin, entre tanto, se encontraba ya disfrazado, hecho un inglés de marca de fábrica, legítimo, sin mezcla; hizo un lio de sus ropas, y con un gesto indicó á Cantillac que ya estaba pronto. Observando la maleta y el saco de viaje, que éste no soltaba de la mano, le dijo:—Deje V. eso, mi amigo, ¿quiere V. que nos echen el guante apénas salgamos á la calle? Debemos pisarla tranquilamente, las manos vacías de todo paquete, como quien sale de una visita. Sin contestar, Cantillac abrió la maleta y sacó las alhajas, que guardó en un bolsillo interior de su sobretodo.—Necesitaria llevar estos papeles.—¿Son indispensables?—No, pero...—Al fuego, entónces; no hay que dejar rastros. Entre los dos, arrojaron á la chimenea los paquetes tan cuidadosamente formados, y, prontos ya, Cantillac delante, el señor Martin detrás, se dirigian á la puerta de la sala, cuando ésta se abrió de golpe

y una mujer se presentó... De negro, rubio el cabello, azules los ojos, blanca y pálida, era hermosísima, y toda su persona estaba envuelta en un aire de majestad que imponía; los dos cómplices retrocedieron, como si una evocación del infierno les hubiera cortado el paso. La mujer miró á Cantillac frente á frente, y con un acento terrible, en que se transparentaba el ódio, la indignación, el desprecio, todo junto, le arrojó á la cara, como un bofetón, esta frase:—*Je suis Aline Duval, ta femme!* Y sin darle tiempo á contestar, dando dos pasos adelante, lo que obligó al otro á retroceder aún más, repuso, siempre airada:

—¡Jean Duval, falso barón de Cantillac, estafador, fugado de presidio, bigamo, mírame bien, yo soy tu mujer! soy aquella Aline que miserablemente sedujiste en Marsella y que abandonaste después de casado, á quien engañaste haciéndote pasar por honrado comerciante, cuando acababas de fugarte del presidio de Tolon. ¡Jean Duval! dí ¿me conoces?

El supuesto Cantillac giraba sus ojos

buscando una salida, encorvado bajo el peso de aquella terrible acusacion; el señor Martin se hacía más pequeñito aún, tratando de esconderse entre los pliegues de la cortina.

—No, no lo negarás, prosiguió la mujer, porque todo te acusa: ese mismo disfraz que llevas y tu cómplice que tiembla en mi presencia, ese indigno Pierre Feroú, que tambien tiene causa abierta. ¡Ah! Creias, pues, que Aline Duval era una mujer vulgar que se resignaria á su triste suerte, sufriendo en silencio tu vil engaño. ¡No! Averigüé tu paradero, llegué á saber que estabas en esta ciudad amasando un caudal á costa de tus estafas; se me insinuó la nueva de tu casamiento con una señorita del gran mundo, y me embarqué dispuesta á delatarte, como lo he hecho, á entregarte á la justicia, como lo haré!

Cantillac se adelantó desencajado, tratando de imponerle silencio con un gesto de amenaza.

—Temes que álguien se entere ¿verdad? repuso Aline, ¡esa otra desgraciada como

yo! Y bien, que venga, pues delante de ella quiero arrancarte la careta; ¡has pretendido comprar mi silencio! ¡Ni tus amenazas, ni tu dinero me doblegarán! No intentes huir, porque abajo la policía te espera.

Miró Cantillac al señor Martin, y ambos, de un solo salto, se lanzaron sobre Aline Duval que, previendo el ataque, sacó imperturbable un revólver y apuntó. Pero ántes que ella pudiera hacer presion en el gatillo, la mano de Cantillac oprimió su muñeca y el arma cayó al suelo... Empezó entónces una lucha horrible entre los tres: Aline, defendiéndose con los piés, los dientes y las uñas, cubria con su cuerpo la puerta de la sala; el cortinaje se desgarró. Era Aline una leona; de un mordisco hizo soltar su muñeca á Cantillac, que lanzó una blasfemia, bramando de dolor, y el señor Martin fué á dar, de un puntapié, contra el pupitre; pero no podia luchar contra los dos hombres, sentíase sucumbir... De golpe la puerta del tocador se abrió... pálida como un cadáver, apareció Lucía entre la cortina de felpa verde-oscuro.—¡Mi-

serable! gritó lanzándose hácia Cantillac. A esta aparicion y á este grito cesó la lucha; Aline, casi exánime, se volvió espantada, á tiempo que los dos cómplices se ponian en precipitada fuga. Y como Lucía se desplomára como un cuerpo muerto sobre la alfombra, Aline, que les vió huir, levantóse, corrió al balcon, abriólo y, echándose sobre la baranda, gritó en medio de resonar de los truenos:— ¡Favor! ¡á ellos! Las dos sombras, que paseaban en la acera del frente, se alejaron, mientras Aline, como la encarnacion viva de la tempestad, enlutada, el cabello suelto, de pié bajo la lluvia, señalaba con su brazo desnudo la direccion que debian seguir los criminales.

Un quejido hirió su oido. Entró en el despacho, y fué á arrodillarse delante de Lucía. La pobre jóven, descolorida, respirando con trabajo, no podia valerse; Aline la ayudó á levantar, y poco á poco la acompañó á su alcoba, cuyo camino érale indicado con voz doliente. Sentóse Aline á la cabecera del lecho, ¿la molestaba, á caso, su presencia? No era sino una desconocida,

una intrusa en aquella casa, cuyos umbrales jamás hubiera deseado pisar por la negra causa que la arrancára de su pátria; pero la desgracia las habia reunido; su aparicion en el momento álgido de la lucha, habíale revelado que era ella la otra mujer engañada por el miserable que se llamaba Jean Duval. Aunque Lucía comprendia cuanto se la decia, por expresarse Aline en el más puro francés, no contestaba; la cabeza sobre la almohada, miraba á la extranjera, aquellos ojos azules en los que aparecia retratada la entereza de su ánimo varonil, aquella apostura soberbia de mujer templada en la desgracia... ¡Tenía veinte años y habia sufrido mucho! Hija de pobres labriegos, fué colocada en Marsella en un obrador de ropa blanca, donde trabajaba desde el alba hasta anochecido, encorvada sobre la costura, ganando un franco diario, y era mucho, que partia entre su subsistencia y el alivio de sus padres. Vivía muy lejos del obrador, y fué en estas idas y venidas que conoció á Jean Duval, dependiente en una tienda de vinos, al ménos así él lo de-

cia... El desenlace de este conocimiento fué el de costumbre, que de estas historias hilvanan muchas al cabo del día la pobreza y el vicio; cayó, perdió su empleo, vióse en medio de la calle: Jean Duval se casó con ella, alentado por la perspectiva de la herencia de un tío, fabricante en Marsella, muy rico y muy viejo que la había recogido. Pero, un buen día, la policía entró en su casa, registró de la alcoba á la cocina buscando á su marido, y entónces supo con horror que Jean Duval, cuyo nombre tampoco debía ser este, era un fugado del presidio de Tolon, condenado por estafas, y hasta la dijeron por asesinato... Él se había marchado á América... llevándole íntegro el dote que su tío la fijára cuando se casaron. Y como todo llega á saberse, tarde ó temprano, tuvo conocimiento de que se encontraba en Buenos Aires... Se embarcó dispuesta á entregarle á la policía, si le hallaba, porque aquel hombre había oscurecido su porvenir, amargado su vida... Lloraba Ali-ne al decir esto... Y estrechando con fuerza la mano de Lucía, exclamaba:—¡Y he cum-

plido mi propósito, porque no logrará escapar, no, Dios no lo ha de querer! ¡Ah! señora, ¿me perdona V. el mal que la he hecho con esta terrible revelacion? Lucía sentíase morir, pero no podia llorar porque no tenía lágrimas; el peso de su desventura era tanta, que su lengua no articulaba palabra, como paralizada.— Señora, repuso Aline Duval, mi deber me obliga á alejarme; una vez castigado ese hombre, y el cielo tiene dispuesto que así sea, volveré á mi país, y Buenos Aires no será para mí ya más que un triste recuerdo. ¿Qué puede ofrecer á V. una pobre mujer como yo? Este beso de amiga, que sellará el lazo con que nos ha unido la desgracia, y que la distancia no hará olvidar. Besó á Lucía, y salió de la alcoba envolviendo su rubia cabeza en su manto negro.

Lucía no se movió; no podia. Clavados los ojos en la lamparilla de la Virgen, preguntábase si no soñaba, si era cierto aquello... ¡Bígamo, asesino, estafador! Estas palabras sonaban en su oido como un toque fúnebre y veíalas escritas en letras de fue-

go en todas partes. ¡Ella! Pero no, no podía ser cierto... En cuclillas, desmayada contra la puerta del tocador, todo lo había escuchado, recibiendo cada frase como una puñalada. La voz de Aline Duval, aquel terrible *¡soy tu mujer!* la fulminó como un rayo... Quiso levantarse, abrir la puerta, gritar, pero su pobre cuerpo no obedecía al mandato de su voluntad; fué cuando oyó el rumor de la lucha, que, impulsada por una fuerza desconocida, logró enderezarse, colgarse al picaporte de la puerta, y lanzarse al despacho... ¿Qué diría su madre, entre tanto? ¿Qué diría el público? Sentíase perdida sin remedio, y veía, como Aline Duval, oscurecido su porvenir y amargada su vida; ¿qué hacer? Ella no podía quedar en aquella casa. Un escalofrío la sacudió al pensar que aquel hombre podía volver... Estaba sola; ¡no, huir, y pronto! Se arrojó de la cama, á tiempo que un trueno estallaba sobre la casa; temblando, fué á hincarse delante de la imágen de la Virgen.

Arreglóse los cabellos, se envolvió en un chal oscuro; ¡iba á casa de su madre, pron-

to, pronto, porque aquel hombre podía volver! Se acordó de que la llave del mueble que guardaba sus alhajas estaba puesta; para ir al tocador tenía que pasar por el despacho. Y vióse obligada á entrar de nuevo en el cuarto que tanto horror la causaba: el balcon permanecía abierto, la luz del gas flameaba agitada por el viento, que entraba en frias bocanadas; Lucía cerró los ojos por no ver los vestigios de la lucha, intactos: volcada la poltrona, la cortina de felpa pisoteada y rota, sobre la alfombra la barba postiza del señor Martin, la maleta de Cantillac, abierta, y un giron del manto de Aline; delante de la chimenea, el monton de cenizas negras de los papeles quemados, que el aire arrastraba como plumas.

Al entrar Lucía en el tocador, su pié tropezó en algo, delante del mueble de palo de rosa: era una caja de raso blanco, que la jóven reconoció ser la que encerraba el collar que su padre la regalára el dia de su boda. Abrióla: ¡estaba vacía! Febrilmente, se acercó al mueble, dobló la llave... ¡todas

las demás cajas estaban vacías! Un sudor frío brotó de su frente:—¡Tambien ladron! murmuró. Dejóse caer en el sofá; el triste ruido de la lluvia llegaba hasta ella. Como enjambre de furiosas abejas, agolpábanse á su mente los recuerdos todos de la deplorable historia de su casamiento: la imposición de su madre, los consejos de Amalia, su indecision y su indiferencia. Y el nombre de Leon Saldívar se alzaba, como un fantasma acusador, en su memoria, de quien ella habíase burlado, engañándole como á un niño.—La mujer sin corazon no puede ser nunca feliz, díjola aquella mañana en el Tigre; ¡V. se arrepentirá algun dia de su proceder! ¡Y este dia habia llegado, implacable!

Creyó que álguien venía; levantóse de un salto y corrió hasta el vestíbulo; era preciso huir, pronto, pronto, ántes que él volviera. Sin prevenir á los criados, bajó y encontróse en la calle, sola, sin paraguas, á tiempo que un relój daba las diez. No se veia á nadie; Lucía miró la casa que abandonaba para siempre y se alejó, envuelta

en su chal oscuro. ¿Quién, viéndola sola y á tales horas, con aquel tiempo y aquel traje, hubiera pensado que aquella mujer era la orgullosa, la altiva, la soberbia señorita de Guerra, que huía del propio hogar, fulminada por la desgracia? Pegada á la pared, andando aprisa, tiritando de frio, mojadas las ropas, la fina suela de sus zapatos empapada, cubria su rostro con el chal, temerosa de ser reconocida, sufriendo los requiebros groseros de algun mal educado. ¡Cuánto distaba la casa de su madre! La lluvia arreciaba y el viento, furioso, encajonado en la solitaria calle, bramaba, sacudiendo puertas y ventanas. Cada sombra que veía, antojábasele á Lucía ser la figura de su marido, y, temblando, se pegaba más á la pared; á las dos cuadras notó con terror que un hombre la seguía, y apretó el paso, pero sus pobres piés no estaban acostumbrados á semejante marcha y érale forzoso detenerse á intervalos: la respiracion le faltaba. Y la calle siempre sola, y la lluvia siempre récia, y el viento furioso siempre; detrás el taconeo del desconocido y

dentro de su pobre cabecita el batir doloroso de la idea de su irremediable desgracia. ¡Si hubiera podido llorar! En la esquina de Victoria alcanzóla el desconocido y ya le llevó cosido á su falda, escuchando á pesar suyo la música desentonada de sus chicoles; apretaba su chal bajo la barba con su mano desnuda, que el frio marcaba de tonos violados, y sus piés trotaban sobre la acera, con esfuerzo; una de las veces que se detuvo, la mano atrevida del desconocido rodeó su cintura. Ella no contestaba, avergonzada, debilitada por la fiebre, enceguedida por la angustia. Y seguia su marcha, delirante. En la puerta del Progreso reconoció á su hermano Manolo, á Pepe Gomez y á los demás del círculo, en grupo en el zaguán, riendo á carcajadas. En el umbral, jugando con su paraguas, Manolito atisbaba la llegada de aquella encubierta que venía, y cuando Lucía pasó, el rostro completamente velado por el chal, recibió el homenaje de su galantería de baja estofa, siendo saludada con un ramillete de equívocos dicharachos. Felizmente, la casa

de su madre no quedaba ya léjos; diez minutos más... un nuevo esfuerzo... Cuando llegó, la puerta estaba todavía abierta; subió la escalera casi arrastrándose... En el primer descanso se sentó, como una mendiga, sin alientos para seguir... Y apoyándose en el pasamano, y en las paredes luego, llegó á la puerta de la antesala... Cuando ella se presentó, desaliñada, chorreando agua, pálida, febriciente, Venturita y D. Javier, sentados delante de la chimenea, lanzaron un grito.

—¡Sí, soy yo, murmuró Lucía, yo, que vengo en busca de un asilo!

Y cayó en los brazos de su madre, sin sentido.

X.

Una hermosa tarde de Octubre, por la avenida Alvear, camino de la Recoleta, distraído con la vista de los elegantes carruajes que pasaban, del cielo tan azul, de los árboles tan verdes, de los jardines cuajados de flores, respirando con delicia el ambiente perfumado de la primavera, que por doquier ostentaba sus galas y sus gracias, marchaba lentamente Leon Saldívar. Con una inclinación maquinal de cabeza, el ligero contacto del ala de su sombrero ó el familiar movimiento de su mano derecha, contestaba los saludos de los conocidos que, á caballo ó en carruaje, se dirigian á Palermo. Eran las cinco; el sol brillaba aún, en-

rojecido como el áscua de una frágua. Leon iba triste. Aquella era la primera vez, despues de su enfermedad, que se mostraba en sitios donde era conocido; sus salidas de convaleciente se habian reducido á paseitos en las poco concurridas calles de su barrio en las horas de sol. Iba triste, porque todo aquello le recordaba su funesta pasion: las veces que volvia de Palermo haciendo trotar el alazán de su faeton detrás del carruaje de Lucía, más ó ménos alegre, segun la coqueta niña se hubiera dignado ó no favorecerle con una mirada al pasar; los plantones á la salida del teatro, transido de frio, el corazon palpitante, esperando la limosna de una ojeada! Y si estos recuerdos le ponian triste, no era, no, por el desengaño sufrido, porque ya estaba curado y bien curado, sino por el envilecimiento á que dejó descender su espíritu en aquella fatal ocasion, y la vergonzosa entrega que hizo de su corazon y su albedrío á una coquetuela vulgar. Iba triste por una razon más: al dia siguiente se embarcaba para Europa, y el ánimo se enluta cuando se deja á la madre y á la pátria.

Aquel viaje le habia sido impuesto por el médico, que juzgaba indispensable la distraccion.—Si su hijo no sale de Buenos Aires, hábale dicho á misia María, no podré darle de alta en mucho tiempo.—Pues que se vaya á Montevideo, á Córdoba... yo no me opongo, contestaba la afligida señora, —A Europa, un viaje largo, de fatigas y emociones, es lo que completará su restablecimiento. Y la pobre misia María, que sabía cierta su muerte si el alejamiento de su hijo se realizaba, se lo aconsejó. Seis meses muy pronto pasan; el dulce placer de la vuelta borra el aflictivo momento de la partida; luégo ver cosas nuevas, andar de emocion en emocion, salir de esta ciudad, entrar en aquella, visitar los grandiosos monumentos que hemos admirado en láminas y en libros, sobre todo, salir de esta monotonía de todos los dias: la Facultad, la calle Florida, Palermo, y siempre las mismas caras, y siempre los mismos temas, y en el teatro, en el baile y en el paseo el mismo círculo... Debía irse. Ella, entre tanto, le esperaria resignada, rogando á Dios porque

alumbrára su camino. No lloraba misia María, pero su voz expresaba todo lo que sus ojos querian ocultar. Y Leon se decidió, porque sentia pesar sobre sus hombros á la gran ciudad como una inmensa montaña; necesitaba olvidar. Por eso, en la víspera de embarcarse, se dirigia al cementerio á despedirse de la tumba de su padre.

Y al par que su memoria hojeaba los tristes capítulos de la historia de su pasion, recordaba el funesto castigo á que la fatalidad condenára á la madre y á la hija. Porque todo habia trascendido, á pesar del sigilo de la familia y de su empeño en explicar la desaparicion de Cantillac y la venta de los muebles de la casa calle de Piedras. ¿Qué no se sabe en Buenos Aires? Hasta un periódico de la tarde dió la noticia en enigmático suelto, ofreciendo la clave en el párrafo final. La familia hacia correr la voz que el baron estaba en Francia, llamado repentinamente á causa de la muerte imprevista de su madre, y la prueba de que allí estaba, era que en breve iria á reunírsele su mujer; pero todos sabian á qué atenerse, y

más que todos Leon, á quien su amigo Pablo Perez, el ahijado de D. Javier, habia puesto al corriente de la estupenda nueva. Fué con doloroso asombro que lo supo el jóven, porque á pesar de que Lucía nada le inspiraba ya, en punto á cierta clase de afecto, sentia su desgracia como propia. Y cuando Pablo le dió detalles sobre la fuga del falso Cantillac, que no pudo ser habido, y de la vuelta á Francia de su primera mujer, desesperada por el fracaso de su campaña, Leon pensaba si no era aquello la realizacion de su profecía en el Tigre. É insaciable su curiosidad, pedia más datos. ¿Cómo estaba Lucía? ¿qué decia la señora? ¿qué pensaban hacer? A lo que Pablo, con la sonrisa equívoca que siempre mostraba al hablar de la familia de Guerra, respondia:—¿Ella? Tan indiferente, tan tranquila, tan pedazo de mármol como siempre; pasada la primera emocion, ha recobrado la calma, y solo se preocupa de disimular en lo posible lo ridículo de su situacion. ¿La madre? Echando sapos y culebras contra su yerno, ansiosa de encontrarse cara á cara

con su baron de contrabando para estrangularle ó hacer cualquier atrocidad con él, herida profundamente en su orgullo, furiosa y avergonzada, *con el copete bajo*, como decia con mucha malicia la de Ramirez, que siempre la habia detestado. ¿D. Javier? Sin decir oste ni moste, sufriendo en silencio la considerable estafa de que ha sido víctima, pesaroso de verse obligado á alejarse de Buenos Aires. Porque se ván á Europa todos, levantan la casa... por mucho tiempo; Venturita no quiere quedar aquí despues de lo ocurrido. Seguramente, D. Javier morirá en el viaje... ¡el *quibebé* y la *chataasca* no figuran en los menús parisienses!

Leon no reia de estas cosas. ¡Pobre Lucía! Si ella hubiera querido, ¡qué porvenir tan distinto el suyo! Y recordaba los sueños de ventura forjados, que en un raptó de entusiasmo reveló á su madre aquella noche de Febrero. Pero Lucía era un pedazo de mármol, como lo habia dicho muy bien Pablo Perez, y aun en el caso de realizarse sus aspiraciones, no habria sido feliz, no. Casi vale más dejar correr los acontecimien-

tos, como si una mano reguladora los guiara. ¡Siempre es la casualidad que nos libra de la teja que cae! Casado Leon con Lucía, la disparidad de ideas, la divergencia de caracteres, la falta y la sobra de sentimientos en uno y en otro, no habrían tardado en levantar una valla entre ambos, que la suegra hubiérase encargado de hacer infranqueable.—Mejor es que esto haya salido así, añadia misia María que tales reflexiones presentaba á su hijo, porque el mal que se evita es un paso que se dá en el camino de la felicidad!

Tan convencido estaba Leon de esto, que Lucía no era ya más que un triste recuerdo para él, pero, precisamente por esta causa, necesitaba alejarse á su vez. Y habria estado alegre con aquel viaje, sin la pena que causaba á su buena madre.

El sol desaparecia ya detrás del edificio del Asilo de Inválidos; no se oia sino el sonar de los cascabeles del vecino tranvía, porque ya el último carruaje de Palermo habia pasado. Leon llegó al paseo, subió la rampa y se internó en la calle de cipreses,

que dá frente á la iglesia, no sin mirar el soberbio rio, tranquilo como un lago y anchuroso como un mar, formando la nota más saltante, como una pincelada de maestro, en aquel cuadro pintoresco, entre el tierno verdor del jardin y el pálido azul del cielo. Sentados en un banco, dos inválidos miraban pasar al jóven; casi decrépitos, la muleta entre las piernas, agitada su cabeza por el temblor senil, decíanse quizá que ellos tambien habian sido jóvenes y visto desvanecerse sus sueños al soplo de la realidad. Paso trás paso, Leon entró en el cementerio y tomó el sendero que conducía á la tumba de su padre; ¡conocia tan bien el camino! En sus horas de prueba venía siempre á pedir consejo á aquella sombra veneranda... Quedaba á la izquierda, no léjos de la calle central: era de mármol, en forma de templete, una guirnalda de yedra esculpida á la entrada, en lo alto de la puerta, coronada de un ángel apoyado lloroso sobre una urna... Sentado en los escalones, pasó Leon largo rato, el sombrero á un lado, la cabeza sobre sus rodillas; hacía mi-

nucioso exámen de sus actos, prolijo balance de la etapa recorrida desde la muerte de su padre, y sentíase empequeñecido, porque nada habia hecho: hasta la carrera comenzada quedaba truncada, detenido en su camino por la mano fatal de una mujer. Caía la tarde, bajaban las sombras, solemne era el silencio; todo hablaba al alma de Leon; los dos cipreses que le rozaban con sus ramas polvorientas, eran sus amigos, sus fieles compañeros de los dias tristes, que es cuando el vacío se hace alrededor; siempre habíalos hallado enhiestos, vestidos de duelo, guardando la entrada de la última morada de su padre, que un dia sería tambien la suya. Enfrente la estatua en piedra de la esperanza, reclinada sobre el ancla simbólica, los ojos levantados al cielo: la última vez que visitára el cementerio, habia Leon colocado una rama de romero entre las manos de esta figura... Allí estaba aún, marchita, quemada por el sol... Y el pobre muchacho se decia que tambien su ilusion habíase marchitado, como aquella ramita de romero, que él arrancára tan ver-

de y tan florida. Sonó la campana... Leon se despidió de su padre con un tierno adios y se alejó. Sentóse en un banco del paseo, á ver desfilan los carruajes que volvan de Palermo. No era de noche aún, pero ya los faroles estaban encendidos: en atropellada carrera, subian los carruajes el repecho del paseo y se amontonaban á la estrecha entrada de la avenida, sudorosos los caballos y mordiendo el freno, fatigados del furioso trote; allí se cambiaba la última mirada y el último saludo. Leon contemplaba este movimiento, como si por primera vez se ofreciera á su vista: algunos se detenían al pié de la escalinata del jardin y bajaban sus dueños á pasear bajo la luz del crepúsculo y respirar la brisa fresca del Plata. Un cupé cerrado se acercó, descendiendo de él una dama, acompañada de un niño de pocos años... El lacayo, descubierta la cabeza, recibió órdenes, y luego se puso tranquilamente á encender los faroles del coche; la dama, entre tanto, echó á andar por la calle circular del jardin. Leon se estremeció, cuando vió aquel carruaje acercarse, por-

que creyó reconocer el cupé de Guerra... los mismos caballos, los mismos cocheros... si la escasa luz no le engañaba. Y desvaneci6se su duda y creci6 su aturdimiento, cuando la portezuela di6 paso á aquella dama, alta y delgada. ¡Era Lucía! Quiso huir el jóven, pero no pudo moverse del banco, su corazon golpeaba tan fuerte, tan fuerte... ¿por qué? ¿aún conservaba su influencia sobre él aquella mujer? Mirábala andar, con aquel balanceo de caderas y aquellos pasos largos que tanto robaban á la gracia de su figura; bajó, y al llegar á la curva de la calle, subi6 lentamente: ahora podia verla bien. Estaba bonita siempre, más que ántes quizá; pasó, mirando hácia adelante segun su costumbre, tan cerca de Leon... Pero no le vi6, lo que tranquilizó al jóven. Pensaba evadirse, apénas se alejára, y no lo hizo, cobardemente. Y Lucía volvi6 á bajar y á subir. Veníanle á Leon unos deseos de hablarla... Mir6 al final de la calle y no descubri6 la esbelta figura de la de Guerra; sin embargo, el coche estaba ahí, delante de la escalinata. Levant6se en-

tónces, y subió el bien cuidado camino, sin saber lo que buscaba ; fué en el ángulo de la calle de cipreses donde se encontraron. Quedó Leon pasmado y Lucía tranquila, contestando ésta con una sonrisa benévola al turbado saludo del jóven. Y como Leon hiciera ademán de seguir, inclinando la cabeza, ella le detuvo, tendiéndole su mano enguantada de negro, ceñida la muñeca por caprichoso brazalete de oro, formado de numerosos aros, que sonaron con ruido particular al sacudirse. ¡Qué sorpresa agradable! ¡Hacía tanto tiempo que no tenía el gusto de verle! Leon balbuceó no sé qué, y ella siguió hablando, como si el pasado no existiera y la memoria estuviese muda. ¿Había estado en el campo? ¡Ah! ¿Enfermo? ¡Cuánto lo sentía! Ella estaba tambien de desgracia: la madre de su esposo, la anciana baronesa de Cantillac, había muerto en su castillo de la Turena, repentinamente, y Louis-Hèctor tuvo que marcharse; no era poco el trastorno. Decía esto tranquilamente, mirando á su interlocutor de frente; el nombre de su esposo, pronunciado en fran-

cés, salía de sus labios como un suspiro. Ella se embarcaría el mes próximo, á principios de Noviembre, con toda la familia; al pobre papá le costaba mucho arrancarse de la estancia; ¿él tambien se iba? Habíalo leído en un periódico.

Algo extraño pasaba en el ánimo de Leon. ¿Era aquella la mujer que él habia amado, que minutos ántes hiciera latir aún su corazón? Figurábasela altanera como aquella mañana del Tigre, coqueta como la noche del baile del senador, burlona como en el Progreso, y siempre indiferente y tranquila, como ahora, que le hablaba como si nada hubiera habido entre los dos, revelando su falsía al referirse á su marido, cual si la horrible desgracia que sobre ella pesaba apénas la tocára de cerca. Luego no tenía corazón? ¡Y él habia casi enloquecido por ella y comprometido su vida y su porvenir! Ahí estaba, tal cual era, frívola, susceptible de ceder á la primera emoción, pero fácil de reaccionar y hacerse dueña de sí misma, no doblegándose á los contratiempos, porque era incapaz de sentir. Un sen-

timiento de vergüenza le invadía, y mientras la miraba, buscando en su rostro la huella del pesar, decíase lo que ciento de veces se había dicho, aunque no con la firme convicción de aquel momento:—¿Cómo he caído yo en esto?

Del viaje á Europa, pasó la conversacion al casamiento de Amalia Ramirez con Pablo Perez. ¡Excelente muchacho él y ella excelente amiga! Tenían que acabar por entenderse, porque eran nacidos el uno para el otro. Conversando así, habían llegado hasta la escalinata, donde esperaba el carruaje. ¿Había venido él á pié? Muy bien hecho; ella, por consejo del médico, tenía que andar mucho, pero era tan perezosa, y luego, los empedrados de Buenos Aires son tan malos! Por eso, había aprovechado aquella ocasion para dar un paseo por los jardines con aquel diablillo, que era hijo de su tia, la de Mesnil. Bajó los escalones, mientras el lacayo, con el sombrero en la mano, mantenía abierta la portezuela... ¿Se embarcaba él al dia siguiente? Ya se verian en Paris; estrechó la mano de Leon y su-

bió al cupé. Esto fué todo. Ni un recuerdo siquiera del pasado, nada. De pié, en la escalinata, veia Leon alejarse el carruaje. —Ha querido disculpar su situacion, murmuraba, y por eso me ha hablado, cuando despues de lo ocurrido en el Tigre nuestras relaciones quedaron casi cortadas; su orgullo no habria nunca consentido en quedar mal ante mis ojos; ¡ah, Lucía, Lucía! ¡No puedes haber quedado peor ante mi corazon! ¡Cuánta ceguedad la mía, y cuánta vaciedad la tuya!

Seguia el rodar de los coches. Las sombras se hacian más espesas y ya la noche cerraba. Leon fué á tomar el tranvía de la calle Larga, y se sentó en un rincon del vehículo, saturado de horrible olor á petróleo. El trayecto de la Recoleta á la plaza Victoria es largo, tardo el paso del tranvía, cuando los descarrilamientos ó la obstruccion de las calles no lo entorpecen, y aburrido en grado sumo el viaje; y cuando hay que tomar en la plaza el de la Boca, que, como todos, no llega cuando se le espera, se dá por seguro un mal rato. Pero Leon

lo pasó sin sentirlo, preocupado como iba con el encuentro que acababa de tener. Desde la Recoleta á la plaza Victoria y desde ésta á la esquina de su casa, mecido por el monótono movimiento del vehículo y arrullado por el sonar de los cascabeles y el toque chillon de la corneta, fué pensativo, reproduciendo en su mente la escena del paseo, anotando detalles, analizando frases... La figura de Lucía quedaba, despues de este exámen, tan empequeñecida, que su imágen, á medio borrar ya de su corazon, desvaneciáse y venía á quedar como esos dibujos que el lápiz ha esbozado apenas y que el frotar de la goma reduce á una mancha oscura: Lucía era para Leon una sombra, un punto negro; estaba curado y bien curado, podia ahora decirlo con certeza; la reciente entrevista habia sido el golpe de gracia.

Descendió en la esquina de su casa, y sus ideas tomaron otro rumbo. Su pobre madre estaba afligidísima con su partida; no se quejaba, pero más de una vez habia sorprendido lágrimas en sus ojos. Desde que

el viaje quedó decidido, la casa perdió aquel aspecto de alegría con que se engalanára para festejar su curacion; Cruzita misma, que si no cantaba siempre, sabía no mostrarse triste, habia llorado aquella mañana. Preparaba la jaula del canario en el patio, llenando el comedero de alpiste, de agua clara la tacita de cristal y colgando frescás hojas de lechuga entre los alambres dorados, cuando él se acercó sin ser sentido. —¿Qué es eso, Cruzita? ¿lloras?—¡Yo! no; ¿por qué? Y secaba sus ojos apresuradamente. Él, riendo, la dijo que si su decision de meterse en un convento la entristecia hasta ese punto. Cruzita, moviendo la cabeza, respondió:—Si no es ahora, porque V. se vá, será para su vuelta; no puede ser otro mi destino. Y alzó la jaula y retiróse, dejándole cabizbajo. Vamos, aquella niña debia tener algo; ¡era tan extraña su actitud! Leon no habia oido decir que atendiera á ninguno de los muchos que la paseaban la calle, y sin embargo, estaba triste, ¿por qué? Un dia, durante su convalecencia, estando entreabierta la puerta de su cuarto,

oyó esta frase dicha por su madre á Cecilia Perez:—¡Si él quisiera, se verian colmados mis deseos! A lo que respondió la otra:—Y querrá, señora, porque Cruzita es un ángel. No dió Leon importancia á esto entonces; pero ahora pensaba si no se referirian á él. ¡Casarse con Cruzita! ¡qué idea! nunca lo habia pensado... Se representaba á la hermosa huérfana tan dulce siempre, la cariñosa compañera de su madre, la reina de la casa por sus gracias y sus dotes... ¿Habríanse referido á él? Tendria su madre la idea... Comparaba á Lucía con Cruzita, y la diferencia resultaba tan notable, que se hacia la pregunta de cómo no lo habia echado de ver ántes.

Cuando él entró, el mulatillo José, encaramado sobre una silla, encendia el farol del patio; en la sala se oia la voz de Cecilia Perez y el chasquido de sus besos de despedida. Y salió, con aquel paso vivaracho que le era peculiar, tropezando con Leon en el zaguán.—Creí que no tendria el gusto de verle, dijo tendiéndole la mano. Pusiéronse á charlar en la puerta, como

dos viejos y grandes amigos que eran, admirador Leon del carácter resuelto de Cecilia y sabiendo estimar ésta las prendas morales del jóven. El casamiento de Pablo hizo el gasto, no estando Cecilia conforme con su eleccion.—Ya vé V., decia, la de Ramirez es una muchacha del dia, con mucho humo y poca educacion, incapaz de comprender sus deberes y ménos de saber cumplirlos. V. lo verá, Leon: Pablo será desgraciado, porque él tiene un carácter especial, gusta del órden en todas las cosas: que la comida esté á tal hora, que se le haga compañía cuando vuelve del escritorio, enemigo de teatros y de bailes, ocupado tan solo de su trabajo y de su casa, ¡y mire V. por Dios, con quien ha venido á caer! Las veces que yo he visto á Amalia Ramirez con su amiguita aquella, no quiero decir el nombre, por la calle Florida, con aquel desparpajo que gasta, pasar por delante del Aguila, entre la muralla de hombres que allí se planta, riendo á carcajadas! ¿quién hace esto, Leon, me hace V. el favor de decirlo? No, no le perdonaba á su

hermano esta calaverada, cuando hay tantas niñas de mérito. Se afligia al hablar así. ¿Y eso de tomar casa y de amueblarla con un lujo asiático? Siempre Pablo había dicho que cuando se casára, prepararía un bonito apartamento en la vieja casa paterna de la calle Perú; así quedarían todos reunidos ¡si había lugar! Ya lo creo, como que tenía de fondo setenta varas. Y si no, se echa otro piso encima. Pero, no señor, la de Ramirez le debía haber metido en la cabeza aquello de la casa aparte; ¡los cuñados siempre estorban! ¿Y el ajuar encargado á Europa? ¡Dos mil pesos! Felizmente, no era Pablo quien los pagaba. ¡Ay Dios mio! aquel casamiento le tenía á ella la cabeza así... Y levantaba las manos, manteniéndolas á la altura de las sienes y separándolas cuanto podía. Leon, que sus razones tenía para no querer á la de Ramirez, echó tambien leña al fuego, y entre los dos la pusieron verde. ¿Y su viaje? ¿Era siempre mañana? ¡No sabía él cuánto costaba á su madre aquel viaje! Si hubiera querido oirla, muchas cosas se habrían evitado; ya no era

él aquel muchacho razonable como cuando iba en las noches de invierno á la calle Perú, y dando tregua á su charla con sus hermanas, se acercaba á ella y la preguntaba: —¿Qué le parece á V., Cecilia, esto? ó esto-tro? Y pasaba largo rato discutiendo al lado de la chimenea. Cecilia repuso:—No es un viaje á Europa lo que hace á V. falta, sino una mujer que le comprenda y le quiera. —No creo que haya de ese género en plaza, dijo Leon.—Calle V.; ustedes los hombres no ven nada, y siempre siguen falsa pista: tienen lo que buscan á la mano, y se andan dando de cabezadas por las esquinas. ¿Quiere que le diga á V. la verdad? Hace V. una gran tontería en marcharse.—¿Por qué? —Dígame V., ¿qué vá á buscar en Europa? ¿la distracion? Si aquí la tiene tan buena... es V., mi amigo, un poco romántico, á pesar de sus ribetes de filósofo... un hombre no debe dejarse amilanar por el desengaño de una mujer... mire V. que nosotros nos reimos en grande de ello, más todavía, nos burlamos sin piedad... ¡el remedio de su enfermedad no está en Europa, sino aquí!

—Me está intrigando V., Cecilia.—Si V. quiere escucharme, lo encontrará y devolverá la tranquilidad á la pobre misia María, que no puede, no puede conformarse con este viaje, haciendo la felicidad de... otra persona.—Pues la escucho á V., dijo Leon. Bajando la voz, Cecilia repuso:—¿Recuerda V. el baile del mártres de carnaval en el Progreso? El jóven contestó que sí con un suspiro.—No estaba V. entónces muy bien de la cabeza, así es que no sería extraño no lo recordára. Y bajando más la voz, con misterio y con cierta intencion, volvió á preguntar:—¿Se acuerda V. de una gitana... Leon hacia memoria.—Con alamares verdes y zequíes dorados? prosiguió Cecilia. Y como el jóven no daba en el clavo, añadió con impaciencia:—En la sala de retratos, hombre de Dios, ¿no se acuerda V.?—Sí, algo, algo. Entónces Cecilia, en falsete, poniendo la mano en la cintura y balanceando el cuerpo con gracia, dijo:—¿Quieres que te diga la buena ventura, Saldívar?—¿Era V.? exclamó Leon.—Era yo, contestó ella; y, á lo que

parece, no hizo V. mucho caso de mi profecía, ¿recuerda, Leon, lo que le dije entonces?—Confieso á V. que no.—Malísima memoria tiene V., mi querido amigo, ¿quiere V. que se la refresque un poco?—Veamos.—Hablamos de la felicidad...—¡Valiente tema!—... de que V. seguía un camino extraviado, que era necesario abriera los ojos... Leon se reía ¿dónde iba á parar con esa retahíla?—La gitana aquella era una sábia gitana, prosiguió Cecilia muy seria, y su profecía se cumplió al pié de la letra; pero apiadada de su pobre amigo ciego, vá ahora á tenderle la mano, y convertida en su lazarillo, á conducirle hasta la puerta de la felicidad.

Tomó la mano de Leon, que dejaba hacer, completamente intrigado, y, atravesando el zaguán, entraron en el patio, á oscuras, porque el mulatillo José, que estaba en la operacion de encender el farol cuando Leon llegó, juzgó más conveniente suspenderla é ir á agazaparse para escuchar. El patio estaba, pues, á oscuras, y no se veía más luz que la de la puerta de la an-

tesala, cuyos postigos permanecían abiertos y caídas las cortinillas. Fué á esta puerta de la antesala que Cecilia condujo misteriosamente á Leon, y mientras con un gesto le ordenaba callar, indicábale, al mismo tiempo, mirára por el cristal. Leon miró... En su sillón, dejando correr hilo á hilo sus lágrimas, que no tenía para qué ocultar, misia María, su cabeza sobre la mano; enfrente Cruzita, de pié, pálida y llorosa... El jóven sintió el corazón oprimido, ¿tendría valor de alejarse de su casa? Se volvió á decir algo á Cecilia, pero esta se había marchado ya.—Quizá tenga razón, pensó. Abrió la puerta y entró. La sorpresa fué grande, y las señoras apenas tuvieron tiempo de componer el rostro.—Creí que habías acompañado á Cecilia, dijo misia María volviendo la cara para secar sus lágrimas; he oído que hablaban en la puerta.—Debí hacerlo, respondió Leon, pero tenía ántes que cumplir un deber más grato para mí. Acercó un banquillo y se sentó á los piés de la anciana; Cruzita habíase ya escabullido hácia el come-

dor. ¿Por qué lloraba? pues no pretenderia engañarle, como otras veces; habíala sorprendido ahora; ¿no queria que hiciera aquel viaje? Decirlo con franqueza; ¿qué más placer para él que cumplir las órdenes de su madre? La señora protestó. No, que no se dijera que por ella, como buena vieja atrasada, habia dejado su hijo de ir á Europa; ya no era, desgraciadamente, como ántes, que necesitaba de los cuidados de su madre; era un hombre, y dicen que en Paris la educacion se completa. Queria ser franca, sin embargo, su deseo habria sido que hiciera aquel viaje en otras circunstancias.—Como ser... dijo Leon con curiosidad. Misia María no quiso soltar su idea, temerosa del efecto á producir. Y como el jóven la instára á declararla, insinuó que... casado y concluida su carrera...—¡Casado! exclamó Leon. Era su sueño, pero con una mujercita á su gusto, hacendosa, buena, bella, dechado de virtudes; ella le conocia bien, y estaba segura que sin una mujer de esta clase no podria ser feliz; pero como lo que se espera, tarde ó nunca lléga, habia

que conformarse con lo hecho; ¡suspender el viaje! ¡Qué idea! ¡Si las madres son siempre lloronas, pues la fuente del sentimiento rebosa en ellas! ¡Vamos! Al día siguiente se embarcaria; eso sí, que no lo hiciera sin despedirse, que es más cruel una fuga que una despedida. ¡Hay tanta diferencia entre los que se van y los que se quedan! La distracción siempre renovada conforta el ánimo y ayuda á olvidar; mientras que uno tropieza á cada paso con recuerdos y el pesar de la ausencia se ahonda y aviva más la herida... No pudo seguir, porque un sollozo la sofocó. Entónces Leon, cubriendo de besos sus cabellos, la juró y volvió á jurar que desistia de aquel viaje, si tanta pena la causaba; no, no tendria valor de arrancarse de su lado, dejándola así... Su deber era cuidar de su vejez, ser su ayudá, su báculo; ¿qué más gloria para un hijo que ser el compañero de su madre? No, no se iria; ahora venía el buen tiempo, se marcharian á la estancia, y allí pasarían seis, ocho meses, y él continuaria su carrera, y la concluiría, cumpliendo el deseo de su padre, y

luego... luego, se casaria tambien, si era posible hallar la perla que se buscaba. Mirando á la anciana, dejaba desbordar este torrente de su corazon, y con un acento de conviccion que no era fingido, exclamaba: —Si ya estoy curado, si todo aquello pasó, ¿no quiere V. creerme? Misia María decia que sí, que le creia cuanto quisiera, pero que no podia consentir en que desistiera de su viaje; el médico lo habia ordenado... y era para él un sacrificio, y los sacrificios no sientan bien sino á las madres!

Cruzita se presentó, diciendo que la comida estaba servida. Fueron á la mesa, pero ninguno probó nada. Los platos eran puestos y retirados intactos; misia María estaba abstraída, Cruzita llorosa y Leon pensativo. Volvieron á la antesala á tomar el café; sirviólo la huérfana, silenciosa, y luego se sentó en el banquillo que ocupára Leon, la barba apoyada sobre sus dos manos, la mirada en el suelo; ni misia María ni Leon hablaban. El tic-tac del reloj se oia distintamente, así como los chillidos del mulatillo José, disputando con los otros

criados en el patio interior. A las nueve llegaron visitas: dos señoras amigas de misia María y más tarde otras dos. Leon se encerró en su cuarto.

¡Qué revolucion! Los armarios abiertos, la ropa sobre las sillas, apiladas sobre la cama las camisas, rígidas de almidon; junto á la ventana, el baúl enorme, á medio llenar, y dos ó tres maletas vacías aquí y allá. Todo esto recordó á Leon la partida y se entristeció más aún. ¡Sí, el viaje alegre, Europa, Paris, teatros, paseos, mujeres, sensaciones nuevas siempre, sorpresas diarias, placeres múltiples, pero solo, solo, solo! El frio cuarto del hotel, la mirada indiferente del transeunte, el apretón de manos interesado... ¡Su madre, entre tanto, agonizando bajo el peso de la ausencia! Y pensaba que quizá no podría resistir á esta idea. Pablo Perez, que habia viajado mucho, referíale con frecuencia lo que experimentára cada vez que se alejaba de la patria: ese sentimiento extraño que invade cuando la ciudad querida se vá borrando de la vista y desaparece confundiéndose con

la línea del horizonte, como si la inmensa masa de agua hubiera tragado nuestros afectos; ese vacío que se experimenta al recogerse en el cuarto del hotel, cuyas cuatro paredes nada dicen; ese pensar constante en lo que se ha dejado, que el placer del momento no es bastante poderoso para hacer olvidar... Leon se sentó delante de la ventana; el aire era tibio, las flores del patio le enviaban sus ráfagas perfumadas: escuchábase el vocerío de las visitas en la sala. Leon se entregó á sus reflexiones; ¿se iba? ¿no se iba? Cruzita entró en el cuarto, y comenzó la tarea de arreglar las maletas; iba á los armarios, doblaba la ropa, cuidando que no hiciera pliegues, y metódicamente la distribuía, colocándola de manera que ocupára el menor espacio posible; subía sobre una silla para alcanzar á los últimos estantes; agachábase á abrir los cajones bajos, forcejeando con las llaves, manejando con brio el cepillo para que todo fuera limpio. Leon la dijo si quería que la ayudase; ella contestó que no y siguió su faena. El jóven la miraba: su lindo ros-

tro hacíase más interesante con aquella palidez que le cubria y sus ojos más negros, enrojecido el párpado por las lágrimas; su vestido de lanilla oscura, el delantal de seda negro que nunca abandonaba en casa, y sus dos trenzas larguísimas y espesas, se movia en el cuarto sin descanso, como una vieja ama de gobierno que no gusta de perder tiempo.—¡Cruzita! dijo Leon llamándola. Ella se volvió, de pié á la sazón sobre una silla. Ante el llamado reiterado de Leon, se acercó á la ventana.

—¿Qué tienes? preguntóla.

—Nada.

—Tú has llorado, tú estás triste, tú tienes algo.

—No tengo nada.

—¿Te ha pasado algo?

—No.

—¿Te han dicho ó hecho alguna cosa que te haya disgustado?

—No.

Y sin esperar á más preguntas, volvió á encaramarse sobre la silla. Leon seguia mirándola. Que algo le pasaba era induda-

ble; estaba nerviosa, agitada, reteniendo con esfuerzo las lágrimas. La idea aquella vino de nuevo á su espíritu... Recordó las palabras de su madre en la antesala... lo dicho por Cecilia... La luz se abria paso en su mente, y comenzaba á ver claro, á comprender...

Se levantó y fué á ayudar á Cruzita á bajar una caja del armario; la pobre niña habíase lastimado un dedo. Leon se asustó y corrió á buscar el árnica; ella decia que no era nada, pero ante las instancias del jóven dejóse curar y vendar, trabajo que Leon ejecutó con toda delicadeza. Mientras él ajustaba bien el nudo, sentada la niña, de rodillas Leon, una lágrima desprendida de las pestañas de Cruzita cayó sobre su mano.—Tú lloras, dijo el jóven en tono de reproche, y no quieres decirme por qué; ¿no soy yo el de siempre para ti? ¿He perdido, acaso, tu confianza? La jóven se levantó, y sin decir palabra, retornó á sus idas y venidas. Leon quiso cortarle el paso, pero ella supo evitarlo, y fué á arrodillarse delante del baúl, donde em-

pezó á colocar en órden la ropa blanca; siguióla el jóven, é inclinándose, acercóse á ella por detrás, y con sentido y cariñoso acento, volvió á preguntarle:—¿Por qué lloras? Cruzita no pudo ya entónces contenerse, y estallando en un sollozo, y revelando en un grito el secreto que durante tanto tiempo habia guardado, desmayó su cabeza sobre el pecho de Leon, exclamando con voz sofocada:—¡No se vaya, no se vaya V.! El jóven la recogió en sus brazos, porque su cuerpo cedia; en el patio sonaba el besuqueo de las visitas que partian. Y turbado Leon, el cuerpo de Cruzita sobre sus rodillas, vió abrir la puerta y entrar á misia María...

—¡No, no me voy, exclamó clavando sus ojos delirantes en su madre, porque V. y Cruzita me lo mandan!

Y en un mismo abrazo, reunió sobre su pecho la hermosa cabeza de la anciana y la adorable cabeza de la niña.

.

Casó Leon con Cruzita y fué feliz, que

el corazón es como el árbol que cambia año á año de corteza, y los sentimientos se modifican, renuevan ó transforman, como las hojas y las flores.

Buscó la felicidad, cuando sentada á su puerta estaba, y anduvo á tientas, con los ojos vendados... Mas su error es el de todos. Para marchar con paso firme es menester saber dónde se vá; ¿qué puede exigirse del hombre, que no dé traspies ni que se pierda, si no sabe su fin ni su destino?

FIN.

